
Desty Moore
Su Highlander Deseado
Serie Cicatrices - 3

Su Higlander Deseado

Desty Moore

Gold Publications

©DESTY MOORE

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



En las frías Highlands, algunos regresos traen consigo más que recuerdos: traen el amor que uno creía perdido para siempre.

Tras años de guerra, **Kinner MacDonell** regresa a las Highlands decidido a dejar atrás los fantasmas del pasado. Pero el destino lo conduce de nuevo hasta **Megan MacDougal**, la muchacha que conoció de niña y que ahora, convertida en una mujer fuerte y orgullosa, guarda más heridas de las que deja ver.

La muerte de su hermano deja a Megan sola en la granja familiar, y cuando Kinner descubre que la ley le otorga aquellas tierras, una promesa lo encadena a ella: nunca la obligará a marcharse. Sin embargo, el rumor de que Megan paga su estancia con algo más que gratitud amenaza con destruir lo poco que ambos han conseguido recuperar.

En medio de los chismes del pueblo, las normas del clan y los recuerdos que aún los unen, Megan y Kinner se debatirán entre el **honor y el deseo**, entre la necesidad de protegerse y la imposibilidad de olvidarse.

Cuando la música de un céilidh los reúna en un último baile, deberán decidir si su historia está condenada por el pasado... o si el amor aún puede redimirlos antes de que llegue el invierno.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Notas

Capítulo 1

Otoño de 1680

—¡Pobrecito, mírate! —exclamó Emmy desde el pie de la escalera. Llevaba el cabello castaño oscuro recogido en un moño bajo y un vestido gris, sencillo y ceñido. La luz de la mañana que entraba por la ventana del descansillo encendía sus ojos verde musgo y su sonrisa cálida—. Debes de estar cansado.

La mirada de Kinner se ablandó mientras se peinaba con los dedos el pelo revuelto, del color de la arena.

—Lo estoy, querida. Gracias por dejarme dormir aquí. En casa no tendré una cama tan cómoda esperándome.

—Oh, pero la tendrás. He enviado a dos criadas para que preparen tu casa —repuso, dándose la vuelta para limpiar el polvo de una mesa.

—Och, eres demasiado buena conmigo, Emmy. Liam no te merece. Yo, en cambio, sí —le guiñó un ojo—. Y tú te mereces a un hombre guapo y encantador como yo.

Llegó al último escalón y, con su cuerpo fornido, se inclinó sobre la barandilla como si fuese a besarla. Emmy le soltó un golpecito con el paño.

—Y tú te mereces algo, pero no te diré qué.

—Yo sí —intervino Liam al entrar con paso firme. Alto y robusto, llevaba el cabello oscuro peinado hacia atrás.

Se dirigió a Emmy, le retiró el paño de la mano y lo dejó sobre la mesa del vestíbulo, fuera de su alcance, con una sonrisa cálida

pero amonestadora. Emmy se la devolvió con un atisbo de culpa en los ojos.

—¿Qué ha hecho ahora? —preguntó Liam, mirando a Kinner.

—Lo mismo de siempre.

Sin sorpresa y solo ligeramente divertido, Liam posó los ojos en su amigo y luego volvió a mirar a su esposa.

—Llevo intentando curarle de eso desde que éramos chicos.

—No lo dudo, pero no hay esperanza para él —respondió Emmy, negando con la cabeza y sonriendo mientras se encaminaba a la cocina—. Supongo que los dos tenéis hambre, ¿no?

Ya dentro, se puso a preparar los huevos que había recogido temprano en el gallinero.

—¿Y dónde están los criados que empleo para cocinar y limpiar? —quiso saber Liam.

—Los envié a hacer un pequeño recado. Volverán pronto.

—¿Un recado? ¿Qué recado?

Emmy ladeó la cabeza y soltó un suspiro.

—Si quieres saberlo, los mandé a la casa de Kinner.

Liam cruzó los brazos y frunció el ceño hacia su amigo.

—A casa de Kinner.

Kinner se encogió de hombros con inocencia, y Emmy se apresuró a defenderlo.

—No lo culpes. Fue idea mía.

Kinner le dedicó a Emmy una sonrisa cálida y otro guiño. Liam se sentó a la larga mesa de madera y aspiró el aroma de la comida.

—Kinner, ahora que has vuelto a casa, quizá sea hora de que dejes de coquetear con mi esposa y encuentres una para ti.

—¿Coquetear? —Kinner fingió inocencia, con un brillo travieso en los ojos—. Emmy, ¿estaba coqueteando contigo?

—No, Kinner —replicó ella por encima del hombro, sin dejar de batir—. Estabas haciendo todo lo posible por molestar a Liam.

Kinner soltó una risita.

—Och, Emmy, ahora lo has empeorado.

Liam se recostó con una sonrisa satisfecha.

—No puedo enfadarme cuando me inspiras tanta lástima.

—¿Ah, sí? Bueno, te lo agradezco —entornó los ojos Kinner.

Mientras trabajaba, Emmy adoptó un tono desenfadado.

—Kinner, te acuerdas de Megan, ¿no?

Como él no respondió al instante, Liam intervino:

—Su tierra linda con la tuya.

Kinner apoyó sus recios antebrazos en la mesa y se encogió de hombros.

—Sí, la chiquilla que solía acompañarnos cuando salíamos a cazar y a pescar.

Liam cruzó los brazos, se acomodó y estiró sus largas piernas, cruzándolas por los tobillos.

—Cazaba y pescaba tan bien como cualquiera de nosotros y, si no recuerdo mal, mejor que tú —remató, alzando una ceja hacia Kinner.

Molesto, Kinner frunció el ceño.

—Una o dos veces, tal vez, cuando yo estaba enfermo. Pero ni mujer ni hombre pueden igualarme, y lo sabes.

Liam dejó escapar una risa entre dientes.

—No sé nada de eso. Pero te diré una cosa: esa chiquilla de la que hablas ha crecido.

La leve sonrisa de Emmy se desvaneció.

—Su hermano ha estado enfermo desde que volvió de la guerra.

Kinner se resistió:

—Solo tenía un pequeño rasguño.

—Su "pequeño rasguño" se ha infectado y no mejora —objetó Emmy—. Megan lo cuida y no quiere dejarlo solo. ¿Te importaría pasar por allí para ver si necesita algo?

Kinner comprobó que Liam estuviera mirando y, entonces, le dedicó a Emmy su gesto más encantador; le brillaron los ojos verdes.

—Por ti, Emmy, claro.

Liam emitió un gruñido de advertencia, amistoso pero claro, justo cuando Emmy dejaba un plato colmado de tortas y sonreía a su marido. Kinner tomó una y le hincó el diente.

—¿Crees que tendré tiempo de traerte tu propio plato antes de que acabes? —bromeó Emmy.

Kinner se detuvo con la boca llena y tragó.

—Lo siento, querida. Soy una bestia repugnante.

—Lo eres —asintió ella con una pizca de sonrisa—, pero eres nuestra bestia repugnante, y te queremos.

Pocos minutos después, Kinner devoraba con entusiasmo su primera comida casera en semanas. Emmy y Liam se sumergieron en una conversación sobre una fiesta próxima, mientras la mente de Kinner divagaba y, con ella, se disipaba su alegría fingida.

Emmy lo notó y no dejó de mirarlo, cada vez más preocupada, hasta que Liam apoyó la mano sobre la suya y sacudió ligeramente la cabeza para pedirle que no insistiera. Cuando Emmy se levantó, la silla rasguñó el suelo de madera y sacó a Kinner de sus pensamientos.

—Debo marcharme ya —anunció.

Se puso en pie, estrechó la mano de Liam, abrazó a Emmy en agradecimiento y se despidió antes de salir.



Por mucho que Kinner apreciara a sus amigos, intentar ser el mismo Kinner que ellos conocían le suponía un esfuerzo agotador. Ya no era ese hombre. A veces pensaba que su corazón se había endurecido por las cosas que había visto, pero las pesadillas siempre volvían y lo obligaban a sentir las mismas emociones perturbadoras. Los soldados siempre presenciaban horrores en la batalla, pero aquello había sido peor, porque la lucha había entrado en los hogares.

Una vez más, la familia covenanter cruzó su mente tal como la había visto aquel día y la recordaría para siempre. Oh, el hombre era culpable y, sí, el ejército de las Highlands tenía mandato real para hacer lo que había hecho y seguía haciendo. Las ejecuciones sumarias ahorraban tiempo y enviaban un mensaje contundente. Pero fue Kinner quien apretó el gatillo y fueron sus oídos los que resonaron con el desdichado sollozo de la esposa. Los rostros de los niños, al ver cómo se vaciaba la vida del cuerpo de su padre, serían lo que más lo atormentaría.

Kinner había cumplido órdenes y servido bien a su rey. Kinner MacDonell era soldado, y uno bueno.

Demasiado tarde comprendió que debió haber regresado a casa desde las tierras bajas con Liam y Emmy. Después de que Caleb y su esposa partieran a Irlanda y establecieran allí su hogar, Liam y Emmy, junto con la mayoría de los montañeses, habían vuelto. Pero Kinner y Hammish se quedaron, sin otro motivo que el salario y las mujeres. Ahora parecía que había pasado una eternidad desde que él y Hammish se divertían sin preocupaciones. En cuanto los asignaron a John Graham de Claverhouse, primer vizconde de Dundee, todo cambió. En poco tiempo, Dundee sería más conocido como Bloody Clavers.

Pero eso quedaba en el pasado, donde Kinner debía dejarlo. Estaba en casa, en las Highlands, donde reconstruiría su vida.

Su casa no quedaba lejos de la de Liam y Emmy, aunque él había llegado ya avanzada la noche. Agotado, se detuvo a tomar una copa y aceptó dormir en la bonita casa de Liam antes de completar el camino. En verdad, Kinner no tenía prisa por volver: su propio techo estaba lleno de recuerdos a los que aún no se sentía capaz de enfrentarse. La familia a la que había querido ya no estaba allí.

Se cruzó con las criadas de Emmy, que regresaban a pie, y les dio las gracias por haber limpiado su casa. A juzgar por sus sonrisas coquetas, estaban más que encantadas de ayudar en eso y en otras cosas, idea a la que Kinner no era precisamente reacio. Pero tendría que esperar, pues ansiaba terminar el último tramo. Se detuvo en un cruce y, a horcajadas sobre el caballo, contempló su hogar. Ya no sería lo mismo. La viruela se había propagado y se había llevado a sus padres y a su hermana antes de que él partiera.

Apenas quedaba una casa intacta. Le restaba un hermano, que ahora vivía en el castillo. El padre de Liam, el jefe, lo había acogido y lo entrenaría, como en su día hiciera con Kinner.

Contempló su casa vacía. A la sombra de grandes robles, miraba al lago. Kinner inspiró hondo y espoleó en la dirección opuesta, hacia la humilde granja de los MacDougal. Llegó a la puerta abierta y se detuvo. El fuego se había reducido a brasas, y el olor a turba quemada ascendía en volutas sobre una quietud casi antinatural. En la cama yacía Brian MacDougal; en el suelo, junto a él, estaba Megan, con la mano de su hermano apoyada en su mejilla anegada de lágrimas. Su cabello castaño rojizo caía en gruesas ondas sobre los hombros, cubiertos por una camisola de lino blanco.

Reacio a importunarla, pero sin querer asustarla, Kinner habló en voz baja:

—Megan.

Ella se estremeció y se volvió. Más allá del reconocimiento inicial de su nombre, sus ojos gris pálido parecían vacíos, perdidos.

Volvió a mirar a su hermano. Unos mechones sueltos le rozaban la cara, y Kinner sintió el impulso de apartarlos, solo para saber si su piel era tan suave como parecía. Pero, en medio de ese pensamiento, percibió que algo no encajaba. Se acercó lo suficiente para ver el rostro de Brian. Había visto morir a demasiados hombres en combate como para no reconocer la mirada de quien ya se había ido.

Kinner tomó una colcha de otra cama y la envolvió con ternura alrededor de los hombros de Megan. Ella se tensó un instante, luego presionó los pliegues contra el rostro y tembló mientras lloraba en silencio. Kinner se agachó a su lado, pero ella se apartó para secarse las lágrimas e intentar recobrar el control.

Él le apretó el hombro con delicadeza.

—No pasa nada por llorar.

Megan alzó hacia él sus ojos brillantes, y el dolor que vio en ellos le golpeó el pecho como un puñetazo. Sin pensarlo, la atrajo a sus brazos, o quizá fue ella quien voló hacia él. El gesto fue demasiado rápido e instintivo como para saberlo. Solo sabía que quería cargar con todo aquel sufrimiento. Ella era demasiado delicada para soportar tal peso.

Estaba tan fría… Kinner desabrochó el broche del hombro y se soltó el manto de tartán para envolverla. Ella se aflojó contra él, apoyó la frente en su pecho y sollozó.

Kinner se conformó con abrazarla y ayudarla a desahogar el dolor.

Para aliviar la presión en las rodillas, se dejó caer al suelo con ella en el regazo.

La sostuvo como se sostiene a una criatura, que era como siempre la había considerado. Para todos ellos había sido como una hermana, pero las suaves curvas de su cuerpo, ahora pegadas al suyo, le revelaron que se había convertido en una mujer. Su propio cuerpo reaccionó.

El dolor había derribado los muros de la decencia y dejado al descubierto las emociones de Megan. En ese estado, se aferró a Kinner. Buscar cercanía era un instinto natural cuando la muerte de un ser querido estaba tan reciente y dolía tanto. El pesar abría el alma y la dejaba desprotegida, desesperada por consuelo. En ausencia de una intimidad verdadera, la pasión bastaba a menudo para amortiguar los primeros golpes del duelo, como si, aferrándose a la vida, uno pudiera velar el rostro aún vívido de la muerte.

Kinner lo sabía de primera mano. Había visto a muchos hombres recién salidos de la batalla hallar alivio en los brazos de una mujer dispuesta.

Ese conocimiento, sin embargo, debió ponerlo en guardia. Cuando Megan le rodeó el cuello con los brazos y su mejilla rozó sus labios, dejó de pensar. Sus labios buscaron los de ella de un modo que no deberían. Y la besó. La primera vez aún podría haberse excusado como un accidente, quizá incluso casta. Pero ella entreabrió la boca y su siguiente beso fue todo menos inocente.

Lo que en Megan resultaba comprensible, en Kinner era imperdonablemente egoísta. Ella estaba conmocionada y desolada, y se aferraría por instinto a cualquier consuelo, pero Kinner no tenía excusa. Una cosa era que un soldado acudiera a un burdel tras la batalla, ya fuera para liberar una tensión indescriptible, consolarse o escapar. Aprovechar el momento de vulnerabilidad y dolor de una amiga era despreciable.

Se apartó y le sostuvo el rostro, negando con la cabeza.

—Lo siento.

—¡Yo no! —replicó ella, con urgencia.

Intentó besarlo de nuevo, pero él la sujetó por los hombros y la mantuvo a distancia. Sus suaves ojos grises suplicaban un consuelo que él no se atrevía a dar. Ella le tocaba el alma. Siempre había disfrutado de la compañía femenina, a veces en exceso para su propio bien, pero nunca había sido un libertino ruin. Megan despertaba su deseo, sí, pero también su corazón, y eso era nuevo

para él. Así que, mientras ella buscaba sus ojos con un anhelo descarado, Kinner volvió a besarla y dejó que sus manos reclamaran su cuerpo. Cada caricia lo hacía ansiar mayor cercanía. Sus nervios palpitaban con un deseo al que, instantes antes, se había propuesto resistirse.

Se puso en pie de golpe, respirando hondo, y sacudió la cabeza.

—Esto no es lo que necesitas.

—¿Cómo sabes lo que necesito?

Su expresión herida le asestó un golpe más duro que cualquier puñalada recibida, pero aun así se apartó. Al cruzar el umbral, sus palabras lo siguieron como un lamento.

—Kinner, no me dejes sola.



Varios días después, los hombres enterraron a Brian en el cementerio de la ladera, junto a los padres de Megan. Ahora ella era la única de su familia que quedaba entre los vivos. Como era costumbre, las mujeres no asistieron al sepelio y se quedaron preparando el convite que seguiría. Megan cocinó hasta última hora de la tarde, hasta que una de las mayores del poblado la envió afuera a tomar el aire. Al cruzar la puerta, vio a Kinner sentado en un banco junto a la entrada.

Al verla, él se puso en pie.

—Lo están enterrando ahora. Me preocupabas, así que regresé antes que los demás.

Megan iba a responder cuando Emmy la llamó y se asomó al umbral buscándola.

—Lo siento, ¿interrumpo? —preguntó, mirando a uno y a otro. La tensión entre ambos era palpable—. Sí, ya veo.

Se retiró al interior. Megan le devolvió a Kinner una mirada inexpresiva y siguió a Emmy.

—Perdona —murmuró Emmy.

—No te preocupes. No ha sido nada.

Emmy la observó con escepticismo.

—¿Estás bien?

—Sí… —contestó sin pensarlo—. Bueno, no. Es duro perder a un hermano. Crecimos juntos. Jugábamos y peleábamos. Cuando los demás se fueron y quedamos solo nosotros dos, prometimos que jamás nos abandonaríamos. Pero las promesas se quiebran y uno ha de seguir adelante.

Megan ya no tenía lágrimas.

Emmy echó un vistazo a la pequeña cabaña y le tomó la mano.

—¿Por qué no te quedas con nosotros un tiempo?

—Es muy amable, pero estaré bien —sonrió con calidez.

—Lo entiendo. Solo quiero que sepas que, si cambias de idea, no estamos lejos.

—Gracias.

Los ojos de Megan aún brillaban con los últimos restos de llanto.

Al anochecer, los invitados pasaron de comer a beber, y Megan se apartó un momento para estar sola. Más allá del establo, había un roble tan grande que permitía ocultarse tras su tronco, como solía hacer de niña. Demasiado tarde advirtió que alguien más había tenido la misma idea.

—Kinner.

—Sí.

Tras el instante que tardó en recomponerse, ella dijo:

—Lo siento.

Se volvió para regresar a la casa.

—No te vayas —pidió él, sujetándola por el brazo.

Megan contuvo el aliento, pero logró decir:

—Recuerdo haberte dicho lo mismo una vez. Te fuiste, y haré lo mismo.

Intentó apartarse, mas él la retuvo con firmeza.

—Megan, espera. Lo siento.

En medio del dolor que la ahogaba, aquellas palabras apenas tenían fuerza. Durante un rato solo pudo mirarlo fijamente.

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó al fin—. Sea lo que sea, no me queda nada. Déjame en paz.

Él la soltó al instante.

—Lo último que deseo es hacerte daño.

—Y, sin embargo, es lo primero que haces cada vez.

Megan volvió a la cabaña.



A la tarde siguiente, Megan estaba de pie en el vestíbulo de la casa de Liam y Emmy con un pequeño paquete en la mano. Emmy se apresuró a recibirla.

—¿Puedo aceptar tu oferta de quedarme unos días? —preguntó Megan.

—¡Por supuesto! ¡Me alegra muchísimo que estés aquí! —respondió Emmy, radiante.

Tomó el bulto de ropa y se lo entregó a una criada con la instrucción de llevarlo a la habitación de invitados. Luego, enlazó su brazo con el de Megan y la condujo al salón.

Megan vio primero a Liam, sentado frente a la chimenea, y después a dos hombres que se pusieron de pie al verlas entrar. Los ojos de Kinner se detuvieron en Emmy y, enseguida, en Megan, quedándose fijos en ella.

—Liam y Kinner acaban de regresar de pescar —anunció Emmy —, así que tendremos un buen festín esta noche.

Las mejillas de Megan, aún sonrosadas por el aire fresco del paseo, se encendieron aún más cuando Kinner la saludó con marcada reserva. Emmy miró a su marido, pero él solo se encogió de hombros. Haciendo un esfuerzo por ocultar su turbación, Megan lo saludó con un leve gesto de cabeza. Un viento del norte no habría sido más eficaz para congelar la conversación.

Emmy fue la primera en romper el silencio.

—Liam, estoy reconsiderando qué servir con el salmón.

Él frunció el ceño, desconcertado.

—Necesito tu consejo —añadió ella—. Ven conmigo y te lo mostraré.

Liam abrió la boca para replicar, pero la mirada punzante de su esposa lo detuvo. Se levantó, murmuró una disculpa y la siguió fuera. Ninguno de los presentes pareció notarlo.

Megan permaneció inmóvil en el lugar donde Emmy la había dejado.

—Por favor, siéntate —le ofreció Kinner, señalando su asiento.

—Gracias —respondió ella distraídamente antes de acomodarse. Atraída por el calor del fuego, se quedó mirando las llamas, procurando no cruzar su mirada con la de él.

Kinner echó un vistazo hacia la puerta, que Emmy había cerrado discretamente.

—Megan… lo siento. Cuando te vi aquella vez, los dos estábamos en shock y no pensábamos con claridad. Perdóname.

—Por supuesto —replicó ella. Su voz sonó dulce, pero su tono era frío.

Kinner se frotó la nuca, incómodo.

—No he dejado de pensar en ti.

Por primera vez desde que entró, Megan levantó la vista. Encontrarse con su mirada fue como mirar al sol: un dolor ardiente le atravesó el pecho.

—He pensado en ti —continuó él—. Me he preocupado estos últimos días, pero creí que presentarme solo empeoraría las cosas.

Megan asintió, evitando sus ojos. Las emociones se le agolpaban en la garganta, y sabía que hablar solo traicionaría lo que sentía. Kinner apoyó la mano en el brazo de la silla, tan cerca que ella percibía el calor de su cuerpo, aunque no lo bastante como para sentirlo envolvente. Anhelaba apoyarse en él, pero se contuvo.

—Espero que podamos ser amigos, como antes —dijo él.

—¿Alguna vez lo fuimos? —susurró ella.

—Bueno, no como Liam y los demás, pero me gusta pensar que sí, y que aún podemos serlo. Por favor, considérame tu amigo.

—Lo intentaré.

El modo amable en que lo dijo le dolió aún más. Kinner no tenía idea de cuánto lo había amado. Mucho antes de la muerte de Brian, ya le había roto el corazón, y aquel beso no había hecho más que abrir de nuevo la herida. Todos sus gestos de bondad solo la hacían sufrir más. Y él seguiría haciéndola sufrir sin darse cuenta.

Kinner y Liam habían salido temprano a pescar, dejando a Megan y a Emmy solas para desayunar.

Emmy tomó un sorbo de té y dejó la taza sobre la mesa con suavidad.

—Quizá me esté extralimitando —dijo con cautela—, pero ¿te ha hecho Kinner algún daño? No pude evitar notar cierta tensión entre vosotros anoche.

Megan quiso negarlo, aunque sabía que no podía mentirle. Desde que Emmy había llegado a Invergarry, se habían hecho amigas, y confiaba en ella lo suficiente como para hablar sin reservas.

—No ha hecho nada malo —respondió al fin.

—Pero hay algo entre vosotros.

—No, en realidad no. —Guardó silencio un momento, recordando la sensación de los labios de Kinner sobre los suyos—. Me temo que todo fue culpa mía. Un día era una niña que seguía a los muchachos para poder hacer las cosas divertidas que ellos hacían, y al siguiente ya era una joven. Pero nadie lo notó, y menos aún Kinner, porque para entonces yo ya era uno de los chicos. Ni siquiera sé cuándo ocurrió, pero en algún momento me permití enamorarme de él. Sabía que él no sentía lo mismo, pero seguí esperando, con la obstinación de quien aún no ha aprendido que la esperanza también se agota. ¿Alguien lo entiende antes de que sea demasiado tarde? —suspiró—. Supongo que me rompí el corazón. Una chica más sensata se habría protegido de esos sentimientos.

Emmy la observó con una mirada suave.

—¿Y todavía lo amas?

Megan negó con la cabeza.

—No creía que lo hiciera. Mientras él estaba fuera, me convencí de que esos sentimientos habían desaparecido.

—Y entonces volvió —dijo Emmy con un suspiro de comprensión—. Los sentimientos pueden cambiar.

—Los suyos no —respondió Megan, con una sonrisa triste.

Emmy bajó la vista hacia su taza.

—Conocí a Kinner cuando él y los demás servían bajo las órdenes de Liam —recordó—. Pero eso ya lo sabes. Creo que lo conozco bastante bien. A veces era muy travieso, o más bien solía serlo. Desde que ha regresado, ha cambiado. Pero tiene buen corazón.

Megan asintió.

—Sí, lo tiene. Y sé que le dolería pensar que me ha hecho daño.

—Y ese corazón —continuó Emmy con ternura— tiene debilidad por ti. Lo veo cuando te mira.

—Tal vez —murmuró Megan—. Pero hay muchos tipos de amor, y el mío anhela lo que no puede tener.

—Por ahora, quizás —replicó Emmy.

Megan negó con la cabeza y, tras un silencio, añadió:

—La noche antes de que todos partieran hacia las tierras bajas, se organizó una celebración para desearles suerte. —Sus ojos brillaron al recordarlo—. ¡Qué noche tan maravillosa fue aquella! La luna y las estrellas lucían en un manto de cielo oscuro, y el fuego resplandecía mientras los hombres danzaban la danza de las espadas. Luego todos bailaron. La música llenaba el aire y los corazones, y sentí como si las almas de nuestro pueblo se unieran. Nunca antes había querido bailar, y tampoco sabía hacerlo, pero esa noche lo único que deseaba era estar cerca de él. Bailar me habría dado esa oportunidad.

»Durante toda la noche, él se rió y se divirtió, pero no me prestó la menor atención. Yo deseaba tanto que me mirara, que me viera de verdad. —Una leve sonrisa cruzó su rostro—. Al final reuní

el valor para acercarme, solo para hablar. Había bebido un poco, así que no fue difícil hacerlo conversar. Entonces apareció una chica hermosa y le pidió que bailara. Él se excusó conmigo, muy amablemente —porque así es él—, y se marcharon.

»La última vez que lo vi aquella noche, ella iba colgada de su brazo y se internaron juntos en el bosque. El resto puedes imaginarlo, como yo lo hice tantas veces.

—Lo siento mucho —dijo Emmy, posando una mano comprensiva sobre la suya.

Megan se encogió de hombros con fingida indiferencia.

—Es una tontería. Él no me hizo nada malo. Pero yo lo amaba, y mi corazón se rompió igual. Me hice más fuerte y juré… —Bajó la mirada—. Sé que jurar es pecado, pero lo hice. Juré que nunca dejaría que nadie se acercara a mi corazón, porque eso les da el poder de herirme.

Emmy negó con la cabeza, con dulzura.

—El hombre adecuado puede llenar tu corazón y protegerlo. No te prives de eso, Megan.

—Cuanto más quieres a alguien, más puede dañarte. Yo lo quise demasiado —susurró, como si incluso pronunciarlo doliera.

—Oh, Megan —dijo Emmy con ternura—, dale tiempo a alguien para que te conozca y te quiera.

—Ningún hombre me querrá nunca así —respondió, respirando hondo antes de exhalar lentamente—. En fin, ya lo sabes todo. Lo he guardado dentro durante tanto tiempo… Tengo amigos, pero a nadie con quien pudiera hablar de esto. Me alegra que lo sepas, y me alegra tu amistad.

—Y yo la tuya —repuso Emmy, estrechando su mano con afecto.

Megan se enjugó los ojos mientras Emmy miraba hacia la ventana.

—Mira las hojas —dijo con una sonrisa—. Deberíamos salir a dar un paseo y disfrutar de los colores. Pronto el invierno se los llevará.

Después de lavar las tazas de té, ambas se pusieron sus arisaids y salieron juntas al aire fresco del otoño.



Los dos hombres llevaron sus caballos al arroyo para que bebieran y, acto seguido, se internaron en la corriente para lanzar los sedales.

—¿Vas a contarme lo que pasó anoche? —preguntó Liam, con un destello de diversión en los ojos.

Kinner se encogió de hombros.

—No sé a qué te refieres.

No era de los que mentían. La verdad era que no podía olvidar el beso con Megan ni la culpa que lo había seguido, pero nada ganaba contándoselo a Liam.

Liam sonrió.

—¿Ah, no? Desde donde yo estaba, te volviste loco al ver a esa chica.

—¿A quién, a la pequeña Megan?

—La pequeña Megan ya no es tan pequeña.

Kinner asintió con aparente indiferencia.

—Es una mujer.

—Sí.

Kinner fijó la vista en el curso del agua. El silencio se asentó entre ambos hasta que Liam habló de nuevo:

—Es hermosa, ¿verdad?

Kinner apretó los dientes y gruñó un asentimiento.

—Ese cabello rojo, largo y espeso… —prosiguió Liam con brillo travieso—. Podrías agarrarlo a puñados y perderte en él.

Kinner conocía demasiado bien a su amigo como para caer en la provocación. Con la expresión más seria que pudo, replicó:

—Sí, pero ¿no crees que a Emmy le importaría?

Liam le dio un leve golpe en el brazo con el dorso de la mano.

—¡Para ti, no para mí! ¡Ay! Solo intento ayudarte.

—No te molestes.

—Como quieras, pero duele verlo.

—¿Ah, sí? Pues tendrás que aguantarte, porque a mí no.

Le lanzó una mirada de soslayo y volvió a concentrarse en la pesca. Sin embargo, sus pensamientos seguían con Megan.

Capítulo 2

Y paso, juntos, paso… y paso, juntos, paso…

Cuando terminaron el baile y se sentaron a descansar, Emmy enumeró los bailes que ella y Megan habían practicado hasta entonces.

—Ten en cuenta que no soy una experta —advirtió—. Solo he aprendido desde que me casé con Liam y me mudé aquí desde las Tierras Bajas.

—¿No bailaban allí?

Emmy abrió mucho los ojos y negó.

—En mi casa no.

Solo entonces Megan recordó que Emmy había sido una covenanter cuya iglesia desaprobaba el baile. Cuando se enamoró de Liam, un soldado enemigo, abandonó su religión, sabiendo que su familia no volvería a tener trato con ella.

—Pero tú eres de aquí —añadió Emmy—. ¿Cómo es que nunca aprendiste a bailar?

—Nunca quise —repuso Megan con un gesto de hombros—. Supongo que porque crecí en una casa con dos hombres. Mi madre murió al darme a luz. Mi hermano era mayor y me enseñó a pescar, a cazar y a montar a caballo. Och, ¡cuánto nos divertíamos Brian y yo!

El brillo de sus ojos se apagó al nombrarlo.

—Pero todos los chicos de aquí parecen saber bailar —se extrañó Emmy.

—Sí. La primera vez que lo intenté… Éramos solo criaturas, ¿sabes? Y él se rió.

—¿Quién?

Megan deseó no haberlo mencionado, pero ya era tarde.

—Kinner —respondió, restándole importancia con la mano.

—¿Kinner? Él no es cruel.

—Oh, no. Estoy segura de que no fue su intención, pero yo bailaba fatal. ¿Cómo no iba a reírse? Después de aquello, si alguien me invitaba, respondía que no me gustaba bailar. Con el tiempo dejaron de insistir.

Apartó la vista de la mirada comprensiva de Emmy.

—Estoy convencida de que Kinner se sentiría horrible si supiera que te hirió —dijo Emmy, con los ojos brillantes—. Si no lo sabe, estoy segura de que puedo hacérselo saber.

Megan se echó a reír.

—Fue hace mucho. Ahora es un buen hombre.

—Sí —concedió Emmy, y su sonrisa se desvaneció—. Me preocupa que esté solo en esa casa.

Megan miró por la ventana.

—No creo que a Kinner le importe la soledad.

—Si fuera Hammish, el pobre enloquecería —bromeó Emmy, negando con la cabeza.

—Nada disfruta más que estar rodeado de gente… preferiblemente de mujeres.

—No me sorprendería que hubiera alguna joven implicada en su decisión de quedarse en las Tierras Bajas.

—Tú conoces a Hammish.

Megan puso los ojos en blanco y rió.

—Sí, pero cualquiera lo notaría a los pocos minutos.

—Cierto.

Las dos se entristecieron al pensar en los amigos que no habían regresado. Emmy los conoció después de conocer a Liam, pero de aquel grupo solo Liam y Kinner habían vuelto. Caleb y su esposa huyeron a Irlanda tras un conflicto con su superior; el joven Hugh murió lejos de casa, y su hermano Hammish se ofreció para quedarse cuando la mayoría se licenció.

Emmy dio una palmada en las rodillas y se puso en pie.

—¿Qué otros bailes practicamos?

Se batieron con tres de los pasos más difíciles hasta que Megan se dejó caer en una silla.

—Emmy, tienes la paciencia de Job, ¡pero yo soy un desastre!

—No, no lo eres. Probemos otra vez.

Le tendió la mano para levantarla, pero sus ojos se iluminaron al ver a Liam asomarse. Él, al descubrirlas practicando, se retiró. Antes de que Megan pudiera detenerla, Emmy lo llamó:

—¡Ven a ayudarnos con este baile!

Llegó a la puerta y se detuvo en seco.

—Oh… no me di cuenta de que Kinner estaba contigo.

Con gesto serio, Liam declaró:

—Och, qué pena. Justo me iba.

Solo Kinner advirtió la sonrisa que le asomó. Liam añadió, con fingida gravedad:

—¡Pero podéis apañaros con Kinner! ¡Baila mucho mejor que yo!

Sin esperar respuesta, escapó por la puerta; solo un resoplido traicionó su risa contenida. Emmy permaneció en el quicio, sonriendo dulcemente a Kinner, mientras Megan aguardaba, mortificada, dentro. Kinner cerró los ojos, maldijo entre dientes la

travesura de su amigo y avanzó por el pasillo. Emmy, ya de espaldas, alzó apenas los hombros a modo de disculpa para Megan.

Cuando Kinner entró en la estancia, Emmy explicó:

—Estamos planeando un céilidh para finales de mes. Sé que a Megan aún le quedarán unos días de luto, pero creo que le haría bien unirse a nosotros. Nunca ha bailado.

—¿Nunca? —se extrañó Kinner.

Megan gimió por dentro, aunque lo miró de frente.

—Nunca me tomé la molestia de aprender.

Él la observó con esos ojos verdes que ablandaban el corazón que ella trataba de endurecer.

—Yo te enseñaré.

—De verdad, no hace falta.

—Lo sé, pero quiero.

Le tendió la mano y ella la aceptó.

Kinner marcaba el compás en voz baja mientras practicaban. Cada vez que Megan erraba un paso, le daban ganas de detenerse.

—Todos fallamos —la animó—, pero hay que seguir. Vamos, de nuevo.

Le ofreció las palmas y ella puso las suyas encima. Él la guió por las combinaciones, indicándole en voz queda cada paso y cada cambio de dirección. Concentrada en sus instrucciones, Megan acabó moviéndose al unísono con él. Casi olvidó la guardia de su corazón y se dejó llevar por el ritmo. Por primera vez, sintió que podría aprender, y casi se encontró cómoda junto a Kinner.

En algún momento, Emmy salió de la habitación. Poco después, la incomodidad entre ambos se disipó. Bailaron y, de vez en cuando, rieron.

Al concluir, Kinner indicó:

—Ahora tú haces una reverencia y yo me inclino.

Megan casi se sintió normal hasta que, al incorporarse, lo tuvo frente a frente. Ninguno de los dos se movió.

—Ha estado bien —dijo él, enderezándose con una sonrisa amable.

Sus miradas volvieron a encontrarse. Megan decidió que debía de ser la luz lo que encendía aquel verde suave en sus ojos, con la melena pajiza y alborotada enmarcándole el rostro. Deseó pasar los dedos por su pelo para ordenarlo.

—¿Ves? Estás aprendiendo —murmuró Kinner, entornando los ojos con confianza.

—Sí… bueno, ya veremos.

Avergonzada por su propio rubor, apartó la vista como una niña tímida.

Volvió a mirarlo y quedó atrapada en aquella mirada fija. Parecía un hombre algo perdido, y ella quiso ayudarlo a encontrar el camino. Como si adivinara sus pensamientos, quizá incluso sus sentimientos, Kinner bajó la vista. Megan la siguió hasta su mano. Él se la había tomado cuando ella se incorporó de la reverencia y aún la sostenía. El pulgar de Kinner resbaló sobre su piel. Eso, y la forma en que la miraba, aceleró el latido de su corazón. Ella retiró la mano.

—Debería ponerme en camino a casa.

Sus ojos se desviaron hacia la puerta y el hechizo se quebró.

—Siento que hayas tenido que hacer esto —musitó Megan.

—Yo no —replicó él—. Y podría haberme negado.

Le dedicó una sonrisa amable, teñida de pesar, y se quedó como si fuese a añadir algo. Si esa era su intención, la desechó, porque murmuró una despedida y se marchó. Megan se tocó el punto de la piel que él acababa de acariciar y miró hacia la puerta.

Cuando estuvo segura de que se había ido, subió al dormitorio y se sentó en la cama con un suspiro.

—No.

Se dejó caer de espaldas y fijó la vista en el dosel.

—No volveré a amarlo —se prometió. Y, ya en un susurro—: No puedo seguir amándolo.

Capítulo 3

A la mañana siguiente, Megan se subió a una silla e intentó no moverse mientras Emmy le tomaba medidas y sujetaba el dobladillo con alfileres. Llevaba una chaqueta verde bosque, un pañuelo de lino blanco, un justillo beis, una enagua a rayas verdes a juego y un delantal de lino blanco.

—Es precioso, Megan. Has hecho un buen trabajo.

—Sí… —sonrió—. Mi madre guardaba esta tela en un baúl. Iba a hacerse un vestido nuevo antes de morir, y yo nunca me atreví a cortarla. Pero creo que le gustaría que hubiese terminado lo que ella empezó.

—Le habría encantado verte con él. El verde realza tu cabello rojo.

—Hacía mucho que no tenía un vestido nuevo. He de admitir que me gusta.

—A los muchachos también les gustará —dijo Emmy, asintiendo.

—Solo me importa uno —suspiró Megan—. Pero pronto tendré que ser práctica. No puedo llevar una granja yo sola.

—Aunque conviene ser práctica, como tu amiga te deseo amor. —Emmy alzó la vista—. He tenido suerte, sí, pero encontré lo que muchas mujeres sueñan.

Miró a Megan con un brillo serio en los ojos.

—No fue sin coste… Aun así, te digo esto: por difícil que sea, el amor merece la pena.

Emmy alisó el dobladillo, dio un último vistazo al conjunto y asintió, satisfecha.

—Bien, manos a la obra. ¡Tú tienes un vestido que rematar y yo, un céilidh que organizar!



Pasaron tres semanas, durante las cuales Megan logró evitar a Kinner, salvo por breves saludos y palabras corteses cuando él pasaba, por casualidad, junto a su cabaña. Se decía que era mejor así, pero aquel silencio solo servía para que su corazón se agitara con más fuerza cada vez que lo veía de lejos. Bastaba una mirada fugaz para que toda su serenidad se desmoronara.

Un día, sin embargo, la llamaron al gran salón del castillo. Debía presentarse ante Glengarry, jefe del clan MacDonell de Glengarry y padre de Liam. Al llegar, vio a Liam y Emmy al fondo del salón. Kinner, que entró poco después, se unió a ellos. Cuando pronunciaron su nombre, Megan reunió todo el valor que le quedaba y dio un paso al frente.

Glengarry estaba sentado en una imponente silla sobre el estrado, pero su porte era aún más majestuoso que el trono. A pesar de los años, conservaba una fuerza imponente, con los hombros anchos, los rasgos firmes y el cabello castaño salpicado de canas. La miró con amabilidad.

—Señora MacDougal —dijo con voz grave—, lamento mucho lo de su hermano. Era un buen muchacho, y luchó con honor por su clan.

—Gracias, señor —respondió Megan, bajando la cabeza.

Él la estudió unos instantes, frunciendo el ceño con gravedad.

—Hay un asunto relacionado con la tierra. Por sugerencia de mi hijo, tenía intención de concederos un derecho vitalicio sobre la

granja que ha sido vuestro hogar.

—Gracias, señor —murmuró con alivio, aunque apenas había terminado de hablar cuando Glengarry alzó la mano.

—Escuchadme, muchacha.

Ella se apresuró a disculparse.

—Lo siento.

Sin darse cuenta, se aferró al borde de su delantal.

—Veréis —prosiguió él—, las pequeñas granjas suelen ser propiedad del terrateniente y se arriendan mediante un tacksman, pero vuestro caso es algo singular. Ha llevado tiempo resolverlo. La esencia es esta: hace generaciones, uno de mis antepasados honró a un miembro del clan con una parcela. Esa tierra pasó a otra familia por matrimonio, y el propietario, por razones ya olvidadas, concedió una pequeña parte a vuestro abuelo. Pero para mantenerla en la familia, la tierra quedó gravada con un derecho de herencia por línea masculina.

Megan sintió que el suelo se deslizaba bajo sus pies. Apenas entendía los detalles, pero el tono de Glengarry bastaba para saber que las noticias no serían buenas.

—Vuestro padre nunca fue el propietario absoluto —continuó el jefe—. Su derecho solo podía pasar a un heredero varón. Y vuestro hermano era el último de vuestra familia.

La mención de Brian le desgarró el pecho y enturbió sus pensamientos.

Glengarry suavizó la voz.

—Al ser vuestro hermano el último heredero, la tierra revierte ahora al otorgante original.

—¿Al otorgante? —preguntó Megan, con creciente aprensión.

—Sí —confirmó él—. Pero tened presente que siempre tendréis un hogar en este castillo. No debéis temer por nada. En cuanto al otorgante original… hemos hallado una antigua escritura. Las tierras

fueron cedidas a su bisabuelo por el dueño de una finca vecina. —Glengarry alzó la vista—. Kinner MacDonell, acercaos, por favor.

Megan se volvió. Vio a Kinner sorprendido, incluso desconcertado, mientras se adelantaba y se colocaba a su lado.

—Kinner MacDonell —declaró Glengarry—, sois el descendiente del otorgante original. Con la muerte del último heredero varón de los MacDougal, la tierra vuelve a vos como heredero superviviente. En resumen, sois ahora el propietario de la granja MacDougal.

Le tendió un documento.

—Mi abogado ha preparado la escritura para formalizar la reversión del título. Firmad aquí.

Megan sintió que el aire le faltaba. Quiso salir corriendo, pero permaneció inmóvil, observando cómo Kinner firmaba, convirtiéndose en dueño de todo lo que ella amaba. Ya le había roto el corazón, y ahora le quitaba su hogar. No le quedaba nada.

Cuando Kinner terminó, se volvió hacia ella.

—Chica…

Megan no lo miró. Se limitó a clavar la vista en Glengarry.

—Gracias, señor —dijo con voz firme, antes de girarse y abandonar el salón.

El calor le subió a las mejillas mientras montaba el caballo de Brian y cabalgaba por las tierras que habían sido suyas desde siempre. Llegó a su sencilla cabaña —su hogar, hasta ese día—, y, al entrar, se desplomó sobre la cama, llorando hasta que le faltó el aliento.

Minutos después, oyó un caballo y pasos que se acercaban. Kinner llamó suavemente a la puerta, pronunciando su nombre con una voz tan tierna que la enfureció. ¿Cómo podía seguir afectándola de ese modo? Después de todo, su corazón seguía respondiendo a él, y eso hacía que el dolor fuera aún más cruel.

—Megan.

Ella fijó la mirada en la puerta. Ahora era su puerta, su casa. Se levantó y abrió.

—Ni siquiera puedo pedirte que te vayas, porque tienes más derecho que yo a estar aquí —dijo con voz contenida.

Él dio un paso hacia ella, pero se encontró con su mirada gélida.

—No. Por favor, vete. Empaquetaré mis cosas y me marcharé por la mañana.

—No —replicó, posando las manos en sus hombros.

Ella le dio la espalda.

—¡Déjame en paz!

—¡No puedo! Déjame ayudarte.

Él trató de detenerla, pero Megan se retorció y lo golpeó en el pecho.

—¡No quiero tu ayuda! ¿Por qué no me dejas en paz?

Kinner logró rodearla con los brazos, sujetándola con esfuerzo.

—Porque me importas.

Ella no podía competir con su fuerza. Enterró la cabeza en su pecho y gritó:

—¿De verdad? ¡Pues yo te desprecio! —Golpeó su pecho con el puño—. Me has quitado todo… todo lo que me importaba.

Él pronunció su nombre con una voz profunda, apaciguadora, mientras rozaba su cabello con la mejilla. Megan intentó aferrarse a su ira, pero esta se desvanecía con cada caricia. Se sentía abierta, desarmada, como una herida expuesta. No había ya nada que no doliera, y estaba demasiado cansada para seguir resistiéndose.

Cuando al fin habló, apenas reconoció su voz: era fría, distante.

—Y ahora también me has quitado mi dignidad.

Alzó la vista. Todo a su alrededor —las tres sillas frente al fuego, la pequeña mesa, el olor a turba— le devolvía recuerdos. Casi podía ver a quienes alguna vez ocuparon aquellos asientos. Una nostalgia feroz la abrumó. Tuvo que volverse hacia la puerta, y sus ojos se cruzaron con los de Kinner.

—Puede que seas dueño de todo lo que tengo —dijo con calma —, pero no eres dueño de mí. Quítame las manos de encima y no vuelvas a tocarme.

Mantuvo la mirada fija en él, y por un instante se sintió satisfecha al ver reflejado en sus ojos el dolor que ella misma sentía.

Kinner obedeció. Luego, sin decir palabra, cerró la puerta suavemente tras de sí.



A la mañana siguiente fue a verla, pero Megan se había ido. Kinner cabalgó hasta la casa de Liam para pedir ayuda. Mientras Liam ensillaba su caballo, Kinner habló con la rabia contenida en la garganta:

—Estaba enfadada y me echó. Creí que por la mañana me escucharía, así que la dejé para que se calmara. Pero hoy su cabaña está vacía y su caballo ha desaparecido.

Liam ajustó la última cincha y dio un tirón a la brida.

—No habrá ido muy lejos.

—¿Y por qué no? —Kinner entornó los ojos, luchando por domar la ira—. La eché. Me dijo que me fuera y no obedecí.

—Cálmate, hombre. Megan es demasiado sensata como para hacer una locura. Habrá ido a pensar.

Tenía sentido. Kinner respiró hondo y ordenó las ideas.

—Espero que tengas razón. ¿Adónde iría?

—¿Adónde solía ir cuando quería estar sola?

El rostro de Kinner se iluminó.

—¿La orilla del lago?

Negó enseguida con la cabeza.

—Sabe que la buscaríamos allí. Si ha montado a caballo, de nada sirve peinar los alrededores.

—No irá al pueblo —concedió Liam—. Hay demasiados chismes. Querrá evitarlos.

—Entonces iremos en la dirección opuesta.

—Sí —asintió Kinner, montando.

Emmy apareció con dos paquetes y una botella.

—Aquí hay tortas —anunció—. He preparado dos por si os separáis. Y un poco de whisky, por si hace falta.

Liam la abrazó y le dio las gracias. Mientras tanto, Kinner repasaba los parajes que frecuentaban de jóvenes.

—Creo que sé dónde puede estar. Subiré a la cresta.

—Yo probaré el resto —dijo Liam.

—Volveré antes del anochecer.

—Si no la encontramos, reuniré a algunos hombres para buscarla mañana.

Se separaron en direcciones opuestas. Kinner espoleó rumbo a la hendidura de la cresta que dominaba sus casas. Recordó la vez que habían subido juntos: ella tenía trece años y él, con diecisiete, se creía un hombre hecho y derecho.

El joven Kinner y Megan contemplaban sus granjas desde lo alto. Megan se recostó contra el tronco de un árbol.

—No se distingue dónde empieza una y termina la otra.

—Claro que sí —replicó él—. Ese árbol marca el límite. Si trazas una línea desde aquella roca saliente, esa es la línea.

—Och, Kinner, siempre estás tan seguro de ti.

Megan se apartó unos pasos y volvió a reclinarse contra el árbol, con los brazos cruzados. Kinner saltó para colgarse de una rama; se balanceó un par de veces y cayó al suelo, riendo.

—Podríamos resolverlo si las dos granjas se unieran —bromeó ella—. Entonces serían una sola.

—Eres una eejit.

Megan se encogió de hombros, se impulsó con el pie contra el tronco y se alejó. Ella había encontrado aquel claro y quiso enseñárselo. Kinner deseó poder volver atrás y darle un puñetazo a su yo de entonces: no era la primera vez que la hería sin querer.

Corrió tras ella.

—Lo siento. No era mi intención. No eres una eejit.

Casi la alcanzó cuando Megan se volvió. Estuvo a punto de chocar con él.

—Pero lo soy. Soy una eejit por tenerte de amigo.

Le dio un empujón sin fuerza en el pecho; su enfado ya se deshacía en una sonrisa. Kinner se inclinó para atraparla en su gesto.

—¿Qué es eso?

Iba a burlarse, pero los labios de ella parecían tan suaves que el chiste se le heló en la boca. Por un segundo se preguntó cómo sería besarlos.

—Sé lo que intentas, pero no funcionará, Kinner MacDonell —advirtió Megan—. No soy una de las chicas del pueblo que se deja engatusar por tus encantos.

Él volvió un poco en sí.

—¿Mis chicas del pueblo? Bueno, al menos me hallas encantador.

Se permitió una sonrisa satisfecha. Megan, rauda, le saltó a la espalda como hacían de niños cuando se enzarzaban en juegos de lucha; solo que ahora eran demasiado mayores. El peso repentino los desequilibró y rodaron unos metros cuesta abajo. Kinner quedó encima; Megan lo miraba con esos ojos grises dulces y los labios carnosos, entreabiertos. Ya no era la criatura que había parecido apenas unas horas antes. Se quedaron inmóviles, atrapados por la mirada. El cuerpo de ella, blando bajo el suyo, le despertó un vértigo nuevo. Al instante siguiente, Kinner se apartó bruscamente.

—Eres una insensata si crees que puedes pelear con un hombre adulto.

Megan estalló en una risa clara.

—¡Un hombre adulto! Puede que empieces a parecerlo, ¡pero sigues siendo un estúpido!

—Y lo fui por seguirte hasta aquí.

Kinner trepó de vuelta hacia la cresta, con pasos largos y torpes.

—¡Y yo, por traerte! —le gritó ella desde abajo.

Tenía que estar allí.

Kinner contempló la empinada ladera ante sí. Había cabalgado hasta donde el terreno lo permitió, luego ató su montura cerca de la cima y continuó a pie. El aire era fresco, cargado del olor de la turba húmeda y de la hierba recién agitada por el viento. Al llegar a la hendidura de la cresta, la vio sentada, inmóvil, con la vista fija en el valle, en la casa que se alzaba pequeña y solitaria a lo lejos.

—No pensé que recordarías este lugar —dijo ella sin volverse, con una calma que apenas disfrazaba el temblor de su voz.

Una leve sonrisa cruzó los labios de Kinner.

—Recordaba lo enfadada que estabas.

—Herida, no enfadada —corrigió Megan—. Nunca entendiste la diferencia.

—¿Ah, no? Es difícil notarla cuando me golpeas el pecho con los puños.

Megan se giró y, pese a sí misma, dejó escapar una sonrisa al ver aquella expresión pícara que tan bien conocía.

—La vida era más sencilla entonces —murmuró—. Tú me fastidiabas y yo te pegaba.

Se encogió de hombros y alzó la mirada hacia él. Sus ojos grises brillaban como el lago al sol. Pero la luz se apagó pronto en ellos.

—Ya no es sencillo. Y todos se han ido.

Su voz se quebró apenas perceptiblemente. Miró hacia las granjas del valle y tragó saliva, como si con ello intentara contener el dolor.

Kinner se sentó a su lado, sin decir palabra. Entre ellos se extendió un silencio denso, pero cómodo, como si ambos entendieran que las palabras sobran cuando el alma pesa.

—Sé que no fue culpa tuya —dijo al fin Megan, en un hilo de voz—. Y siento haberte culpado.

Él permaneció callado un momento, hasta que sus palabras salieron con una sinceridad profunda.

—Esa granja es tuya, Megan. No podía mirar esa tierra ni esa cabaña sin verte en ellas.

Ella apartó el rostro, pero Kinner alzó una mano y, con la yema de los dedos, le levantó suavemente la barbilla.

—Mírame, muchacha.

El sol arrancaba destellos carmesí de su cabello, que caía en mechones sueltos sobre los hombros. Él la miró a los ojos, y su voz,

al hablar, se volvió grave, resuelta:

—Nunca, jamás te pediré que la dejes.

Habían pasado tantos años desde la última vez que compartieron aquel claro. En ese tiempo, cada momento vivido, cada amor y cada pérdida se habían tejido en hilos invisibles entre ambos. Algunos se habían deshilachado, otros roto del todo, pero los que quedaban aún los unían con fuerza, tan estrechamente que separarlos solo causaría más daño.

Kinner había visto demasiadas muertes, demasiadas almas quebradas —algunas por la espada, otras por la desesperanza—, y no soportaría ver a Megan sufrir más. No por él. No por nadie.

Ella se inclinó hacia él sin decir nada, y Kinner la recibió entre sus brazos. La abrazó con ternura, acunando su cabeza contra su hombro mientras el viento susurraba entre los árboles. Allí, en el mismo claro donde todo había empezado, el silencio los envolvió, y por primera vez en mucho tiempo, ambos sintieron un atisbo de paz.

Capítulo 4

En los días siguientes, Megan se quedó cerca de casa, porque volvía a sentirla suya. Sin embargo, sabía que ya no echaría raíces como antes: aunque su gente había vivido y muerto allí, quienes vinieran después de ella no lo harían. Aun así, agradecía a Kinner que la dejara permanecer en la cabaña. Cada vez que lo pensaba, no podía evitar preguntarse cuánto pesarían sus deseos si a él le ocurría algo y la tierra pasaba a otras manos. La sola idea de que algo le sucediera apartaba sus pensamientos de la granja.

Desde aquel día en la cresta, Kinner se mostró atento y considerado, aunque con la sobriedad de un amigo y vecino. Ella estaba segura de que lo movía la culpa y que hacía cuanto podía por arreglar las cosas. Nada más. Acudía a diario para cerciorarse de que estaba bien y no se marchaba sin reparar algún detalle que ella había descuidado tras la muerte de Brian. Kinner era un buen amigo. Desear otra cosa era adentrarse en una introspección estéril. Él no sentía lo mismo y Megan tenía que aceptarlo. Eso no impedía que el corazón se le acelerara cada vez que oía acercarse un caballo.

—¡Megan! —la llamó Emmy en el aire fresco del otoño.

Megan salió corriendo a recibirla. Después de dejar el caballo en el establo con agua y heno, la condujo al interior para que se templara junto al fuego.

—Me temo que no puedo quedarme mucho —advirtió Emmy—. Los días se han acortado y prometí a Liam volver antes del anochecer.

—¡Me alegra verte! Echaba de menos tener con quién hablar. Esta última semana apenas me he movido de casa.

Emmy la miró con atención.

—Justo por eso vengo. No te he visto desde que Glengarry habló contigo.

Megan sostuvo su mirada y soltó el aire despacio.

—Unos días después fui al pueblo. No sé cómo, pero las noticias vuelan. Oí a alguien decir… cosas sobre Kinner y sobre mí. Que me dejaba quedarme a cambio de… —chasqueó la lengua, frustrada—. Ya imaginas el resto. Eran habladurías maliciosas. No he vuelto desde entonces.

—Había oído rumores —admitió Emmy— y estaba preocupada.

—Och, son las mismas chicas que se burlaban de mí por jugar con los muchachos. A mí me gustaba correr, pescar y cazar. Es mucho más divertido que quedarse sentada cosiendo. Éramos jóvenes. Pero cuando crecí, empezaron los comentarios.

—Sin duda estaban celosas de verte con esos guapísimos chicos.

Megan sonrió, más ligera.

—Eran un grupo estupendo. Había olvidado que tú también los conociste cuando vivían en las tierras bajas.

—Oh, sí. Mi favorito era Liam, claro.

—¡Eso espero!

—Me rescató, junto con mi corazón, y lo amo desde entonces —dijo Emmy, con la mirada perdida un instante—. Och, esos fornidos soldados de las Highlands… Caleb era tan apuesto, con su cabello castaño oscuro y esos ojos melancólicos. Hammish era puro encanto y picardía. Y Gavin… —vaciló, luego sonrió—. Gavin empezaba a atraer miradas, quitándole protagonismo a Hammish. Ya te imaginarás cómo se lo tomó.

Megan soltó una risa limpia.

—¡Bien por Gavin! A Hammish le venía bien que lo pusieran en su sitio.

—Y luego está Kinner…

Megan la encaró.

—Sí, bueno. Ha sido un buen amigo. Eso es todo para mí, y se lo agradezco.

Emmy frunció el ceño, meditando su respuesta.

—Kinner habla muy bien de ti. Y a menudo, para ser "solo" un buen amigo.

—Te aseguro —negó Megan, con un leve gesto— que, si fuera algo más, me habría dado cuenta. —Se recostó y suspiró—. Pero no lo es. Y me voy acostumbrando… o lo intento.

—No estoy de acuerdo. Creo que está preocupado. No renuncies a él todavía. Dale tiempo.

—He esperado —admitió en voz baja—, pero es muy solitario esperar lo que no va a suceder. Aquí estoy con mis recuerdos, y echo de menos oír voces y sentir vida a mi alrededor.

Emmy se quedó pensativa un momento.

—El céilidh es en una semana y tú, amiga mía, vas a venir. Te hará bien salir.

Megan negó despacio.

—Me he habituado a la casa, al sosiego, a los recuerdos. No sé si estoy lista para volver a estar rodeada de tanta gente.

Emmy adoptó una expresión casi severa.

—Sí que lo estás. ¡Has aprendido todos esos bailes! Me harías un gran favor.

Megan miró a su querida amiga y, ante aquella mezcla de terquedad y cariño, no pudo negarse.



Kinner dio un trago largo a su jarra de cerveza y la dejó sobre la mesa con una sonrisa de satisfacción. La taberna olía a humo, turba y cebada derramada; las vigas ennegrecidas por el tiempo y las mesas de roble, marcadas por cuchillos y copas, le daban un aire familiar y gastado. Casi todos los que vivían cerca del castillo pasaban por allí al menos una vez por semana.

—Es como en nuestros días en la ciudad —dijo Kinner, con una media sonrisa—, pero sin tener que cumplir las órdenes del rey.

Liam soltó una carcajada breve.

—Mereció la pena solo por conocer a mi amor. Pero, por el resto, no me importaría olvidarlo.

Durante un momento, el silencio los envolvió. Ambos pensaban en los hombres en que se habían convertido… y en los que ya no volverían. Kinner sintió un peso en el pecho; no quería hablar del pasado. Revivirlo por las noches y despertar empapado en sudor ya era castigo suficiente. Aquellos días lo perseguirían toda la vida.

Sacudió la cabeza, apartando los recuerdos.

—Sí, es bueno estar de vuelta —dijo al fin.

Liam se inclinó hacia él, con un brillo travieso en los ojos.

—¿Vendrás a nuestro céilidh?

Kinner arqueó una ceja, divertido.

—¿Eso era una invitación o una orden?

Liam adoptó su expresión de oficial curtido.

—No era una pregunta. Emmy lo ha dejado muy claro: si no vienes, tendrás que responder ante ella.

Kinner soltó una carcajada.

—Bueno, en ese caso, no puedo perdérmelo.

—Sabía que dirías eso —repuso Liam, recostándose con aire triunfante—. Y, por cierto… tu vecina, Megan, también estará allí.

Kinner apenas tuvo tiempo de reaccionar. En ese momento, una muchacha del pueblo se sentó junto a él, rozándole el brazo con familiaridad.

—¿En un céilidh? —repitió ella, mirando a Liam con descaro antes de girarse hacia Kinner. Le deslizó el brazo bajo el suyo y se recostó contra él, sonriendo de manera insinuante.

Liam, fingiendo indiferencia, dijo:

—Le estaba comentando a Kinner que un poco de música y baile animarían este sitio.

Kinner cerró los ojos un instante y exhaló, procurando mantener la calma. Le dedicó una sonrisa cortés a la joven.

—Pero es nuestro triste destino —dijo con ironía— que ahora mismo no tengamos nada de eso.

—¡Oh, puedo cantar mientras bailas conmigo! —dijo ella, levantándose de golpe y tirando de su brazo, tambaleándose en el intento.

Kinner la sostuvo antes de que cayera.

—Gracias, muchacha, pero no estoy de humor para bailar. Seguro que hay otro joven aquí con más ganas.

La joven se irguió con gesto ofendido.

—¿Crees que bailaría con cualquiera, Kinner MacDonell? ¡Te lo pedí a ti! —Se inclinó hacia él, tan cerca que pudo oler el alcohol en su aliento—. Pero supongo que estás demasiado ocupado bailando con tu vecina Megan. —Las comisuras de sus labios se curvaron en una sonrisa venenosa—. Supongo que ella tiene que pagar el alquiler de alguna manera.

Kinner se irguió bruscamente, los ojos encendidos, pero Liam lo detuvo, poniéndole una mano firme en el brazo.

—Será mejor que te calles, chica —dijo Kinner con voz tensa, cada palabra cargada de contención.

Liam le tomó la mano a la joven y colocó una moneda en su palma.

—Ve a tomarte una copa y que tengas buena noche.

Ella vaciló un momento, pero ante el tono de Liam, se apartó murmurando algo entre dientes.

Kinner respiraba con fuerza, los puños cerrados.

—Estúpida muchacha —murmuró entre dientes—. ¿Cómo se atreve a decir algo así?

Liam lo observó con prudencia.

—Bueno… había oído que se hablaba de eso.

Kinner lo fulminó con la mirada.

—¿Dónde lo has escuchado?

—Megan se lo contó a Emmy.

Kinner soltó un gemido de frustración.

—¿Así que ella también ha tenido que oír esas malditas habladurías?

—Sí.

Kinner apretó los puños con fuerza.

—Pobre chica. —Su voz se volvió ronca—. No hay nada que podamos hacer. Cualquier palabra que digamos solo hará que parezca verdad.

Liam bajó la vista, incómodo.

—Lo habría investigado antes, pero temía empeorarlo.

Kinner echó una mirada alrededor de la taberna, donde la gente reía y bebía, ajena a su furia.

—Debe de ser una vida muy miserable la de quienes inventan mentiras para entretenerse.

—Lo siento, Kinner.

—No sientas pena por mí —dijo él, con un tono seco—. Es Megan quien me preocupa.

Liam lo observó unos segundos, comprendiendo más de lo que Kinner habría querido admitir.

Cuando salieron al fresco de la noche y montaron a caballo, Liam habló en voz baja:

—No te preocupes. En una semana tendrán otro chisme del que hablar.

Kinner gruñó, furioso.

—Sí, pero no antes de arrastrar su nombre por el barro.

—Y el tuyo también, me temo.

—No me importa lo que digan de mí. Me importa Megan.

Liam sonrió apenas, moviendo la cabeza con resignación.

—Sí… bueno, a todos nos importa Megan.



Las siguientes veinticuatro horas fueron un torbellino de actividad en la casa de Liam.

Las mujeres del valle, que durante años habían tenido poco que celebrar, se movían con renovado entusiasmo. El duelo de Megan estaba por terminar, los hombres habían regresado a salvo de la guerra y, por primera vez en mucho tiempo, la paz reinaba entre los MacDonell y los clanes vecinos. Era el momento de dejar atrás las penas, de reír, bailar y olvidar —aunque solo fuera por una noche — todo lo perdido. El invierno llegaría pronto y, con él, el encierro en las casas, las largas noches silenciosas y el recuerdo persistente de los ausentes.

El sábado por la noche, Emmy se encontraba frente al espejo, distraída con un mechón rebelde de su cabello. Detrás de ella, Liam

ajustaba su kilt y colocaba con cuidado el broche en su hombro. El fuego del hogar lanzaba destellos anaranjados sobre sus rostros, envolviéndolos en una luz cálida.

Liam se acercó, la rodeó por la cintura y la abrazó con fuerza, hundiendo la cara en su cuello. Habían compartido tantas palabras a lo largo de los años que, en ese momento, el silencio bastaba.

Emmy apoyó las manos sobre las suyas, aún enlazadas a su vientre.

—Me gustaría ver a Megan alegre de nuevo —dijo, en voz baja.

Liam asintió, pensativo.

—Ha pasado por momentos duros. Brian era todo lo que le quedaba… —Se detuvo un instante, la mirada ensombrecida—. Brian estaba bajo mi mando.

—No era mi intención traer recuerdos tristes —susurró Emmy, acariciándole la mejilla con ternura.

—Antes de salir a la batalla —dijo él, con voz grave—, prometimos cuidar de las familias de los demás si algo nos pasaba. Pienso cumplir esa promesa.

—Y sé que lo harás —respondió ella con una sonrisa triste.

Liam la tomó por los hombros y la miró con una seriedad que la conmovió.

—Si alguna vez me pasa algo, quiero que tú hagas lo mismo.

—Por supuesto. —Los ojos de Emmy se humedecieron apenas, pero apartó la mirada, tocando el pecho de su esposo para recomponerse. Luego, al verse de nuevo en el espejo, forzó una sonrisa—. ¡Ay, este mechón de pelo!

Agradeciendo la distracción, intentó domarlo, pero Liam no la dejó. Rodeó su cintura con los brazos y la atrajo hacia sí.

—Estás preciosa —murmuró junto a su oído—. De hecho, me apetece quedarme aquí contigo toda la noche.

La giró suavemente y la besó. Emmy sonrió entre sus labios, pero cuando sus manos comenzaron a deslizarse desde sus hombros hasta su corsé, ella murmuró, sin aliento:

—Nuestros invitados llegarán pronto…

Liam soltó un suspiro gutural y dejó un rastro de besos por su cuello.

—¿Cuándo, exactamente?

—¿Cuándo qué? —preguntó ella, temblando bajo su toque.

Él sonrió con picardía.

—¿Cuándo llegarán nuestros invitados? —Y antes de que pudiera responder, volvió a besarla, largo y profundo.

Emmy lo empujó suavemente, riendo.

—¿Quieres que reciba a la gente sonrojada y jadeando?

—No —dijo él, con una sonrisa que destilaba deseo—. Pero me gustas así… Así que será mejor que me vaya antes de cambiar de opinión.

Ella se volvió hacia el espejo, suspirando.

—¡Ay, mira lo que le has hecho a mi pelo!

Liam se colocó detrás de ella, encontrando su reflejo en el espejo.

—Estás preciosa —susurró.

Por un momento, se miraron el uno al otro a través del cristal, una sonrisa compartida en silencio. Luego, Liam besó su sien.

—No soy un hombre paciente, Emmy MacDonell. Espero continuar esto más tarde.

Ella arqueó una ceja, divertida.

—Da la casualidad de que pienso dejar que un hombre guapo haga lo que quiera conmigo esta noche.

Liam sonrió de medio lado.

—¿Ah, sí?

Con un guiño descarado, Emmy respondió:

—Si ves a alguno, avísame.

Intentó salir de la habitación, pero no lo suficientemente rápido como para esquivar una sonora palmada en el trasero que la hizo reír entre dientes.

Capítulo 5

El suelo vibraba bajo el golpeteo acompasado de los pies y el sonido vivo de las gaitas. El aire, espeso de humo, risas y calor, estaba impregnado del aroma a turba y cerveza. Los plaids giraban, las faldas se agitaban, y el ritmo marcaba una alegría colectiva que llenaba el gran salón.

Megan observaba desde la pared, las manos entrelazadas sobre el regazo, demasiado nerviosa para aceptar una invitación a bailar. Sonreía a quien la saludaba, pero su corazón no estaba allí. Buscó con la mirada —sin admitirlo del todo— un rostro en particular. No vio a Kinner. Tal vez no había venido, o tal vez no quería verlo.
Eran amigos, nada más, se recordó. Nada más.

Los murmullos, las carcajadas y las voces flotaban a su alrededor. Megan se abrió paso entre la gente hasta encontrar dos sillas vacías que acababan de dejar libres unas jóvenes. Se sentó con alivio justo cuando otras dos muchachas pasaban riendo, cazando con la mirada a los hombres del clan. Cuando sus pretendidos eligieron otras parejas, las chicas se quedaron hablando cerca de ella, sin darse cuenta de que las escuchaba.

—Sí, mi hermana se casó con un hombre del pueblo —dijo una —. No podía cuidar sola del ganado, y él no tenía tierras.

—¿Y no lo amaba? —preguntó la otra.

—Eso no importa. Ahora ambos tienen pan, techo y una chimenea de turba.

La segunda torció el gesto.

—Yo nunca podría hacer eso.

—Si pasaras hambre, harías cosas peores.

—¿Peores? Och, no.

—Todo el mundo necesita comida y calor, pero el cuerpo puede sobrevivir sin amor.

Las palabras quedaron flotando, clavándose en la mente de Megan. Pensó en su propia situación. Ahora estaba a salvo, sí… pero ¿y mañana? Había perdido a demasiados. No podía depender de que Kinner —o nadie— estuviera siempre ahí para protegerla. Tal vez era hora de pensar en su futuro de manera más práctica, sin romanticismos.

Cada tanto, Emmy llegaba tomada del brazo de algún joven al que le presentaba alegremente a Megan, solo para desaparecer segundos después. Megan charlaba cortésmente, pero su atención se desviaba hacia la música. Cuando la melodía terminaba, encontraba una excusa rápida para marcharse antes de que alguno la invitara a bailar.
Le funcionó dos veces. A la tercera, ya no.

Callum Hammond, su vecino viudo, la interceptó con una sonrisa contenida. Era alto, delgado, de porte correcto y maneras algo torpes, con el cabello castaño peinado hacia atrás y un aire tan serio que resultaba casi tierno. Tenía cinco hijos pequeños en casa, y Megan imaginó que la falta de sueño podía explicar su semblante apagado. Su persistencia, sin embargo, era otra cosa.

Casi la acorraló contra la pared. Ella cedió con resignación: mejor bailar que enfrentarse a su insistencia.

No reconoció el ritmo del siguiente baile hasta que fue demasiado tarde. La música arrancó y su corazón latió con fuerza. No sabía los pasos. Abrió la boca para disculparse, pero Callum la tomó del brazo y la hizo girar. Megan intentó mantener el equilibrio y seguir los movimientos de las demás mujeres, pero no tardó en perderse entre giros, cambios de mano y pasos cruzados.

En un intento de recuperar la posición, chocó con su pareja y rebotó hacia atrás, pisando el pie de una mujer detrás de ella. Se oyó un coro de exclamaciones y tropezones. Callum la apartó del caos antes de que la avalancha de risas y murmullos creciera.

Megan levantó la vista y, entre los rostros que miraban hacia ellos, encontró uno que la hizo contener el aliento: Kinner MacDonell. Sus ojos, intensos y alarmados, se cruzaron con los suyos.

Ella apartó la mirada en cuanto pudo.

Avergonzada, aceptó salir al aire fresco. Callum la acompañó, creyendo que así la consolaba. Afuera, la noche estaba tranquila y oscura.

—Hay más cosas en la vida que bailar —dijo él, intentando ser amable.

Megan soltó una breve risa, incapaz de contenerla.

—Oh, señor Hammond… realmente espero que así sea.

Pero el humor de sus palabras se perdió en el aire cuando él se inclinó hacia ella. Megan retrocedió justo antes de que sus labios se rozaran.

—Gracias, señor Hammond. Ya me siento mejor —dijo con rapidez, levantándose.

Él la siguió hasta la puerta. Al entrar, lo primero que vio fue la mirada de Kinner, severa, clavada en ambos. El calor le subió a las mejillas. ¿Quién era él para juzgarla?

Así que, desafiando su propio orgullo, sonrió a Callum y tomó su brazo con deliberada cortesía. Él la acompañó hasta un par de sillas junto a la pared.

Un instante después, Kinner apareció en la pista, bailando. Megan no podía evitar mirar. Su pareja era una mujer que no había visto antes, vestida con un brocado azul que brillaba bajo la luz. Movía los pies con elegancia, y Kinner sonreía —esa sonrisa cálida

que parecía capaz de encender la sala—. Megan intentó apartar la vista, pero cada vez que él giraba, la danza lo acercaba de nuevo.

—¿Le traigo un poco de clarete? —preguntó Callum, rompiendo su ensimismamiento.

Ella asintió distraídamente. Lo observó alejarse y se preguntó, de pronto, qué veía él en ella. No era amor, pensó, sino una búsqueda sensata: él necesitaba esposa, ella seguridad. ¿No era eso suficiente? Quizá con el tiempo aprendería a quererlo, como quien aprende una costumbre buena. Pero cuando imaginó su vida junto a él y sus cinco hijos, el corazón se le encogió. Negó con la cabeza sin darse cuenta.

—¿Ocurre algo? —preguntó una voz grave.

Megan alzó la vista. Kinner estaba allí, sentado ya en la silla que Callum había dejado vacía.

—¿Perdón?

—Fruncías el ceño y negabas con la cabeza —dijo él, mirándola con una mezcla de ternura y preocupación.

La calidez de su tono la desarmó.

—Yo… —empezó a decir.

—¿Te sientes mal? —preguntó él, tocándole la mejilla con el dorso de los dedos.

Ese leve contacto encendió en ella una corriente peligrosa. Se apartó con torpeza.

—No, Kinner, estoy bien.

Él retiró la mano, incómodo, justo cuando Callum regresó con las copas.

—¿Hay algún problema? —preguntó, mirando a ambos con sospecha.

—No —respondió Kinner, sin apartar la mirada de Megan. Luego se puso de pie con un asentimiento brusco—. Disculpen.

Cuando se alejó, el aire pareció vaciarse.

Callum se sentó y habló de sus hijos y su ama de llaves enferma. Megan escuchó con cortesía, aunque apenas procesaba sus palabras. Cuando él tomó su mano para despedirse, se demoró más de lo necesario.

—¿Le importaría si la visitara? —preguntó con cautela.

Megan lo miró sorprendida.

—No… no lo sé, señor Hammond.

—Llámeme Callum —insistió él, sonriendo—. Tal vez deba pedir permiso al señor MacDonell.

Ella parpadeó.

—¿El señor MacDonell?

—Liam —aclaró él, algo confuso.

Pero Megan, distraída, ya buscaba con la mirada a Kinner. Lo vio a lo lejos, justo antes de que desapareciera del salón.

—Por favor, discúlpeme —dijo, levantándose.

Callum fue a hablar con Liam, mientras ella escapaba hacia la cocina. Cruzó la puerta trasera y se sentó en un banco, respirando el aire frío. El viento levantaba las hojas, y ella, perdida en sus pensamientos, apenas notó cuando una chaqueta cálida cayó sobre sus hombros.

—Estabas temblando —dijo Callum, que la había seguido—. Pensé que te habías ido.

—Le he molestado —susurró ella.

—No, es culpa mía. He olvidado cómo se hace esto. Lo siento.

—No, soy yo —dijo Megan, con un hilo de voz—. No sé si estoy preparada.

—Por supuesto. Apenas me conoces. No tiene que ser un noviazgo —replicó él, con amabilidad—. Solo… algo que comience

con respeto.

Megan le sonrió débilmente. Tal vez, con el tiempo, podría llegar a quererlo. Al fin y al cabo, había muchos tipos de amor.

Callum pareció aliviado.

—Hablaré con Liam. No formalmente, solo para dejar claro que mis intenciones son honorables.

Megan asintió. Cuando él se marchó, sintió un vacío extraño. Tal vez había aceptado más de lo que comprendía.

De regreso al interior, se cruzaron en el pasillo. Él le deseó buenas noches con una sonrisa afable antes de ir a buscar a su anfitrión. Megan intentó corresponderle, pero, en cuanto desapareció de vista, la sonrisa se desvaneció. Callum no la haría sufrir como Kinner… y sin embargo, no la haría sentir viva tampoco.

La fiesta fue apagándose. Emmy y Liam bailaban una última melodía. Megan subió las escaleras, deseando solo dormir. Pero, a mitad del pasillo, se detuvo en seco: Kinner estaba allí.

—Pensé que te habías ido —dijo él.

Ella quiso decir algo sensato, pero su corazón se adelantó.

La música del salón cambió; era la misma canción que él había cantado cuando practicaban juntos. Sin una palabra, Kinner extendió la mano. Megan la tomó. Bailaron en silencio, allí, solos en el pasillo iluminado por la luz ámbar de las velas. Los pasos fluyeron sin esfuerzo, como si sus cuerpos recordaran mejor que sus mentes.

Al final del baile, él sonrió.

—Bien hecho.

—Gracias —susurró ella, perdida en sus ojos.

—Puedes bailar —dijo él, tomándole las manos. Su pulgar rozó la piel de ella, y el mundo se detuvo.

—Megan —dijo con voz baja, como si su nombre fuera una oración.

El sonido los unió en un silencio cargado, hasta que la voz de Liam resonó desde abajo:

—¡Kinner! No te olvides de la caza mañana.

Kinner soltó las manos de Megan con cuidado.

—Lo recordaré —respondió, luego añadió en un susurro—: ¿Vendrás con nosotros?

Ella negó despacio.

—Mañana entonces, después de la caza —dijo él, colocándole una mano en la espalda para acompañarla hasta su habitación.

Frente a la puerta, ella pensó que la besaría. En cambio, él le apretó el brazo con delicadeza.

—¿Nos vemos mañana?

—Supongo que sí.

Sonrió con esa mezcla de calidez y contención que la desarmaba.

—Buenas noches.

Ella respondió apenas un susurro.

Él se inclinó para abrirle la puerta, y el roce de su presencia bastó para hacerle perder el aliento.

Cuando Kinner se marchó, Megan cerró la puerta despacio y se apoyó contra ella, el pecho agitado. Su corazón, que había latido con fuerza durante el baile, ahora dolía de manera distinta.
No sabía si era amor o la herida de seguir negándolo.

Capítulo 6

Tras horas de insomnio y agitación, Megan por fin dormía cuando un grito de hombre cortó la quietud. Se incorporó de golpe. El grito volvió a oírse. Saltó de la cama, se echó el arisaid de lana por encima y cruzó el pasillo a toda prisa hacia la habitación de Kinner.

Golpeó la puerta con los nudillos, frenética. Al no obtener respuesta, llamó su nombre y probó el pestillo. No estaba cerrado; empujó y entró. Dentro, Kinner se retorcía entre las sábanas, gimiendo y balbuceando incoherencias. La cama crujía con cada sacudida.

—¡Kinner! —susurró con urgencia—. Estás teniendo una pesadilla.

Tropezó con una silla y la enderezó antes de que cayera. De pronto, el cuarto quedó en un silencio tenso. Megan avanzó a tientas, las manos por delante, evitando golpear nada. Una mano le aferró la muñeca y la empujó boca abajo sobre el colchón. Un filo helado le rozó la garganta.

—Kinner, por favor —suplicó.

La hoja desapareció al instante y cayó sobre la alfombra con un golpe sordo. Kinner le sujetó los hombros.

—¿Megan?

Ella apenas pudo articular un susurro.

—¿Qué haces aquí? —La voz de él sonaba extraña, como si aún no hubiese despertado del todo.

—Gritaste. Temí que te hubieras hecho daño —respondió en un hilo de voz.

Él aflojó el agarre.

—Kinner… ¿qué te pasa?

Soltó por completo y le acarició los hombros.

—Lo siento mucho —murmuró. Le rozó el rostro con una delicadeza que desmentía su fuerza—. Por Dios, muchacha, ni siquiera puedo verte la cara en esta oscuridad. Debes de pensar que me he vuelto loco.

—No —negó ella, aunque el corazón le martillaba por el miedo que había sentido en sus manos.

Kinner le tomó la mano y se la llevó a los labios.

—Será mejor que vuelvas a tu cuarto.

La ayudó a ponerse en pie. El plaid rozó el cuerpo de Megan cuando él lo recogió de una silla y se lo echó por los hombros para cubrirla mejor. Ella contuvo el aliento al comprender que él había estado completamente desnudo y que ahora apenas se había cubierto.

—Te acompañaré —dijo, tomándola de la mano y guiándola hacia la puerta.

Se aseguró de mantenerla detrás de él, fuera de cualquier mirada indiscreta, y miró a ambos lados del pasillo. Todas las lámparas se habían extinguido hacía horas. Cruzaron la oscuridad hasta la habitación de Megan. Kinner empujó el pestillo y abrió.

—Siento mucho haberte asustado —añadió con suavidad—. Hiciste bien en preocuparte por mí.

Le alzó la mano y la besó. Sin más palabras, regresó a su cuarto.

Megan cerró y soltó el aire que había estado conteniendo. Se obligó a recordar cada gesto, cada roce, el peso de su presencia. A medida que repasaba lo ocurrido, su pulso acelerado cargaba de significado cada palabra, cada caricia. Pero sabía que era cosa suya.

Kinner había tenido una pesadilla; agradecía que ella lo hubiese despertado y lamentaba haberla asustado. Nada más.



A la tarde siguiente, Kinner acompañó a Megan a casa. Tras ayudarla con el caballo, insistió en llevarla hasta la puerta.

—No hace falta que me acompañes —sonrió Megan, aunque una timidez poco habitual la asaltó cuando sus miradas se cruzaron.

—No voy a dejar que entres sola.

La calidez de sus ojos la conmovió más de lo que quiso mostrar.

—He vagado sola mucho tiempo mientras vosotros estabais fuera.

El arrepentimiento le ensombreció el gesto.

—Me entristece pensar en ti aquí, sola.

Ella no supo qué responder. La pérdida de su familia era un dolor que nunca se iba. Al recordarlo, la soledad volvió a apretarle el pecho. Kinner le apartó un mechón de la mejilla y posó la mano en su hombro. Aquel gesto la reconfortó de un modo difícil de poner en palabras, pero sintió que él lo comprendía.

Megan apartó los pensamientos sombríos y forzó un tono ligero.

—Entra. Al menos te daré una cerveza por las molestias.

—No ha sido ninguna molestia, pero aceptaré esa cerveza.

Acababan de salir del establo y doblar la esquina cuando se escuchó el trote de varios caballos. Media docena de soldados británicos coronaban la colina. Kinner tiró de Megan hacia la esquina y la pegó a la pared de piedra. Con la daga desenvainada, la cubrió con su cuerpo.

—Kinner…

Él le tapó la boca con la mano hasta que los jinetes pasaron a galope. Su corazón latía contra el de ella mientras la mantenía inmóvil, encajada entre su pecho y la piedra, hasta que los cascos se perdieron tras la loma. Entonces la atrajo y la sostuvo entre sus brazos hasta que la respiración de ambos se serenó.

—Son soldados británicos —susurró Megan, procurando ocultar cuánto la había alarmado—. Tú luchaste con ellos.

—Ellos no me conocen, y tú no deberías confiar en ellos —replicó con brusquedad. Le sujetó el rostro, mirándola con los ojos encendidos—. No dejes que te vean aquí sola.

Asustada, Megan negó, casi sin poder moverse bajo su agarre. Una piedra de la pared se le clavaba en la espalda.

—Kinner, me haces daño.

Los ojos de él se ablandaron. Pareció despertar y dio un paso atrás.

—Megan… —casi una pregunta. La estrechó y apoyó la mejilla en su cabello—. Lo siento. Intentaba protegerte.

—Lo sé. No pasa nada. No me buscan a mí, y no buscarán a los Covenanters aquí, en las Highlands.

Kinner apartó la mirada, preocupado.

—Ven —dijo ella, tomándolo del brazo—. Te traeré algo de beber.

Dentro, él encendió fuego de turba y se sentó en la vieja silla de madera junto al hogar. Volvía a ser él, y eso la tranquilizó. Mientras le tendía una taza, el recuerdo de su padre sentado en ese mismo lugar la golpeó con dulzura.

—Me alegra ver a alguien ahí otra vez.

Acercó un taburete y se sentó frente a Kinner.

—¿No te importa?

—A mi padre no le habría gustado verla vacía. Y ya sabes cuánto te quería.

A la luz del fuego, los ojos de Kinner se iluminaron. El calor de los pequeños momentos compartidos con su familia lo reconfortó. Aun así, la inquietud latente no desapareció.

—¿Qué ha pasado, Kinner? —se atrevió Megan.

Él la miró como sin entender, pero ella lo conocía demasiado para no advertir la evasiva.

—Ahora mismo… y anoche.

Se le afilaron los ojos antes de recomponerse.

—Och, eso. Estaba preocupado por ti. Que vistan uniforme no significa que no puedan hacer daño. Y lo de anoche fue solo un sueño, nada de qué inquietarse —añadió con la sonrisa que tantas voluntades desarmaba.

Pero a Megan no la distrajo.

—Parecía algo más —murmuró, llevándose la mano a la garganta sin darse cuenta.

La mirada de Kinner se tiñó de dolor.

—Siento haberte asustado, muchacha. He vivido como soldado muchos meses; a veces despierto y olvido que ya estoy en casa.

Megan quizá lo habría dejado ahí si él no se hubiera quedado mirando el fuego, ausente.

—¿Con qué frecuencia?

—¿Qué?

—Ese sueño… ¿con qué frecuencia?

—Oh, no lo sé —respondió, incorporándose y apartándose de ella—. No estoy loco, si es eso lo que piensas.

Se movía por la estancia como quien no soporta quedarse quieto.

—¡No he pensado eso! —se le escapó a Megan.

—¡Nunca te habría hecho daño! —saltó él.

Ella se alzó y se acercó, posándole la mano en el hombro.

—Lo sé.

Él mantuvo el rostro vuelto.

—No me estorbes. Estaré bien.

El filo del tono la hirió. Empezó a retirarse, pero Kinner le sujetó el brazo.

—Megan… lo siento.

—Solo estaba preocupada —bajó la voz—. No quería estorbarte.

—Lo sé —aflojó el agarre y la miró con una pena honda. Pareció a punto de añadir algo, pero desvió la vista hacia la puerta —. No hay por qué inquietarse, muchacha. Estoy en casa; con el tiempo me pondré mejor.

Megan asintió, sin quedar convencida. Él le besó la frente.

—Mañana pasaré por aquí.

Se marchó a caballo, y ella lo siguió con la mirada desde la ventana.



La mañana siguiente trajo un frío húmedo de otoño. A última hora de la tarde, una niebla espesa velaba el paisaje más allá de la granja. Megan estaba en el establo, limpiando, cuando oyó una voz en la puerta.

—Buenos días, señora MacDougal.

—¡Señor Hammond, qué sorpresa! —se esforzó por trocar la consternación en sonrisa. Sabía que debía haber sido más cordial.

Antes de que pudiera añadir nada, Callum Hammond entró y le quitó el rastrillo de las manos.

—Si me lo permite…

—No es necesario.

—Será un placer ayudarla.

Ya estaba trabajando. Si no quería discutir, a Megan no le quedaba más que observarlo. Tras un minuto, durante el cual él la miró y le sonrió, se inventó una salida.

—Voy a preparar té para los dos.

Él se detuvo lo justo para verla desaparecer. Cuando tuvo listo el té, colocó unas galletas de avena en un plato y avivó el fuego con un poco de turba. Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo, secándose las manos en el delantal—. ¡Kinner!

Él entró sonriendo.

—Pareces sorprendida. Te dije que vendría hoy.

—Sí, claro.

Kinner miró la bandeja.

—Hay demasiadas galletas para una sola.

—No está sola —intervino Callum, cruzando el umbral con los ojos entrecerrados—. ¿Es tu caballo el que está junto al arroyo?

Kinner cruzó los brazos.

—Sí.

—Será mejor que lo recojas antes de que se escape.

Kinner sostuvo la mirada de Hammond.

—No lo hará —y, girándose hacia Megan—: Veo que estás ocupada. Me voy.

El señor Hammond le abrió la puerta con una cortesía rígida.

—Kinner… —atinó Megan, sin encontrar palabras que aliviasen la tensión sin ofender a ninguno. Lo siguió hasta el umbral—. El señor Hammond me ha sorprendido con una visita para ayudarme en algunas tareas. ¿No ha sido muy amable por su parte?

Kinner gruñó a modo de asentimiento. Hammond, ignorándolo, fijó en Megan una sonrisa demasiado familiar.

—Creía que habíamos acordado que me llamarías Callum.

Ella apartó la vista… y alcanzó a ver cómo Kinner apretaba la mandíbula. Ojalá pudiera decirle lo que sentía, pero ¿para qué? Él no compartía sus sentimientos.

—¿No te quedas a tomar té? —preguntó, casi esperándolo.

—Nunca me ha gustado mucho el té —repuso él. Con un breve gesto de cabeza, salió.

Megan lo miró perderse en la niebla, con el corazón dividido entre la calma prudente que le ofrecía Callum y la verdad turbulenta que solo Kinner despertaba.

Capítulo 7

Era casi de noche cuando Hammond se marchó. Habían pasado dos horas, dos horas hablando de su vida y de su granja. Le había pedido que lo acompañara para mostrarle los límites de la propiedad, el número de cabezas de ganado y de otros animales. También habló de sus propias tierras y le describió a cada uno de sus hijos.

Cuando por fin se fue, Megan lo siguió con la mirada hasta verlo perderse en la penumbra. Mientras lo hacía, solo acertaba a recordar la expresión en el rostro de Kinner cuando él se había marchado horas antes. Lo meditó un instante, fue al establo, ensilló su caballo y cabalgó hacia la casa de Kinner.

Al abrir la puerta, encontró a Kinner con el cabello rubio, revuelto y cayéndole sobre la frente. Se lo echó hacia atrás con gesto perezoso y esbozó una sonrisa torcida.

—Megan, querida, pasa.

Le indicó que entrara con un ademán inestable que confirmó las sospechas de Megan.

—Estás borracho.

Su respuesta fue una sonrisa amplia y una mano en su cintura para guiarla al interior mientras cerraba la puerta.

Megan se plantó junto a la entrada.

—Veo que no es un buen momento.

Kinner soltó una risilla.

—Los dos lo sufrimos.

Ante el ceño fruncido de Megan, añadió:

—Por el mal momento. Vaya, hoy mismo tuve el mal momento de interrumpir tu pequeño encuentro.

—¿Mi qué? —la ira le hirvió por dentro—. ¿Cómo te atreves a insinuar…?

—Con bastante facilidad, en realidad.

Megan le cruzó la cara con una bofetada. Si no hubiese estado ebrio, la habría visto venir y la habría atajado; en cambio, solo se llevó la mano a la mejilla.

La sonrisa se le borró casi por completo, salvo por el brillo que persistía en los ojos.

—Espero que esté preparado para ti. Eres una mujer con carácter.

—Y una mujer decente —replicó Megan, ardiendo—. No permitiré que arruines mi reputación.

Él se acercó a la mesa para servirse más whisky y murmuró:

—Och, pero disfrutaría arruinándote.

—¿Qué has dicho?

—Ya lo estás haciendo muy bien por tu cuenta —respondió, y la tristeza se le asomó a la voz al mirarla a los ojos.

—¿Arruinar mi reputación? Och, estás demasiado borracho para saber lo que dices.

—Oh, estoy borracho, no lo niego. Pero sé lo que digo.

El desprecio de Megan se aflojó, herido por aquellas palabras.

—Di lo que quieras, pero lo dirás solo. Me voy.

Él le sujetó la muñeca con fuerza.

—No deberías recibir a hombres en tu casa si estás sola. No está bien.

—Yo no lo invité. Llegó sin más. ¿Qué iba a hacer, rechazarlo?

—¡Sí!

Megan exhaló, exasperada.

—Ya veo. Así que la próxima vez que vengas a visitarme, también te echaré.

—Yo soy diferente.

La amargura le subió a la garganta.

—Supongo que sí, ya que no hay nada entre nosotros.

Kinner la miró con dureza.

—Soy un viejo amigo de la familia.

Megan alzó la barbilla y asintió.

—Oh, sí. Y qué buen amigo. Mira qué gran trabajo has hecho hoy protegiéndome.

Kinner se tensó y la aferró por los hombros.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te ha hecho daño?

Megan desechó su preocupación con una risa breve.

—No, no me ha hecho daño. ¡El único hombre que me ha dañado eres tú! —se arrepintió al instante—. Me refiero a tus acusaciones.

—¿De verdad crees que él siente algo por ti?

—¿Es tan difícil de creer?

—No —admitió, con un tinte de tristeza.

Ella frunció el ceño.

—Supongo que debería darte las gracias por eso.

—Pero ¿por qué Hammond? Cualquiera ve que no sientes nada por él.

Ella apretó los labios.

—No, cualquiera no. Tú no sabes lo que siento. Ni lo has sabido nunca.

Kinner se dejó caer, cansado, en una silla y cerró los ojos.

—Sí, soy un necio. No voy a discutirlo.

A Megan le costó no negar con la cabeza ante la miserable estampa que ofrecía. En lugar de eso, se compadeció, acercó una silla y se sentó a su lado.

—Kinner, ¿qué te ha pasado? Nunca te había visto así.

Él la miró a los ojos, y ella temió haber acercado demasiado la silla. Sus pupilas verdes la atraparon con una fuerza abrumadora, escudriñándola hasta hacerle latir el pecho con violencia. En su expresión, desprevenida, había algo casi infantil. La bebida le había derribado las defensas.

—Nunca me había sentido así, muchacha.

—¿Así cómo?

Kinner apartó la mirada.

—Como si todo cuanto he anhelado estuviera al alcance de la mano. Puedo verlo, pero nunca será mío.

A Megan le brotó el impulso de decirle que ella sería suya si él se lo pedía.

—¿Qué estás diciendo?

Él dejó escapar una risa débil.

—No lo sé. Mírame. Estoy demasiado borracho para hablar con sentido.

—¿Lo estás? —susurró ella.

Él la miró con la mayor sobriedad que le había visto desde que llegó.

—Tú misma lo has dicho.

—Sí, lo he dicho.

—¿Harías algo por mí?

—Sí —se inclinó hacia delante y contuvo el deseo de alisarle el cabello; sabía que, si empezaba, sus dedos seguirían por los pómulos y los labios carnosos, y después querría saborearlos.

—¿Podrías echar un poco de turba al fuego?

Megan se echó hacia atrás y soltó el aire.

—Sí.

Sintió su mirada siguiéndola mientras se agachaba para avivar el hogar, pero fingió no notarlo. Al regresar a su asiento, el silencio se prolongó hasta hacerse pesado.

—Debería irme —rompió por fin.

Él cubrió sus manos entrelazadas con su palma grande, marcada por cicatrices de guerra, y alzó hacia ella sus tormentosos ojos verdes. Megan temió que el corazón le estallara bajo el peso de aquella mirada.

—¿Hammond te trata bien?

Ella frunció el ceño.

—¿Que si me trata bien? Sí, supongo.

—Entonces tienes mi bendición.

Megan tuvo que contener el impulso de abofetearlo de nuevo.

—¿Ah, sí? Muy bien. No me gustaría tomar una taza de té con el señor Hammond sin tu bendición.

Kinner se quedó mirando el fuego.

—Está enamorado de ti.

Megan volvió la vista hacia la ventana. Fuera ya había anochecido; dentro, solo el resplandor del hogar iluminaba la estancia y la hacía parecer más pequeña.

—Hay diferencia entre estar enamorado y querer una esposa.

—¿Y qué quieres tú?

A ti, pensó. Llevaba años amándolo, y desde hacía años sabía que decirlo pondría en riesgo la amistad que aún los sostenía. Hizo lo de siempre: eludió la verdad.

—Me gustaría ser amada, como a cualquiera.

Él le apretó la mano con fuerza.

—Siempre serás amada.

Megan sintió que el brillo del fuego se reflejaba en las lágrimas que la asomaban. Cuando el silencio se volvió insoportable, miró y vio que él se había quedado dormido.

Entonces lo contempló como rara vez se permitía. Las pequeñas arrugas en la frente y alrededor de los ojos delataban una tensión que él se guardaba. Le tentó trazar con los dedos la línea firme de la nariz y la mandíbula. El inicio de la barba sombreaba el contorno y enmarcaba unos labios que ella rozaría con los suyos si se atreviera. Se empapó de la visión de sus hombros robustos y su pecho, que se estrechaba hacia una cintura delgada. Desde ahí, las gruesas capas de tela a cuadros lo cubrían y dejaban el resto a la imaginación.

Megan deslizó su mano bajo la de Kinner para librarse con cuidado. Tras apagar el fuego, se encaminó en silencio hacia la puerta.

—No te dejaré ir sola en plena noche —dijo Kinner, incorporándose.

—¡Creí que estabas dormido!

Megan notó que él se acercaba, aunque no se volvió.

—Conozco cada palmo de helecho y de hierba entre aquí y mi casa.

—Yo también, y te acompañaré todo el camino.

Ella se giró y descubrió que estaba mucho más cerca de lo que había supuesto.

—De veras, no es necesario. Yo…

Él le posó los dedos en los labios, y eso los silenció a ambos. Permanecieron inmóviles hasta que sus respiraciones, entrecortadas, se calmaron. Entonces él apartó la mano, se adelantó, abrió la puerta y los dos dejaron atrás el calor de la casa.



Era casi de noche cuando Kinner preguntó:

—¿Café?

Megan le servía una taza.

—Era un regalo.

Evitó su mirada inquisitiva.

—¿De Hammond?

Ella se dio la vuelta y, de pronto, empezó a reorganizar los objetos del armario.

—Sí, así es.

—Creo que no voy a beberlo.

—Tengo ganas de obligarte. Te devolverá el sentido común. No puedo permitir que te quedes dormido a caballo.

—Och, ese caballo conoce el camino a casa mejor que yo.

Megan sonrió.

—Seguro que sí. Pero ¿te volverá a aceptar en el lomo si te caes?

Se sentó con su propia taza.

Kinner rió.

—No te preocupes. He estado mucho más borracho que esto.

—No lo dudo. Aun así, me preocuparé.

Él se inclinó hacia delante.

—Vaya, señora MacDougal, me siento halagado.

La miró a los ojos con ese brillo travieso que encantaba a todas las mujeres. Su sonrisa torcida remató la faena en el corazón de Megan, que latía sin control. No iba a permitir que él viera el efecto que tenía sobre ella.

—No te hagas ilusiones. Me preocuparía por cualquier viejo borracho como tú.

Él se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—Sí, bueno, si yo no me hago ilusiones, ¿quién lo harría? Desde luego, no la señora Megan MacDougal.

Siempre le había gustado cómo su risa parecía brotar de lo más hondo, auténtica y sin reservas. Era de las pocas veces en que él era simplemente él mismo.

—¿Y qué te hace sonreír así, Megan Henna?

La había sorprendido sonriendo, pero al invocar su apodo de infancia la sacó de su ensimismamiento. Sonrió con aquella sonrisa juvenil que antes la exasperaba, hasta que creció lo suficiente para sentirse encantada por ella.

—Och, no empieces, Kinner.

Antes de que terminara, él ya hacía ruidos de gallina para burlarse, como en los viejos tiempos. Megan sacudió la cabeza en señal de advertencia.

—¿Has olvidado lo que te ganabas con eso?

De niño, él picoteaba con la cabeza hasta que ella le atrapaba la nariz y se la daba un buen tirón. Pero cuando Megan se acercó, él le sujetó la muñeca y la atrajo hasta que sintió el dulce calor de su aliento en los labios.

—Eso fue antes de que creciera y me hiciera más fuerte que tú.

La sonrisa triunfante se les desvaneció a ambos. Cruzaron la mirada, inmóviles, como si ninguno pudiera moverse. Una pregunta

se formó en la mente de él mientras sus ojos se hundían en los de ella. La mano de Megan se crispó bajo su firme agarre; él bajó la vista y la soltó de inmediato.

—Lo siento. No sabía…

Ignorando la verdad que había quedado sin decir, ella murmuró:

—Ya no somos niños.

Lo que empezó como una sonrisa se apagó al ver la preocupación de él fija en el fuego.

—No, lo sé.

Megan intentó restarle hierro al silencio incómodo.

—Kinner, me tomas demasiado en serio.

Cuando él volvió hacia ella su mirada oscura, Megan comprendió que había algo más que palabras. Había en sus ojos una sombra que no le conocía. Él regresó a las llamas.

—Ojalá pudiera volver a cuando la vida era clara y sabía adónde iba. Ahora me siento perdido —confesó—. No soy un necio. Sé muy bien que estoy aquí, pero por dentro, en mi mente, sigo allí, en las tierras bajas, obedeciendo órdenes que sé que están mal. Van contra todo lo que creo. Pero juré servir a mi clan y a mi país. Para lograrlo, me convertí en otro. He regresado a la tierra que amo, pero el hombre que fui se ha extraviado. No encuentro el camino a casa.

Megan le escudriñó el rostro. Apenas mostraba emoción y, aun así, parecía tan perdido como decía. Eso la inquietó.

—¿Qué dice Liam?

—¿Liam? ¿Por qué iba a contarle esto?

—Porque él también pasó por lo mismo.

—No por esto. Ya se había ido cuando Bloody Clavers se hizo cargo de nosotros.

—Pero seguro que entiende cómo es.

—Puede que sí, pero no voy a hablar con él de esto.

—¿Y por qué no?

—Porque vería que soy débil.

—¿Débil? ¡Ahora sí que dices disparates! Eres todo menos débil.

Él la miró fijo.

—¿Cómo puedes mirar y ver solo lo bueno?

—Porque te conozco.

Se miró las manos; él parecía atravesar sus ojos hasta el corazón, y ella no podía permitir que viera lo que había allí.

—Tú ves al hombre que yo sería, pero no soy ese hombre.

—Sí lo eres. Eres bueno y eres amable.

Kinner puso los ojos en blanco.

—Y valiente. Y fuerte —añadió ella.

—Oh, el cuerpo me alcanza, pero un hombre de carácter no habría hecho las cosas que yo hice.

—Estoy segura de que hiciste lo que te ordenaron, porque era tu deber.

—Eso me hace buen soldado, no buen hombre —replicó con la mirada vacía—. No soy el hombre que recuerdas.

Ella quiso protestar, pero recordó el frío del puñal en su garganta. El hombre que despertó de aquella pesadilla no era, en efecto, el Kinner que conocía. Angustiado, no aliviaba su carga pidiendo ayuda; la enterraba. Con todo el whisky que llevaba encima, quizá no hubiera mejor momento para hacerlo hablar.

—¿Has contado a alguien lo de los sueños?

Él hizo una mueca.

—Ya te lo he dicho. Nadie más tiene por qué saberlo. Solo era un sueño.

Megan se inclinó hacia él.

—Creo que era más que eso.

—¿Ah, sí? ¿Y qué derecho tienes a opinar sobre mí?

Ella se echó atrás y se quedó mirando el café.

—Ninguno.

Él posó su mano robusta sobre la de ella y le acarició las yemas con los dedos.

—Lo siento, muchacha. No sé por qué me aguantas.

Con una caricia suave retiró la mano.

—Porque eres mi amigo y yo soy tu amiga —repuso Megan, alzando la vista con fingido enfado—. Y si no fuera así, ¿quién toleraría tus malos humores?

A Kinner se le escapó una sonrisa fugaz.

—Sí, es cierto. Ahora no sirvo para nada.

Ella dijo lo que dice un amigo, pero temió que él tuviera razón.

—No entiendo qué quieres decir cuando hablas así.

—Och. Lo que quiero decir es… —La miró con una calidez triste que le partió el corazón—. Te mereces todo lo bueno y te lo daría si pudiera. Pero la verdad es que no tengo nada que ofrecer, ni a ti ni a nadie.

—Me devolviste mi hogar, y ese es mi mundo.

Se sintió falsa al decirlo, porque sabía que quería mucho más. Lo quería a él. La tristeza en los ojos de Kinner le golpeó el pecho. Él esbozó una sonrisa y negó despacio.

—¿Lo ves? Solo ves lo bueno.

—Veo la verdad. Es lo que hacen los buenos amigos.

Los ojos de Kinner se humedecieron.

—Te entregas, y no siempre es fácil. Lo único que he hecho es dejarte vivir en una tierra que no esperaba poseer y que no necesitaba. Ningún sacrificio.

—Dices eso porque eres un buen hombre. Acepté tu ayuda. Ahora acepta la mía.

Él se volvió y la voz se le quebró.

—Tú no tienes lo que yo necesito.

Fue un golpe duro, pero Megan lo encajó casi sin pestañear. Kinner siempre había controlado todo. Fuerte y seguro, sus pensamientos eran suyos. Ahora, encerrado en sí mismo, nadie podía alcanzarlo. Aun así, no pudo callar.

—Nadie te ofrecerá jamás lo que necesitas si no dejas que vean qué es.

Él se encorvó, los codos en las rodillas.

—¿Kinner?

Megan acercó su silla y le posó la mano en el hombro. Él se volvió y la envolvió con los brazos, escondiendo el rostro en su cintura. Ella le acarició el pelo. Entonces él se incorporó tan deprisa que la sorprendió; dio un paso atrás, murmuró una disculpa y salió furioso de la casa, dejándola mirando la puerta que acababa de cerrarse de un portazo.

Megan se dejó caer en la silla, con las lágrimas corriéndole por las mejillas. Durante largo rato se quedó junto al fuego, viendo cómo las chispas subían y se apagaban. Se estremeció cuando la puerta volvió a abrirse.

Kinner entró con paso firme y acercó una silla a su lado.

—Te diré lo buen hombre que soy —anunció.

Tenía los ojos enrojecidos mientras miraba el fuego. La voz le salió tranquila y honda.

—No fue un sueño. Fue real. Es el recuerdo lo que acecha mis noches.

Cambió de postura.

—Me fui de casa para hacer algo noble por mi clan y mi rey. Al principio, supongo, lo fue. Antes de Bloody Clavers. Se ganó ese apodo con justicia. Estábamos de patrulla y cabalgamos, en una niebla espesa, hasta una pequeña granja en las tierras bajas. Allí vivía una familia. el marido, su mujer, e hijos y ninguno de ellos era soldado. Entramos y los despertamos en las horas previas al amanecer. Eran gente sencilla y temerosa de Dios que quería rendir culto a su manera. El granjero y su esposa eran conocidos como covenanters y los habían visto en un conventículo, un oficio secreto al aire libre.

Se volvió hacia Megan con tristeza.

—No quería que supieras esto, porque me odiarías. Pero no puedo vivir con la mentira, no contigo. Me corroe, y te mereces más. Todo lo que tengo para darte es la verdad, y será lo único que querrás de mí después de esta noche.

Sus ojos, tiernos y pensativos, eran como ella imaginaba el amor.

—Estás diciendo disparates.

Ojalá bromeara, pero sabía que no. La mirada de Kinner resbaló por su cabello y sus labios; después volvió al fuego.

—El otro día, había pasado la noche en vela. Por la mañana, me desperté de uno de mis sueños y me acerqué a la ventana —continuó—. Cogí la pistola.

Megan abrió los ojos, esforzándose por controlar sus emociones.

—Miré hacia el campo y te vi pasar. Llevabas una cesta y el sol se prendía en tu cabello como si fueran mechones de fuego. Parecías… —sonrió apenas—. Y pensé en tus seres queridos, los que has enterrado. Se me quebró la voz. Temí que, si apretaba el gatillo, fueras tú quien me encontrara.

—Kinner…

No ocultó su alarma; dio un paso hacia él, pero él alzó la mano para detenerla.

—No podría hacerte eso —se aclaró la garganta—. El maldito Clavers nos condujo a esa granja, sacó a todos de la casa. La madre y sus cuatro niños pequeños. Uno creería que llorarían, pero no lo hicieron. Nos miraban con la mirada vacía. Clavers dio las órdenes. Separé al marido de su mujer y de los hijos. Ya lo había hecho antes, pero aquellos hombres habían pronunciado el Juramento de Abjuración y pudimos dejarlos marchar. Eso era todo lo que tenían que hacer: solo palabras. El marido miró a su mujer; ella asintió. Ambos se negaron. Debían prometer no tomar las armas contra el rey y renunciar al Pacto. No lo hicieron. Clavers les explicó el castigo y aun así callaron. Entonces me ordenó que disparara al marido.

"«Pero los niños», le dije. Será una buena lección para ellos. Dispárale. Le supliqué al hombre que pronunciara el juramento, pero mientras hablaba, Clavers rodeó a la esposa por la cintura y le apuntó a la cabeza. Me dijo que abatiera al marido o dispararía a la mujer. El granjero me miró y asintió para que lo hiciera. Protegía a su esposa. Así que lo hice. Disparé. Luego Clavers le disparó a ella.

Megan le tocó la mano, pero él la apartó con suavidad.

—¿Qué clase de hombre hace eso?

—Un hombre débil y sin dignidad.

—Sí, eso soy.

—No me refería a ti. ¡Me refería a Clavers! —replicó Megan con vehemencia—. ¿Qué clase de hombre obedece órdenes que sabe que son moralmente injustas? ¿Cuándo toca negarse? Sin duda, aquel era el momento. Y, sin embargo, no te negaste. Hiciste lo que te mandaron.

A Megan le dolía el corazón por las vidas arruinadas y por el espíritu quebrado ante ella.

—Pero ¿qué podías haber hecho? Clavers le habría disparado a ella, luego a él, y después a ti, imagino.

—Sí.

—Si hubieras disparado a Clavers, los otros soldados te habrían ejecutado por traición.

Kinner asintió.

—Lo he pensado mil veces.

—No tenías otra opción.

—Sí la tenía, y tomé la equivocada.

Megan negó con la cabeza, incapaz de aceptar su juicio.

—Se habría cumplido la misma tragedia, pero yo no habría sido quien apretara el gatillo. Habría muerto haciendo lo correcto. En cambio, viví porque disparé. Maté a un hombre delante de su esposa y de sus cuatro hijos.

—Entonces los sueños…

—Me persiguen. Esa es mi penitencia.

Se volvió hacia la puerta.

—Kinner, espera.

—Quería que supieras la verdad sobre mí. Al menos te lo mereces.

Clavó la vista en la madera, sin moverse. Cuando habló de nuevo, su voz sonó distante, forzada.

—Hammond te pedirá que te cases con él pronto. Dile que sí.

La miró, y se marchó.

Capítulo 8

Megan no lloró aquella noche ni tampoco al día siguiente. Él le había arrancado el aire de los pulmones y la conmoción aún la atenazaba. Sabía que nunca había sido suyo y que, en rigor, no había perdido nada. ¿Con qué derecho se comportaba como si Kinner le hubiera roto el corazón? Al fin y al cabo, había sido casi amable al dejar claro que no tenían futuro. Se lo repitió una y otra vez: muchas mujeres vivían sin amor. Ella también podría.

Durante una semana se levantó cada mañana y siguió con sus quehaceres, con su vida, porque eso era lo que tocaba. Hasta que, una mañana, cuando llevaba un cubo de leche desde el establo, oyó un caballo y supo que era el suyo. Dejó el cubo y apoyó la espalda contra la fría pared de piedra. Cuando él pasó al galope, notó las lágrimas en las mejillas. Se dejó resbalar hasta el suelo y por fin lloró.



En una tarde gris, Megan se sentó junto al fuego. Lloviznaba y, de vez en cuando, alguna gota caía por la chimenea y chisporroteaba sobre las brasas de turba. Se envolvió en su airisaid y siguió tejiendo. Nunca le había gustado especialmente, pero la ayudaba a desviar los pensamientos que se le imponían sin tregua.

Afuera, se detuvo un caballo. No podía fingir que no estaba en casa: el resplandor del hogar la delataba. Con un suspiro, se preparó. Sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarse a Kinner. Quizá mejor acabar de una vez que prolongar el temor.

Megan abrió la puerta.

—¡Señor Hammond!

Por la cálida luz en sus ojos, comprendió que él había interpretado su sorpresa como alegría por verlo.

—Callum —la corrigió.

—Callum —repitió ella con una sonrisa cortés.

Él vestía un jubón de buena hechura con botones de plata y la falda escocesa que solo usaba para ir a misa. Solo entonces Megan advirtió que era domingo.

Callum se quedó en el umbral y la observó con inquietud.

—Cuando no la vi en misa, me preocupé. ¿Se encuentra mal?

—No… yo… bueno, sí, me he sentido mal. ¿Quiere pasar?

Lo dijo para distraerlo y evitar más preguntas sobre su salud.

A Callum no le molestaba hablar, lo cual le venía bien a Megan, pues la liberaba de sostener la conversación. Sin embargo, a medida que avanzaba la tarde, se cansó de sus relatos sobre la granja. Parecía conocer mejor a su ganado que a sus propios hijos, salvo para recalcar lo obedientes que eran. Ese día estaban con un vecino, lo que le permitía quedarse con ella hasta la noche.

—Qué bien —dijo Megan, esperando que su sonrisa no se viera tan débil como se sentía—. ¿Es el sol lo que entra por las rendijas de la puerta?

Sin esperar respuesta, Callum se acercó y la abrió de par en par. El sol acababa de asomar entre las nubes.

—Tenemos que salir a cabalgar.

No sonó a propuesta.

Salieron, porque a Callum le gustaba decidir y Megan se sentía demasiado abatida para discutir. Recordó las últimas palabras de Kinner. Si él no la quería, un matrimonio sin amor era igual que otro. Se preguntó qué vida le aguardaría junto a Callum. Con su

inclinación a imponer decisiones, ¿no acabaría desvaneciéndose hasta convertirse en otra pieza del mobiliario para él: presente, útil y silenciosa? ¿Eso era lo que Kinner creía mejor para ella?

Callum parecía disfrutar cabalgando a su lado. Se interesaba por su granja y asentía como quien toma nota de tierras y reses. En un momento, llegó a ofrecer una estimación de sus ganancias con asombrosa precisión. Tenía buena cabeza para los negocios, algo que hablaba bien de sus perspectivas. Pero cada vez que Megan intentaba imaginar un futuro con él, la desesperación le subía por el pecho. ¿No era eso, al fin y al cabo, lo esperable? Había perdido la esperanza en el amor; ¿qué más podía esperar?

Mientras rumiaba sus pensamientos, alcanzaron el camino y se toparon con Kinner MacDonell. No había dónde esconderse. Él se aproximó y detuvo el caballo frente a ellos. Callum, amable como siempre; Kinner, más correcto de lo que ella lo había visto nunca, tanto que Megan se sintió una extraña.

—Por fin ha salido el sol —celebró Callum.

—Así es —respondió Kinner, mirando educadamente más allá de ella.

Megan quiso gritar: «¡Y tú me has roto el corazón!». Se limitó a inclinar la cabeza.

—A fin de cuentas, es un buen día —añadió Callum.

—Sí —concedió Kinner con un leve gesto.

Por primera vez dejó que la mirada se desviara hacia Megan. Aunque su expresión no revelaba nada, aquellos ojos la atravesaron.

Ajeno al velo de silencio que se había posado sobre ellos, Callum preguntó:

—¿Adónde te llevan tus viajes hoy?

Kinner apartó la vista de Megan.

—¿Perdón?

—Tu viaje. ¿Adónde te lleva?

—Voy a ver al señor y a la señora MacDonell.

—Ah, muy bien, muy bien. Envíales nuestros cordiales saludos, ¿quieres?

—Lo haré.

Con un breve asentimiento, Kinner espoleó al caballo y se alejó.



Emmy vio cómo Kinner se acomodaba en una silla junto a la chimenea y se excusó para ir a hablar con la cocinera.

Kinner se quedó mirando el fuego hasta que Liam dijo:

—Bueno, ¿qué pasa?

Kinner salió de sus pensamientos y alzó la vista, distraído.

—¿Perdón?

—Llevas pensativo desde que llegaste. ¿Qué ocurre?

Kinner negó con la cabeza y volvió a fijar la mirada en las brasas.

—Nada digno de mención.

—Sí, claro, ya lo veo.

Liam lo observó un instante y, con aparente indiferencia, añadió:

—¿Has visto a Megan últimamente?

El rostro de Kinner se ensombreció.

—¿Megan? Sí.

—¿Y cuándo fue eso?

—Hace un momento.

Liam lo escrutó con atención.

—Ah, ya veo. ¿Dónde la viste?

—En el camino, cerca de su casa. ¿Por qué me preguntas por ella?

Los ojos de Kinner recorrieron la estancia con furia contenida.

—Porque estás enamorado de ella —dijo Liam, clavándole la mirada—. Estás loco.

—Quizá —repuso con calma—, pero tengo razón y lo sabes.

Kinner maldijo entre dientes.

—Emmy lo notó cuando bailabas con ella y, cuando me lo señaló, no entendí cómo no me había dado cuenta antes. Es cierto, ¿no?

Kinner se apartó unos mechones de la frente, se recostó en la silla y lo miró. A pesar del enfado, admitió:

—Sí.

—Entonces, ¿qué te pasa, hombre? Esa muchacha lleva años loca por ti.

Kinner pareció genuinamente sorprendido.

Liam asintió.

—Cuando os vi bailar, pensé que por fin habías entrado en razón.

—Creo que fue entonces cuando lo supe.

Pero en el rostro de Kinner no se reflejaba amor, sino abatimiento.

—No pareces muy feliz por ello —observó Liam.

Habían compartido demasiadas batallas y habían rozado la muerte más de una vez. La confianza forjada entre ambos era un vínculo para toda la vida.

—No soy el mismo de antes —dijo Kinner—. Después de que Emmy y tú os marcharais, todo cambió.

—Sí, he oído historias sobre Bloody Clavers.

—Son ciertas. Creí haberlo dejado atrás, pero me pesa.

Se le humedecieron los ojos, aunque contuvo la emoción.

—¿Cómo es eso? —preguntó Liam.

—Traicioné mi propio sentido del bien y del mal.

—¿Por qué?

—Porque me lo ordenaron.

—Cumpliste órdenes, como debe hacer un soldado.

—¿Y cuándo debe un soldado detenerse y decir que sus órdenes son injustas? —replicó Kinner, mirándolo de frente—. Tiene que llegar un momento.

—Hay cosas de las que me arrepiento —dijo Liam en voz baja —, pero sé que hice todo lo posible por servir a mi milord y a mi rey.

—Yo también, pero…

—Entonces acéptalo y déjalo atrás.

—No puedo. Lo que hice como soldado destruyó lo que era como hombre. Es duro haber hecho algo tan malo que no se arregla por mucho que lo intentes.

Emmy regresó y se detuvo en el umbral.

—Esa mujer me ha completado —dijo Liam, señalándola con orgullo.

Kinner miró a Emmy con cariño.

—Esa mujer es una santa por aguantarte.

Esbozó una sonrisa que se desvaneció al instante.

—El amor tiene un poder curativo propio —añadió Liam.

—A mí no me ha curado —murmuró Kinner, con la vista fija en el fuego.

—Es su amor por ti lo que puede traerte de vuelta a casa —repuso Liam, mirando a Emmy, que estaba detrás de su silla con las manos en el respaldo—. ¿Has pensado en el futuro, en un futuro con Megan?

Kinner abrió la boca, pero se detuvo para recobrar la compostura.

—Estoy hecho pedazos. No tengo nada que ofrecerle.

—A ti mismo —dijo Emmy con suavidad—. Eso es todo lo que ella quiere.

—Ella se merece más.

—¿De verdad? —preguntó Liam, firme y sin rodeos—. ¿Más que qué? ¿Más que Callum Hammond? ¿Eso es lo que se merece?

—Él la mantendrá a salvo y protegida. Eso es lo que necesita.

—¿Y eso es lo que tú necesitas? —insistió Emmy—. ¿Anhelas estar a salvo y protegido?

—Lo que anhelo no puedo tenerlo.

—¿Por qué no? ¿Qué se interpone? —apremió Liam inclinándose hacia delante.

Kinner se puso en pie de un salto y golpeó la repisa de la chimenea con el puño.

—¡No te metas en esto, Liam!

—¿Y si fuera Megan quien se sintiera así? —dijo Emmy en voz baja—. Si ella estuviera sufriendo, ¿la dejarías con su dolor y te irías a casarte con una mujer a la que no amas?

La sola idea enfureció a Kinner demasiado como para responder.

Emmy lo miró con dulzura y firmeza.

—Entonces, ¿cómo esperas que ella te haga eso a ti?

—Espero que sea feliz, o al menos que esté conforme —dijo Kinner, ronco—, y nunca lo estará conmigo.

—Estaría contigo —replicó Emmy—. Solo eso la haría más feliz de lo que Callum Hammond jamás podría.

—Le dije que se casara con él —confesó Kinner.

Liam se quedó boquiabierto.

—Por todos los santos, eres un necio.

—¡Liam! —lo reprendió Emmy, posándole la mano en el hombro—. Dale una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —repitió Kinner con amargura—. ¿Para apostar por mí? ¿Y si pierde?

Apoyó las manos en la repisa y se quedó mirando las brasas de turba.

—He arruinado mi propia vida. No arruinaré la suya.

—¿Y si la pierdes tú? —preguntó Emmy, acercándose por detrás y posando la mano en su hombro.

Él se volvió de golpe.

—¡Basta!

Liam sujetó a Emmy por el brazo y la apartó, interponiéndose.

—No le hables así a mi esposa.

—No pasa nada, Liam —dijo ella con calma.

—Sí que pasa —repuso él—. Y lo siento.

Kinner miró a uno y a otro.

—Perdonarme. ¿No veis que no sirvo para nada?

—Veo que algo va mal —dijo Emmy— y que no dejas que nadie se acerque lo suficiente para ayudarte.

Kinner desvió la mirada, inquieto.

—No estoy preparado.

—Pues más te vale estarlo —advirtió Liam—, porque Hammond sí lo está, y no ha tardado en hacerlo saber.

La ira que lo encendía momentos antes se disipó, y en Kinner se impuso una calma extraña.

—Solo quiero que Megan sea feliz.

—Para eso te necesita —afirmó Emmy.

—Quizá una vez podría haberla hecho feliz, pero ahora es demasiado tarde.

Emmy dio un paso hacia él, y Liam la detuvo. Ella dijo:

—Hubo un tiempo, como bien sabes, en que creí haber perdido a Liam. Pero sabía que me amaba, y yo lo amaba con una vehemencia que sacó a la luz una fuerza que ignoraba tener. Deja que el amor sea tu fortaleza hasta que recuperes la tuya.

Por un momento, Kinner se sintió demasiado conmovido para hablar.

—Emmy, eres un ángel. Y muy fuerte —dijo con afecto—. Sé que hablas en serio, pero no hay nada que hacer.

Kinner se marchó, sacudiendo la cabeza, mientras el rumor de la lluvia volvía a llenar la casa.

Capítulo 9

Kinner regresó a casa incapaz de sacarse de la cabeza lo que Liam y Emmy le habían dicho. Les daba la razón con toda la lógica de que era capaz, pero el corazón estaba dañado por lo que había visto y hecho. Ya casi no sentía nada, salvo cuando miraba a Megan. Si aún pudiera amar, la amaría sin límites. Ella lo merecía, pero él no podía dárselo. El amor se había filtrado en su pecho y le había abierto una herida; ahora el dolor que había enterrado quedaba al descubierto. Por mucho que la amara, no lo sentía como debía.

Veía que ella sentía algo por él, pero ¿qué clase de hombre era para que una mujer lo amara y se sintiera orgullosa de él? Si Emmy tenía razón y Megan lo amaba, ya le había hecho bastante daño. ¿Cuánto más la haría sufrir al unirla a un hombre roto? Todo lo que una vez tuvo para ofrecer se había esfumado. Perdidos el honor y la integridad, ¿qué valor le quedaba?

¿No le había hecho un favor al animarla a casarse con Callum Hammond? No dudaba de que Hammond quisiera pedir su mano. Pero la idea de verla casada con él, o con cualquier otro, le partía el corazón. Bien podría haber quedado mortalmente herido en combate, porque sentía que la vida se le escapaba. Solo una cosa le recordaba que seguía vivo, y ese amor le dolía hasta arrancarle un grito de desesperación. El sonido que salió fue un sollozo ahogado, gutural. Nunca superaría su culpa y su vergüenza, así que la había alejado. La hirió para ahorrarle un dolor peor.

Aun así, Liam y Emmy tenían, al menos en parte, razón. Le debía la verdad a Megan, y quizá eso aligeraría su pena. Tal vez estuviera demasiado perdido para encontrar el camino de vuelta a ella, pero al menos pondría la verdad sobre la mesa. Eso la ayudaría

a entender por qué no podía estar con ella, a pesar de que la amaba y de que la amaría solo a ella el resto de su vida.

Espoleó al caballo. Casi era de noche, pero ambos conocían el sendero. Había tomado una decisión. Le diría la verdad y, con ella, le daría su amor, aunque no pudiera recibir el de ella a cambio. Al menos eso le quedaría.

Perdóname por romperte el corazón. Te amo de verdad.

—Te amo —murmuró en voz alta.

Lo repitió. Cuanto más lo decía, más sentía que la vida regresaba al alma. El deseo de decírselo creció, y con él llegó una chispa de esperanza. Quizá ese pudiera ser el comienzo. Con el tiempo, el amor tal vez ahuyentara el dolor.



La falda escocesa ondeaba tras él mientras cabalgaba hacia la granja de Megan. Al llegar, desmontó y corrió hacia la cabaña. Antes de alcanzar la puerta, ella salió al umbral.

—¿Kinner? —preguntó en voz baja—. ¿Ha pasado algo?

—No. Sí… supongo que sí.

No podía apartar los ojos de ella.

—¿Qué ocurre? ¿Es Emmy o Liam?

—No, he sido un idiota. Pero he recobrado el sentido.

Con cada segundo, Megan parecía más angustiada.

—Kinner, hablemos por la mañana.

Él la tomó por los hombros.

—Sí, pero antes debo decirte algo. No he sido sincero contigo. Megan, la verdad es que te quiero.

Kinner había imaginado muchas reacciones posibles, pero no el gemido de dolor que escapó de ella. Le tocó la mejilla y Megan se estremeció; luego dejó salir un suspiro, y ese suspiro lo atrajo. Sin pensarlo, apartó de su frente unos mechones sueltos y se inclinó. Ella entreabrió los labios cuando él se acercó y la besó con todo el amor que había intentado ocultar.

La puerta se abrió detrás de ella. Megan se llevó la mano a la boca y se volvió con rapidez. Callum Hammond estaba de pie en el vano, recortado contra la luz. Al ver la reacción de Megan, la irritación de Kinner hacia Hammond sustituyó al instante al arrebato de ternura.

Callum se colocó a su lado en un suspiro.

—No sabía que tenías compañía. ¿Por qué no lo has invitado a pasar?

Kinner abrió la boca, pero Megan se adelantó:

—Solo pasaba de camino a casa, pero no puede quedarse.

Kinner asintió y, mirándola, añadió:

—Nos vemos por la mañana.

Al oírlo, Hammond agarró a Megan del brazo y lanzó, sin apartar la vista de Kinner:

—No harás tal cosa.

Kinner le sostuvo la mirada, frío.

—Ella hará lo que le plazca, al margen de lo que tú o yo queramos.

Se volvió hacia Megan con una pregunta muda en los ojos.

—No voy a permitir que entretengas a hombres tú sola —soltó Hammond.

Megan se encaró con él.

—¿Entretener a hombres? ¡Somos viejos amigos!

Amigos que se besan, pensó Kinner, frunciendo el ceño, pero la consternación de Megan lo hizo tragarse cualquier reproche. Había algo que la inquietaba, y eso lo inquietaba a él.

Hammond se colocó detrás de ella y le apretó los hombros.

—Megan tiene otros planes para mañana por la mañana.

—¿Ah, sí? —replicó Kinner, conteniendo la ira.

Se volvió hacia ella.

—No te preocupes. Vendré por la mañana.

—No, no vendrás —atajó Hammond.

Kinner lo miró con severidad.

—Creo que eso debe decidirlo Megan.

Después, a ella, con tristeza:

—Esta es tu casa, querida.

El rostro de Megan se suavizó. Ambos sabían que, según la ley, la casa era de Kinner y, por derecho, podría echarlos a los dos.

Él le dirigió una mirada de aliento.

—No tienes por qué responder ante él.

—Pero ella sí —intervino Hammond.

A Kinner se le tensó la mandíbula.

—Pronto será mi esposa —anunció Hammond, con una sonrisa de triunfo ante la evidente conmoción de Kinner—. Acabo de pedirle que se case conmigo y la señora MacDougal ha aceptado.

La batalla había terminado. Hammond había blandido el arma más eficaz y su golpe había sido certero. Kinner abrió la boca, incapaz de articular palabra. Solo pudo mirar a Megan, y su expresión atónita confirmó la noticia.

—La última vez que te vi… —murmuró, y el color se le fue del rostro.

Logró inclinar la cabeza a modo de asentimiento, pero ni encontró la voz ni pudo liberarse de la mirada resignada de ella. Cuando ya no lo soportó, farfulló unas falsas felicitaciones y se dio la vuelta. Se marchó sin mirar atrás, con el corazón hecho trizas.



Al amanecer, Megan llamó a la puerta de Kinner. No obtuvo respuesta. El silencio la envolvía, roto solo por el murmullo distante de las aves que despertaban. Se dirigió al establo: el caballo de Kinner seguía allí. Su corazón se aceleró con una chispa de esperanza. Regresó a la puerta y volvió a golpear, esta vez más fuerte, llamándolo por su nombre.

La puerta se abrió, y una criada apareció en el umbral, con el delantal aún húmedo por las faenas de la mañana.

—El señor no está en casa, señora —dijo con una leve inclinación de cabeza.

Megan se quedó quieta un momento, como si necesitara tiempo para comprenderlo. Luego asintió lentamente, incapaz de pronunciar palabra. Dio media vuelta y comenzó a caminar por el camino bordeado de setos, con el aire frío de la madrugada calándole los huesos.

No vio a Kinner, que la observaba desde la ventana del piso superior, el rostro sombrío y las manos apretadas contra el alféizar.



Kinner partió hacia Fort William al día siguiente. Cuando Megan preguntó por él, Emmy le explicó que tenía asuntos que atender y que permanecería allí durante semanas.

Megan dejó la labor sobre el regazo.

—¿Semanas? Seguro que volverá antes.

Los ojos de Emmy se suavizaron con simpatía.

—Imagino que volverá cuando esté listo… o cuando pueda.

Megan asintió, resignada.

—Después de la boda, supongo —suspiró—. Le pedí a Callum que me liberara de mi promesa de casarme con él.

El ritmo de las manos de Emmy se detuvo un instante, luego retomó el tejido.

—¿Y qué dijo?

—Que seguimos comprometidos, como ves.

—Oh, Megan. ¿Aun sabiendo cómo te sientes?

—Él no sabe cómo me siento, ni nadie más lo sabrá. Me recordó que hice una promesa, que es vinculante según la ley.

Emmy levantó la vista.

—¿Según la ley?

Megan asintió.

—No había nada más que decir después de eso. No veía sentido en librar una batalla que no podía ganar.

Emmy dejó el tejido en una cesta sobre el suelo.

—Callum no piensa con claridad. Me han dicho que no es el mismo desde que murió su esposa.

Megan habló sin apenas emoción.

—No. Por eso quiere una casa limpia, pan recién hecho y una madre que cuide de sus hijos. Pero a mí no me quiere.

—¿Te lo ha dicho?

—No, pero no lo siento como amor.

Emmy bajó la voz.

—Quizá eso tenga más que ver con lo que tú sientes.

Megan no pudo negarlo.

—No puedo evitar lo que siento, porque siempre he amado a Kinner. Cuando me dijo que me casara con Callum, me dolió. Luego me enfadé. Así que cuando Callum me lo pidió, dije que sí. Había perdido a Kinner, ¿qué importaba entonces con quién me casara? Nunca le perdonaré por eso… ni a mí misma.

—Debes hacerlo —repuso Emmy con suavidad—. Él intentaba protegerte.

A Megan se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Eso dices tú. Pero ahora nos ha protegido a los dos, porque yo nunca seré feliz sin él.

Emmy le apretó la mano un instante.

Los ojos de Megan brillaban, conteniendo el llanto.

—Ahora hay dos corazones rotos y dos vidas arruinadas —tomó aire—. Debo dejar atrás el amor y no volver a hablar de él nunca más.

Capítulo 10

Kinner estaba sentado en una pequeña mesa esquinera de una taberna de Fort William, con un whisky en la mano. No había hecho otra cosa desde que llegó. Lo que empezó a primera hora de la tarde como recuerdos cálidos y anhelos se transformó en un desfile de errores, revividos uno tras otro, hasta volver al principio.

Mientras la luz de las velas parpadeaba a través del vaso de líquido ámbar, una joven se deslizó hasta su mesa con un susurro de tela. Llevaba el cabello castaño peinado hacia atrás a los lados, y el resto caía, sedoso y liso, por la espalda. Unos mechones sueltos le rozaban las mejillas, enrojecidas por el sol.

—Te he visto aquí antes, y siempre estás solo —murmuró.

Kinner respondió a su mirada inquisitiva con una sonrisa burlona.

—Tú también.

Ella frunció el ceño, bajó la vista y se ruborizó. Kinner la examinó. Era bastante guapa pese al rostro sucio, pero sus ojos redondos lo observaban todo como si fuese la primera vez. Aquello la hacía parecer demasiado joven, o demasiado inocente, para buscar su compañía.

—¿Cuántos años tienes, muchacha?

Se irguió, ofendida.

—Los suficientes.

—¿Los suficientes para qué?

Kinner estuvo a punto de reír, pero advirtió que la había molestado y contuvo el impulso.

—Para casarme —replicó ella, volviendo a mirar la mesa.

—Oh, ¿casada, eh? ¿Y dónde está tu marido? —ya no pudo sostener la sonrisa a raya.

—He dicho que tenía edad para casarme, no que lo estuviera.

Intrigado, Kinner asintió, reconociendo su error. Ella esbozó una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Pensé que quizá te gustaría conversar un rato.

—¿Conversar? Bueno, es una forma de decirlo —comentó, mirándola sin rodeos.

La joven abrió mucho los ojos, aunque mantuvo la barbilla en alto.

—Parecías solo. Creí que te agradaría tener compañía.

—Y ahora la tengo. —La observó con atención—. ¿Cuánto llevas en Fort William?

—No lo sé. Unos días, tal vez.

Sus miradas se cruzaron. En ella no hubo coqueteo, sino pura desorientación. Kinner conocía bien esa expresión: era el espejo de su propio estado de ánimo.

—¿Cómo te llamas?

—Rose.

—Es un nombre bonito.

—Gracias —respondió, alisando con nerviosismo el borde gastado de su puño.

El silencio se alargó. Kinner rompió la quietud:

—¿Qué te trae por Fort William?

La pregunta pareció tocarle una fibra sensible; los ojos le brillaron de dolor antes de apartarlos. Inspiró hondo y lo encaró.

—Trabajo.

—¿Y dónde te alojas?

Ella desvió la vista, inquieta.

—Me alojaré en tu habitación si me pagas —soltó, y lo miró con audacia unos segundos antes de volver a juguetear con la manga.

Kinner puso su mano sobre las de ella.

—Te pagaré para que comas, porque supongo que no pruebas bocado en condiciones desde hace días.

Rose abrió mucho los ojos, aún recelosa.

—No te inquietes, muchacha. No tengo intención de acostarme contigo.

—¿Por qué? ¿No soy lo bastante buena para ti?

La reacción lo sorprendió.

—Oh, no es eso en absoluto.

—Sé que no soy una belleza…

—No, la verdad es que estás hecha un desastre —se le escapó. Cuando ella empezó a levantarse, Kinner le sujetó la mano—. Estoy seguro de que, bajo toda esa suciedad, hay un rostro bonito. Pero no serías una buena prostituta.

Ella forcejeó con rabia para soltarse.

—Y aunque pensara que podrías serlo, no quiero ser tu primera vez.

—¿Mi primera? —se burló, sin convicción.

—Sí, muchacha.

La miró a los ojos, y ella bajó la guardia. Kinner aflojó el agarre y le acarició la mano con suavidad. Había en ella una desolación que lo conmovió. Fuera cual fuera su historia, era tan infeliz como él.

Había llegado a Fort William para huir, y solo había encontrado una vida peor que la que, sin duda, había dejado atrás.

Durante la media hora siguiente, la observó devorar una montaña de nabos y un pastel escocés relleno de cordero. Comía con un entusiasmo voraz que le arrancó una sonrisa mientras pedía más comida. Saciado el hambre, y descartada la idea de pasar la noche juntos, Rose se soltó a hablar.

—Así que huiste de casa —aventuró Kinner.

Ella asintió a regañadientes.

—Mis padres querían que me casara con un hombre que habían elegido. Me negué, y dijeron que no tenía opción. Estaba decidido.

—Y les demostraste que no había nada decidido —apuntó él.

—Sí —respondió con una sonrisa breve, que se apagó enseguida.

—¿Prefieres vender tu cuerpo antes que casarte con un hombre al que no amas?

Rose negó con la cabeza.

—Jamás pensé en considerarlo, pero no encontraba trabajo. Nadie me contrata sin una carta de recomendación de mi iglesia. El tiempo empeora y no sabía qué hacer. Te vi y pareciste más amable que la mayoría. Estaba muy hambrienta y cansada. Cuando me fui de casa, no imaginé que sería así.

—El mundo es un lugar duro cuando estás sola y sin dinero.

Ella lo miró con tanta tristeza que él le tomó la mano.

—¿Es esto lo que quieres? ¿Una vida así?

—No, pero no tengo otra opción.

—Vuelve a casa, Rose.

—¿Para venderme a un solo hombre en lugar de a muchos? ¿Es eso mucho mejor?

—¿Es tan malo? —preguntó Kinner.

—No, pero no es un hombre al que pueda amar.

En sus años como soldado en Edimburgo, Kinner había pasado muchas noches con prostitutas junto a sus compañeros. Sabía bien los malos tratos que sufrían aquellas mujeres.

—Mira a tu alrededor, muchacha. ¿Es esta la vida que deseas?

La taberna se había llenado desde que ella se sentó con él. En la barra, un hombre de barba y cabello grasiento sostenía una jarra de cerveza con manos ennegrecidas por la suciedad y uñas irregulares, negras en las puntas por la mugre. Cuando notó que Rose lo miraba, le dedicó una sonrisa cómplice. En la mesa contigua sonó una bofetada. Una mujer se incorporó con la mano en la cara. Intentó marcharse, pero un hombre la tiró hacia atrás y volvió a golpearla. Unas mesas más allá, otra mujer trazó una línea a lo largo del escote y alzó la vista hacia un hombre bien vestido y barrigudo. Él le susurró algo al oído mientras deslizaba la mano desde el hombro para apretarle el pecho. Un momento después subieron las escaleras y desaparecieron por el pasillo de las habitaciones. Rose apartó la vista y se enjugó los ojos antes de sucumbir a las lágrimas que ya brotaban.

—Och, ya basta, muchacha —ronqueó Kinner—. No habrá lágrimas antes del postre. Terminemos de comer y hablemos de llevarte de vuelta a tu casa. ¿Te gustaría?

Rose sonrió y, para sorpresa de Kinner, él también.



La casa de Rose quedaba a medio día de camino de Fort William, lo que a Kinner le venía muy bien. Esperaba a que su abogado terminara unos documentos, y llevar a Rose de regreso le serviría para apartarse del whisky y dejar de pensar en Megan. Mientras cabalgaban, intentó prepararla para lo que la aguardaba.

—Oh, sé que mis padres se enfadarán mucho —contuvo a duras penas las lágrimas—. Si fueras mi hija, estaría furioso contigo. Pero también me alegraría tenerte a salvo en casa.

—Bueno, no soy tu hija.

—No, pero podrías serlo… quizá mi hermana menor.

—Dudo que mis padres sean tan indulgentes.

—Dales tiempo. Mientras tanto, estarás mejor en casa.

—Eso espero. Pero ojalá no tuviera que casarme con un anciano escogido por ellos.

—Puede que tu deseo se cumpla. Es probable que tu prometido no aprecie que te hayas marchado —observó Kinner.

—No, no lo apreciará, pero no sabía qué más hacer.

—Algunos pensarán lo peor —advirtió él—, así que será mejor que te endurezcas y te prepares para lo que dirá la gente. Pase lo que pase, mantén la cabeza alta. Serás la única que crea que no has hecho nada malo mientras estuviste fuera.

Rose suspiró.

—Oh, sí, lo sé. Pero estoy cansada de hablar de ello.

Kinner le dirigió una sonrisa amable.

—Supongo que no hay mucho más que decir.

—¿Por qué te escapaste? —preguntó ella.

Kinner soltó una breve risa.

—¿Yo?

—Oh, no me engañas —replicó Rose, mirándolo con fijeza—. Lo supe la primera vez que vi esos ojos tristes. Por eso te elegí. Y además no eres tan feo —contuvo una sonrisa.

—¿Ah, sí? Te lo agradezco.

Creía haber perdido la capacidad de sonreír, pero aquella desconocida lo había logrado. Ayudarla lo había sacado, de alguna

manera, del miserable pozo en el que llevaba semanas.

Rose, ya más animada, insistió:

—¿Quién era ella?

—¿Y por qué ha de haber una mujer? —hizo una mueca Kinner.

—Los hombres no muestran así sus sentimientos a menos que sean muy malos, y eso suele significar que hay una mujer.

—Fue mucho más que eso —respondió con solemnidad.

Rose le echó una mirada por encima del hombro.

—¿Pero había una mujer?

—Bueno, si tanto te interesa saberlo…

—Tengo que saberlo.

—La había.

—¡Lo sabía! —exclamó, triunfante.

Kinner arqueó una ceja.

—Estás muy orgullosa de ti misma, ¿eh?

—Sí, pero también lamento haber acertado.

—No lo lamentes. Si estoy triste, solo puedo culparme a mí mismo.

—¿Qué hiciste tan mal? —inquirió Rose.

Kinner desvió la vista hacia el horizonte, sin responder.

—Creo que deberías dejar de culparte —prosiguió ella, girándose cuanto pudo en la montura.

Él sonrió ante aquella confianza sin fundamento.

—¿Y por qué?

—Porque solo un hombre bondadoso haría lo que estás haciendo por mí. Así que, ocurriera lo que ocurriera, sigues siendo un buen hombre.

—Tu lógica es defectuosa —replicó con una media sonrisa.

—No sé nada de lógica, pero sé que tengo razón.

—Te equivocas, aunque no estoy de humor para discutir.

—¿Ah, sí? Entonces es cruel por tu parte llevarme a casa —lo provocó.

—No he dicho eso.

—¿Y las personas bondadosas no merecen ser felices?

—Tampoco he dicho eso —concedió, con aire burlón.

—Entonces, lo que dices es que eres bondadoso y mereces ser feliz —concluyó ella, sonriendo.

—Muy bien, muchacha. Tú ganas. De ahora en adelante, solo seré feliz.

—Bien, entonces queda decidido —sentenció Rose, alzando la barbilla y mirando al frente, satisfecha.

Al mediodía se detuvieron en lo alto de una colina. Rose señaló una granja en el valle.

—Esa es mi casa. Puedo volver andando desde aquí.

Cuando Kinner protestó, ella añadió:

—Och, no. Si te vieran, pensarían lo peor.

—Sí, supongo que tienes razón. Pero esperaré hasta saber que has llegado a salvo.

Kinner la ayudó a desmontar y permanecieron juntos en la cima. Rose le tendió la mano.

—Gracias.

Él se la estrechó.

—Adiós, Rose.

Sonrió, y, de pronto, lo asaltó un afecto inesperado.

—Si tienes algún problema, estaré en Fort William los próximos días —añadió.

Rose lo miró a los ojos, se puso de puntillas y le besó la mejilla. Se volvió con rapidez y, por encima del hombro, dijo:

—Adiós, Kinner MacDonell.

Kinner dejó al caballo pastando fuera de la vista y se sentó junto a un árbol. Observó hasta que el padre de Rose la avistó. Ella echó a correr a sus brazos y su madre salió de la casa para unirse al abrazo.

De camino de vuelta a Fort William, Kinner empezó a creer que, como Rose, podría superar lo que viniera. Con la ligereza propia de la juventud, ella había dejado el pasado atrás y había seguido adelante. Tal vez él pudiera aprender de eso. ¿O era aún más sencillo? ¿Acaso el simple hecho de ayudar a otra persona lo había sacado de su miseria? Solo estaba seguro de una cosa: en algún punto entre aquella colina y Fort William, había empezado a descubrir el poder del perdón y la esperanza.

Capítulo 11

Los días de otoño se acortaban, y con ellos también lo hacían las visitas de Callum a Megan, pues cada tarde partía antes del anochecer. A medida que la boda se acercaba, su confianza crecía y ya hacía planes para su vida juntos. Solo quedaba casarse, y eso sucedería pronto: las amonestaciones se habían publicado y la ceremonia se celebraría a finales de mes.

Con los padres de Megan ausentes, Emmy y Liam asumieron el papel de anfitriones e invitaron al pueblo a su casa una semana antes de la boda para mostrar los regalos. Los invitados fueron llegando y depositando sus presentes sobre una gran mesa, tras lo cual comenzó el baile. El ánimo general se elevó, como si quisieran ahuyentar el frío del exterior, ayudados por la abundancia de whisky y cerveza.

Una ráfaga de aire helado recorrió la estancia cuando un invitado tardío abrió la puerta. Recibió una bienvenida especialmente bulliciosa, lo que llamó la atención de Megan, que conversaba con Callum. De entre la multitud, Kinner emergió con un paquete entre las manos. Emmy apareció de inmediato para guiarlo hasta la mesa de los regalos.

Callum posó la mano en la espalda de Megan para acompañarla. Lejos de molestarse por la repentina llegada de Kinner, parecía complacido: ahora tenía la oportunidad de presumir. Ella era suya, y no había nada más que demostrar. Cuando alcanzaron la mesa, Liam se había unido a ellos.

Kinner fue tan cortés con Callum como las circunstancias exigían, conteniendo con esfuerzo las emociones que lo asaltaron al ver a Megan por primera vez en semanas. Le tendió un objeto

redondo envuelto en seda marfil y atado con una cinta de satén gris. Sus ojos se suavizaron al pasar de la cinta a los ojos grises de ella.

Megan desató el lazo y descubrió una bandeja de plata con un trozo de pergamino doblado encima. Kinner le hizo un leve gesto para animarla a abrirlo. Cuando leyó el documento, lo miró con incredulidad.

—¿Qué es esto?

—La tierra es tuya ahora —respondió él en voz baja.

—¿Qué tierra? —preguntó Callum, mostrando un interés sincero.

—¿Mía? —susurró Megan. Sus ojos se llenaron de lágrimas que reflejaron la luz del salón.

Kinner sostuvo su mirada solo un instante, lo justo para dejar ver que comprendía el valor de aquel gesto. Luego apartó la vista.

—El documento te lo transfiere. Es tuyo, para usarlo como desees.

—Mi hogar… —Las palabras se le ahogaron en la garganta. Era el regalo más preciado que nadie podría haberle ofrecido, y él lo sabía.

Durante unos segundos, el mundo desapareció a su alrededor. Se miraron en silencio, y en ese silencio estaba todo lo que nunca podrían decir.

Callum rompió la calma.

—Pero esa granja ya era tuya.

Megan negó lentamente, sin apenas reaccionar cuando él tomó el documento y lo leyó.

—Pronto será mía —dijo Callum con una sonrisa tensa.

—Es cierto que una esposa no puede poseer propiedades salvo a través de su marido —dijo Kinner con serenidad—. A menos que exista un fideicomiso.

—¿Qué tontería es esa? —gruñó Hammond.

Kinner se mantuvo inmóvil, la voz firme.

—La tierra está ahora en fideicomiso para la señora MacDougal. Cualquier uso o transferencia deberá pasar por el fideicomisario. —Lo miró directamente—. Y ese fideicomisario soy yo.

El aire se tensó. Megan notó las miradas de los invitados, que empezaban a percibir el enfrentamiento.

—Callum, por favor —susurró.

Él se acercó un paso más y murmuró con voz contenida:

—Menudo regalo de boda, cabrón.

—Oh, pero también hay algo para ti —replicó Kinner con una leve sonrisa—. La bandeja de plata es tuya.

Los ojos de Hammond brillaron de ira, aunque logró contenerse. Se volvió hacia Megan.

—Tú lo sabías.

—No sabía nada.

—Sabías que no eras dueña de la tierra donde vivías. ¿Nunca pensaste en decírmelo?

—No. Nunca lo preguntaste, y como jamás fue mía, no creí que tuviera importancia.

Hammond bufó.

—¿No lo pensaste? ¿Estás loca o simplemente eres estúpida?

—¡Ya basta! —intervino Kinner, poniéndose entre ellos y apartando a Megan detrás de sí.

El murmullo de los invitados creció, formando un círculo en torno a los hombres. Kinner recorrió la estancia con la mirada antes de clavar los ojos en Hammond, helados como el acero. Varios MacDonell posaron instintivamente las manos sobre los puñales.

Liam dio un paso adelante.

—Piensa bien lo que haces. ¿De verdad quieres resolver esto aquí?

Hammond miró a su alrededor y bajó la voz.

—No, pero hablaremos más tarde.

—Imagino que sí —replicó Kinner.

Hammond se volvió hacia los anfitriones, alzando la voz para que todos lo oyeran.

—Discúlpenme, debo regresar con mis hijos. Buenas noches.

Le ofreció el brazo a Megan, que fingió no verlo.

—Señora MacDougal, la acompañaré a casa —ordenó con tono firme.

—Le he pedido a Megan que se quede —intervino Emmy—. Tenemos que tratar algunos asuntos de la boda.

Él la observó con el rostro tenso, luego asintió cortésmente.

—Ya veo. En tal caso, me despido.

Tomó la mano de Megan, la besó y la miró con un fuego que ella no quiso sostener. Después se volvió hacia Liam.

—Yo me encargo de salir.

Cuando la puerta se cerró tras él, Liam levantó la voz:

—Un novio nervioso —bromeó.

Las risas y la música regresaron, disipando la tensión.

Emmy condujo a Megan discretamente por la cocina y subió con ella por las escaleras traseras hasta su habitación.

Liam, por su parte, se llevó a Kinner a un rincón apartado.

—¿Sabes lo que estás haciendo?

Kinner sostuvo su mirada.

—No del todo.

—Tu plan suena brillante, hasta ahora.

—Es mejor que quedarme quieto viendo cómo se casa con ella.

—¿Y qué te hace pensar que no se casará igualmente?

—No lo sé. Solo sé que no puede.

Kinner intentó dirigirse hacia las escaleras, pero Liam lo detuvo.

—No subirás ahí. —Su tono fue tajante—. La avergonzarías delante de todos.

—Subiré por las escaleras traseras.

—Ah, sí, para que los sirvientes tengan algo de qué hablar.

Kinner se giró con frustración.

—Odio cuando tienes razón.

—Alguien debía tenerla esta noche, y no eres tú —dijo Liam, dándole una palmada en el hombro—. Vamos al despacho.

Una vez allí, Liam sirvió dos copas de whisky.

—Cuéntame qué ha pasado.

Kinner bebió de un trago y se sirvió otra.

—No hay mucho que contar. En Fort William conocí a alguien.

—¿A alguien?

—Sí. Alguien que me ayudó a mirar más allá de mí mismo y pensar en el futuro.

—¿Un futuro con la prometida de otro hombre?

—Él no la merece.

—¿Y te corresponde a ti decidirlo?

—La amo.

Liam lo observó en silencio, luego asintió con resignación.

—Ya me lo imaginaba. Y todos los demás también.

Kinner bajó la mirada con una sonrisa avergonzada.

—No me importa.

—Pues debería, por su bien.

Él giró la copa lentamente entre los dedos.

—Nunca fue mi intención armar este escándalo. Pero cuando lo vi comportarse como si fuera su dueño, no pude evitarlo.

Liam calló, pero su desaprobación era evidente.

—¿No recuerdas cómo fuiste con Emmy?

Kinner sonrió.

—Recuerdo a un hombre locamente enamorado que irrumpió en un oficio de los covenanters y se llevó a una joven muy guapa. Si mal no recuerdo, eso causó un gran revuelo.

Liam frunció el ceño.

—Eso fue distinto.

—Oh, claro, porque eras tú. Era amor, y nosotros te apoyamos.

—Y yo te apoyo ahora —replicó Liam con calma—, lo que incluye impedirte hacer una locura.

El rostro de Kinner se ensombreció.

—Cuando volví de las tierras bajas y la vi, todo cambió. Supe que nada volvería a ser igual.

—Quizá deberías habérselo dicho entonces. ¿No notaste lo que sentía por ti?

—No. No sabía lo que sentía, ni siquiera si sentía algo. No estaba preparado para ofrecerle un futuro. Lo único que podía hacer bien era hacerla feliz. Pero pensé que estar conmigo solo la arrastraría al mismo abismo en que yo me encontraba. Dejarla marchar fue lo único correcto, aunque verla sufrir me hizo querer protegerla. Y entonces volví a sentir.

Liam asintió en silencio y llenó su copa.

—Pero ya era demasiado tarde —continuó Kinner—. En ese momento los dos supimos que nos amábamos y que nos habíamos perdido.

—¿Qué pasó en Fort William?

—Fui a ver al abogado para tomar posesión de las tierras heredadas, pero la mayor parte del tiempo la pasé bebiendo. Me compadecí de mí mismo hasta que ayudé a alguien que lo necesitaba. Fue un gesto pequeño, pero me hizo ver más allá de mi dolor. Pensé en Megan, en cómo se sentiría al casarse con Hammond. Tendría que abandonar su hogar. No me importaba lo que dijera la escritura: esa tierra era suya, lo único que le quedaba. Yo podía dársela, y no iba a permitir que él se la quitara. Así que la puse a su nombre bajo fideicomiso. Aunque nunca vuelva a ella, sabrá que su casa la espera.

—¿Como tú?

Kinner encajó el golpe con serenidad.

—Sí. La querría pasara lo que pasara.

—¿Y crees que eso cambiará algo?

—Cambiará su vida, porque ahora tiene un lugar al que pertenecer. Pero espero, lo confieso, que él no la quiera después de esto.

—Supongo que eres un tonto por pensarlo —dijo Liam con ironía.

Kinner apenas lo oyó.

—Él no la ama. Lo he visto esta noche. Solo la quiere por las tierras.

Liam se mostró menos convencido.

—Ojalá tuviera pruebas de eso.

—Las tendrás. Mañana, cuando comprenda lo que ha perdido, la liberará de su promesa. Ese es mi plan. ¿Ahora puedo verla?

—No —replicó Liam, firme.

Kinner se incorporó de golpe, inclinándose sobre la mesa.

—Ella no es tu prisionera.

—No, es mi invitada, como tú. Te pido que respetes eso.

Kinner lo miró con furia, pero terminó por sentarse.

—La gente hablará. Y si piensan que se la has arrebatado, la perjudicarás más de lo que imaginas —añadió Liam.

Kinner apretó los puños.

—No tanto como vivir con él.

—Quizá, pero el precio de todo esto lo pagará ella.

Kinner cerró los ojos, aceptando la verdad a regañadientes. Se acercó a la ventana para disimular la conmoción. Permaneció un rato mirando cómo el viento levantaba las hojas antes de volver a su asiento.

—¿Qué habrías hecho tú, si se tratara de Emmy?

—Lo mismo que tú —admitió Liam con voz baja.

—Entonces, ¿qué hago? —preguntó Kinner, desesperado.

Liam exhaló.

—¿Estás seguro de que ella no lo quiere?

—No. No la he visto en semanas.

—Le pediré a Emmy que la invite a quedarse aquí. Si acepta, esperaremos a que Hammond se calme. Tal vez entonces podamos ayudarlo a ver que estará mejor sin ella. Pero no haré nada hasta estar seguro de lo que Megan desea.

Kinner lo miró con cansancio.

—Cuando estaba lejos, todo parecía tan claro…

Liam asintió, pensativo.

—Hammond es un hombre sencillo,i y orgulloso. Creía tener su vida resuelta y ahora se enfrenta a alguien más fuerte, en todos los sentidos. No admitirá el miedo que le provocas.

Kinner negó con la cabeza.

—Si supiera lo derrotado que he estado, cualquier temor se le disiparía. La fuerza física no sirve de nada cuando el espíritu está quebrado.

—Te subestimas, amigo —dijo Liam con tono grave.

Se inclinó hacia él.

—Sé lo que sientes. Yo también estuve a punto de quebrarme. Cuando estaba en prisión, solo me sostenía el pensar en Emmy. Caleb lo entendió y me ayudó a mantener la fe. Después del naufragio, dudé de volver a verla. Pero siempre hubo alguien dispuesto a tenderme la mano. Déjate ayudar, Kinner.

—Tú hiciste lo correcto. Yo no he hecho nada para merecer esa suerte —respondió él, abatido.

—Te equivocas. Nos conocemos desde hace años. Tu fe en ti mismo se ha tambaleado, pero volverás a hallarla, igual que yo lo hice. Quizá no puedas hacerlo solo, pero no tendrás que hacerlo —aseguró Liam con firmeza—. No he olvidado cómo cuidasteis de Emmy cuando yo no estaba. Haré lo mismo por ti y por Megan.

Kinner apenas logró contener la emoción.

Liam le dio un leve golpe en el hombro.

—Hemos pasado por mucho juntos. Y a veces, aceptar ayuda es más difícil que ofrecerla. Pero eso es lo que debes hacer, como mi amigo.

Capítulo 12

Kinner aguardó a solas en el estudio de Liam cuando ya todos se habían marchado o retirado a descansar. Dejó el whisky a medio terminar y se quedó mirando por la ventana. La tenue luz del amanecer se filtraba a través de la densa niebla. Amaba a Megan. Lo que debía afrontar era si la amaba más que su deseo de estar con ella. ¿Sería capaz de hacer lo mejor para ella, aunque eso no lo incluyera?

Se levantó de la silla y caminó por el pasillo. Se detuvo frente a la sala donde se había celebrado el baile. Dentro, Liam y Emmy se mecían despacio, sin música. Con una punzada de envidia, subió hasta la habitación que ocupaba cada vez que visitaba la casa. Al otro lado del pasillo estaba el cuarto de invitados de Megan. Miró a ambos extremos para asegurarse de que nadie lo viera, llamó con suavidad y pronunció su nombre.

La puerta se abrió. Megan apareció con su vestido de muselina blanca, ceñida en torno a los hombros por un arisaid. Su cabello rojo oscuro caía suelto sobre la espalda. Lo que fuera que Kinner había pensado decir se le esfumó.

—¿Qué sucede? —susurró ella.

—¿Puedo entrar?

—No. Sabes muy bien que no debes pedir eso.

—Estás enfadada —murmuró él.

La mirada de Megan le dolió, así que desvió los ojos a su mano: tenía una forma preciosa, aunque los dedos finos mostraban

durezas del trabajo en la granja.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó en voz baja.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —se atrevió a mirarla, seguro de que ella vería todo lo que guardaba su corazón.

Megan echó un vistazo furtivo al pasillo.

—Fue un regalo generoso, y te lo agradezco.

Kinner negó apenas, restando importancia.

—Sabes lo que significó para mí —añadió ella.

—Lo sé. Me dio un gran placer hacerlo.

—Pero también sabes lo que significó para Callum. Es un juego cruel el que estás jugando.

Al alzar los ojos, advirtió que había malinterpretado su expresión: no había ira, solo la aceptación callada del dolor. Kinner conocía bien ese sentimiento. En la escalera se oyeron pasos y una risa suave flotó en el aire.

Megan afianzó la mano en la puerta.

—Son Liam y Emmy. Vete antes de que te vean aquí.

—Déjame entrar. Por favor. Tengo que hablar contigo.

—No. ¡No puedes!

—Megan, te quiero.

Ella cerró los ojos, como si así pudiera impedir que las palabras le alcanzaran el alma.

—No digas eso.

—Necesito verte —susurró él.

—¿Para volver a romperme el corazón?

Kinner se inclinó, casi rozando su frente con la de ella. Megan miró hacia las escaleras, apenas capaz de respirar.

—Una vez —murmuró él—. Quedemos una vez.

Los pasos subían ya el último tramo. Kinner se acercó, incapaz de detenerse. Antes de que sus labios rozaran los de ella, Megan apoyó la mano en su pecho y susurró:

—En el roble doblado, al amanecer.

Él la miró por última vez antes de que cerrara la puerta. Luego entró en su cuarto y echó el pestillo justo cuando Liam y Emmy pasaban por el pasillo.



La hierba y las hojas temblaban bajo el viento que barría la colina donde se alzaba el viejo roble retorcido, de tronco nudoso y ramas como brazos extendidos hacia el cielo. Kinner caminaba de un lado a otro bajo su sombra. Había llegado mucho antes del amanecer, convencido de que estaba loco por seguir soñando con un futuro junto a Megan. Después de todo lo que él y sus compañeros de armas habían hecho, no tenía derecho a esperar nada bueno, y mucho menos el amor.

Se encontraba suspendido entre la esperanza y la desesperación, a punto de caer de nuevo en la oscuridad que, en el fondo, creía merecer. Entonces la vio. Megan avanzaba a caballo colina arriba, el viento hinchando su arisaid detrás de ella como una bandera de fuego. La visión le hizo latir el corazón con fuerza.

Cuando llegó junto a él, Kinner dio un paso adelante para ayudarla a desmontar, pero ella alzó la mano.

—No, gracias. Puedo hacerlo sola.

Por supuesto que podía. Montaba tan bien como cualquier hombre, mejor que muchos. Pero su ofrecimiento no tenía que ver con el caballo: era un intento desesperado de tocarla, de sentirla entre sus brazos. Y ella lo sabía.

Aún sin aliento, Megan dijo poco mientras ataba su caballo junto al de Kinner. Cuando terminó, se volvió hacia él.

—Apenas he dormido. La razón me decía que no debía venir.

—Pero viniste, y me alegro —respondió él.

Sus ojos se demoraron en las mejillas sonrojadas de ella, en la curva de su cuello, en la fuerza que aún irradiaba pese al abatimiento. Había sido una mujer viva y desafiante, pero ahora solo quedaba una sombra de aquello.

—No te alegres —dijo Megan con dureza—. No querrás oír lo que tengo que decirte.

—Megan… ¿qué te ha hecho Hammond? ¿Dónde está la mujer que conocí? —Le puso las manos en los hombros para atraerla hacia sí, pero ella lo apartó con un manotazo.

—¿Qué ha hecho Hammond? ¡Fuiste tú! ¡Tú me destrozaste el alma cuando me rompiste el corazón!

—Ay, muchacha… sé que lo arruiné todo.

—Sí, lo hiciste —replicó ella con amargura, apartándose unos pasos.

—¡Te quiero! —exclamó él, incapaz de contenerse.

Ella se detuvo, sin mirarlo.

—¿Sabes cuánto tiempo he deseado oírte decir eso? —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. Pero lo único que hiciste fue alejarme.

—Fui un necio. No era yo mismo. Yo…

—Intenté comprenderlo, pero ¿cómo podía hacerlo? —preguntó ella, girándose hacia él.

—No hiciste nada mal. Yo… algo me pasó mientras estaba fuera.

Megan lo miró con desconfianza, y esa mirada lo hirió más que cualquier golpe. Dio un paso hacia ella, pero Megan retrocedió, con la expresión de un animal acorralado.

—Y luego regresaste justo a tiempo para la boda, cuando pensaba que mi corazón se había enfriado. Eso fue lo más cruel.

Kinner deseaba abrazarla hasta borrar su dolor y el suyo propio.

—Podría haber seguido como estaba, pero tú me hiciste sentir otra vez —dijo ella—. ¿Por qué lo hiciste?

—Porque te amo.

—¿Por qué? —repitió ella, incrédula.

—¡Tú no lo amas! Entonces, ¿por qué te comprometiste con él?

—¡Porque tú me lo pediste!

—Esa no es razón para arruinar tu vida.

—Ya no me quedaba vida —replicó Megan, temblando—. La única persona a la que he amado me dejó, y quise odiarte, pero no podía. Era más fácil pensar que era culpa tuya que aceptar la verdad: que confié en mi corazón sin saber que tú lo destrozarías. Me odiaba a mí misma… y también a ti. Mi vida terminó el día que Callum me pidió matrimonio.

Kinner se apoyó en el tronco del roble para no perder el equilibrio. El peso de la culpa lo aplastaba. No había palabras que pudieran absolverlo.

—Cuando regresé, no podía vivir con lo que había hecho —dijo al fin, en voz baja—. Cuando te hablé de ello, fuiste tan comprensiva… tan pura. Una parte de mí se sintió atraída por ti. ¡Por Dios, quería perderme en ti! Pero estabas demasiado cerca, y la herida aún sangraba. Estuve mal al alejarte, pero era la única forma de protegerme del dolor. Soy un soldado, Megan. Solo sé luchar y defender.

Ella se apoyó en el roble y cerró los ojos.

—Me obligaste a sentir —continuó él—. No supe hasta que me fui que aún podía hacerlo. Sabía que te había hecho daño.

Le rozó la mejilla con los nudillos, pero ella se apartó.

—Sabía que te había perdido, pero tenía que hacer algo. La tierra era lo único que podía darte sin herirte.

Megan lo miró.

—Fue un gesto noble, pero dolió igual.

—No esperaba nada a cambio. Era tuya, y lo seguirá siendo.

Por primera vez, su expresión se suavizó.

—Lo sé. Eso fue lo que más me dolió. Cuando levanté la vista después de leer ese documento, vi amor en tus ojos… y supe que era demasiado tarde.

Kinner dio un paso hacia ella y la atrajo con ternura.

—¡No! —protestó Megan, empujándolo—. ¡No tienes derecho a hacer esto!

—Lo sé —susurró él, sin soltarla del todo.

Ella se zafó de su abrazo.

—¿Qué te hace pensar que puedes volver y tenerme como si nada hubiera pasado?

—No puedo pensar más —confesó, rozándole el cuello con los dedos.

Megan echó la cabeza hacia atrás, temblando. Su aliento le calentaba la piel. De pronto, ella lo rodeó con los brazos y se aferró a su cuello. Su cabello, suelto, le rozó los labios.

—Lo siento tanto —murmuró él.

Megan se hundió en su abrazo. Durante unos instantes permanecieron así, unidos por el dolor y la añoranza. Él le sostuvo el rostro y la besó con la fuerza de su deseo.

—Te quiero —susurró entre beso y beso.

—No podemos —murmuró ella, sin apartarse—. Le he dado mi palabra.

—No, eres mía —replicó Kinner, cubriendo de nuevo su boca con la suya.

—Él no me dejará ir —balbuceó Megan—. Le pedí a Callum…

Kinner le tapó los labios con los dedos.

—No digas su nombre —susurró. Luego volvió a besarla—. Dímelo. Di que sientes lo mismo.

—Sí… —susurró ella al fin.

Él le acarició el rostro, húmedo por las lágrimas.

—Te amo. ¿Cómo no lo has visto antes?

Soltó su cabello, dejando que cayera como una cascada sobre sus hombros. Pasó un dedo por su cuello.

—Es como la seda —murmuró.

Megan alzó la barbilla y respiró hondo.

—Es demasiado tarde para nosotros.

—Shh… —Él le tocó los labios y la besó una vez más.

Ella se apartó con suavidad. La pasión de él se transformó en un dolor silencioso.

—¿Cuántas veces vas a romperme el corazón? —preguntó Megan.

Kinner bajó la mirada.

—No puedes casarte con él.

—Entonces, ¿por qué me dijiste que lo hiciera? —replicó ella con calma.

—Porque no creía que volvería a sentirme vivo. No podía disfrutar de nada. Todo parecía terminado. Cuando comprendí que te amaba, supe que solo te haría daño.

—Y así ha sido.

Kinner apretó la mandíbula. Tenía razón: ya no podía deshacerlo.

—Siempre te amaré —murmuró ella, apoyando el rostro en su pecho.

Él la abrazó con fuerza. Megan respiró hondo.

—Pero debo irme antes de que alguien nos vea.

Asintió y la besó con suavidad. Ella se volvió para marcharse, pero él le tomó la mano y la atrajo de nuevo, besándola como si fuera la última vez.

—Déjame ir —susurró Megan, sin aliento.

Con un gemido, él la soltó.

—Estaremos juntos —prometió.

Ella negó con la cabeza, desesperada.

Kinner la ayudó a montar. Cuando Megan puso el pie en el estribo, él le rozó el tobillo, luego la pantorrilla. Ella espoleó al caballo, obligándolo a soltarla.

Kinner la vio alejarse, su arisaid ondeando al viento, hasta que desapareció entre la niebla del amanecer.

Capítulo 13

Kinner regresó mucho después que Megan y llevó su caballo al establo. Entró en la casa procurando no llamar la atención y subió las escaleras en silencio. Sin embargo, al pasar frente a la puerta de la habitación de Megan, no pudo evitar detenerse.

En ese momento, escuchó una voz desde el interior.

—Ahora mismo, señora.

Kinner cruzó el pasillo apresuradamente y fingió indiferencia mientras introducía la llave en la cerradura de su propia habitación. Una criada salió del cuarto de Megan justo cuando él abría la puerta. Esperó a que la muchacha se alejara antes de volver a cruzar el pasillo. Miró a ambos lados y llamó con suavidad.

—Adelante —dijo Megan desde dentro, creyendo que era la criada.

Él se deslizó al interior y cerró la puerta tras de sí. Su sonrisa fue suficiente para delatar sus intenciones.

—¡Kinner! —exclamó Megan, llevándose una mano al pecho—. ¡No puedes estar aquí!

El deseo le ardía por dentro.

—Pero estoy —respondió con voz baja. En tres zancadas cruzó la estancia y la tomó en sus brazos. Solo después de besarla con intensidad la dejó respirar—. Ahora puedes tomar aire… aunque date prisa, porque muero por volver a saborear tus labios.

—¿Cómo puedes mostrarte tan alegre cuando todo parece derrumbarse? —susurró ella, intentando conservar la compostura.

Kinner sonrió, y aquella sonrisa hizo tambalear su resolución.

—Porque estoy enamorado. —Al encontrarse sus miradas, la sonrisa se borró de su rostro—. Y estaremos juntos.

—Kinner, ojalá pudiera ser así, pero…

Él la besó antes de que terminara la frase. Y, por un instante, sus dudas se desvanecieron; Megan se aferró a sus brazos y se rindió al impulso.

—Señora… —la voz de la criada llegó desde el pasillo.

Megan se estremeció y alzó la voz.

—¡Un momento!

El pestillo traqueteó.

—Solo olvidé… —La puerta se abrió. La criada se detuvo en seco—. Oh, creí que me había dicho que entrara.

El tiempo pareció suspenderse. Megan, con el cabello revuelto y el rubor encendido en las mejillas, se quedó inmóvil. Kinner dio un paso atrás, intentando parecer sereno, aunque aún respiraba con dificultad.

—Lo siento, señora —balbuceó la muchacha, bajando la vista —. Pensé… Lo siento mucho.

Hizo una rápida reverencia y salió corriendo pasillo abajo.

Kinner cerró la puerta con suavidad mientras Megan, con los dedos temblorosos, trataba de alisar su cabello. Viendo que era inútil, bajó los brazos con un suspiro frustrado y se acercó a la ventana. La luz del amanecer, filtrándose entre las nubes, iluminaba el suelo cubierto de escarcha con destellos irregulares.

Kinner se aproximó y posó las manos sobre sus hombros.

—Hablaré con ella.

—¿Y qué podrías decir que no empeore las cosas? —respondió Megan, sin volverse.

—Megan… —susurró él.

Intentó atraerla a sus brazos, pero ella se resistió. Entonces la abrazó por la cintura desde atrás, sin decir nada más, aferrándose al silencio que quedaba entre ambos, tan frágil como todo lo que aún podía perderse.



Demasiado agitada por la confusión y el peso de sus emociones como para sentarse a desayunar, Megan esperó hasta más tarde para bajar. Cuando por fin lo hizo, encontró a Kinner en el estudio junto a Emmy. Él se levantó en cuanto la vio entrar.

Emmy fue hacia ella con paso decidido y le tomó las manos.

—Kinner nos lo ha contado —dijo con suavidad.

Megan lanzó una rápida mirada hacia él antes de asentir.

—Ya veo.

Emmy le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—Lo superaremos, querida.

Y aunque Megan quiso creerle, solo consiguió convencerse a medias.

En ese momento, Liam entró en el estudio y cerró la puerta tras de sí.

—Hablé con la sirvienta —anunció—, pero ya se lo había contado a su madre, la cocinera. Les advertí de las consecuencias si el rumor salía de la casa.

Su tono era firme, aunque sus ojos delataban que no confiaba del todo en el silencio de las mujeres.

Kinner asintió.

—Podemos tener esperanzas, pero será mejor que vaya a ver a Hammond y hable con él directamente.

Liam empezó a pasear de un lado a otro sobre la alfombra.

—No harás tal cosa. Estás tan cegado por el amor que no sabes lo que dices.

Kinner dio un paso al frente, los músculos tensos.

—No voy a quedarme aquí mientras tú das vueltas y te lo piensas.

Liam le lanzó una mirada cortante, la clase de advertencia que no necesitaba palabras. Kinner apretó la mandíbula y, en un esfuerzo por mantener la calma, centró la conversación en lo práctico.

—Primero debemos detener la boda.

Megan intervino:

—No está bien romperle el corazón solo para aliviar el mío.

—¿Romperle el corazón? —replicó Kinner con desdén—. Él no te ama.

—Y sin embargo, se va a casar conmigo —repuso Megan.

Liam entrecerró los ojos y miró a Kinner.

—No si puedo evitarlo —respondió él con firmeza.

—Conozco a Hammond —replicó Liam—. Es terco como una mula en cuestiones de negocios. No esperes que se aparte tan fácilmente. La ame o no, es un hombre orgulloso.

—Y, aun así, no lo bastante hombre para servir a su clan y a su rey —espetó Kinner.

—Para ser justos —dijo Megan—, es viudo y tiene cinco hijos a los que cuidar.

Kinner rodó los ojos.

—Oh, sí, los cinco hijos… eso bastaría para que cualquier hombre busque casarse. Por Dios, Megan, ¿no pensaste en eso?

—Quiero tener hijos —susurró ella en voz baja.

Kinner se detuvo en seco y la miró, sorprendido. La idea de verla con hijos propios —de él, tal vez— lo atravesó con una emoción que no había previsto.

Liam, sin detenerse en su ir y venir, comentó:

—Tiene ambición, eso seguro.

Kinner apartó de su mente aquella imagen para centrarse en el problema.

—Mientras arreglaba el fideicomiso, pensé en la vida de Megan después de la boda.

—Mejor no pensar en eso —gruñó Liam.

Ignorándolo, Kinner continuó:

—Imaginé lo bueno que sería que tuviera su casa de infancia cerca, para poder visitarla cuando necesitara paz.

—Y con tu granja justo al lado, qué conveniente —dijo Liam con una sonrisa burlona.

—Ya estoy harto de tus comentarios —replicó Kinner.

—Pero eso es lo que estabas pensando, ¿no? —insistió Liam.

Kinner lo fulminó con la mirada antes de continuar:

—Pensaba en lo conveniente que resulta su granja para él. Incluso sin las tierras de Megan, duplicaría su ganado. Fue entonces cuando comprendí que no se casa por amor.

Liam se recostó en su silla.

—Interesante teoría.

—Una mujer encantadora que además puede cuidar de sus cinco hijos… demasiado tentador para resistirse —añadió Kinner.

—No sería el primero en casarse por razones prácticas —observó Liam—. Y, en realidad, ¿qué hay de malo en eso?

—Lo que está mal —replicó Kinner, entrecerrando los ojos— es que Megan merece más.

—¿Se merece tenerte a ti? —preguntó Liam, con una chispa de ironía.

—Merece ser amada —respondió Kinner con voz grave—. No casarse por unas tierras que posee… o que él cree que posee. —Bajó el tono—. No estaba dispuesto a entregarle esas tierras solo para que Hammond se hiciera con ellas, así que el abogado redactó un fideicomiso. Ahora nadie podrá quitarle su hogar.

—¿Y qué piensas hacer ahora? —preguntó Liam.

—Supongo que él lo pensará mejor y romperá el compromiso —respondió Kinner.

—O demandará a Megan —replicó Liam.

Kinner se burló.

—¿Demandarla? ¿Por qué motivo?

—Por incumplimiento del contrato matrimonial.

—¿Y qué ganaría? No puede quitarle las tierras.

—No, pero podría exigir una compensación equivalente —explicó Liam.

—¿Basándose en qué?

—En sus expectativas perdidas.

Kinner negó con la cabeza.

—Las tierras están en fideicomiso.

—¿Cuándo se creó ese fideicomiso? —preguntó Liam.

Kinner cerró los ojos y soltó el aire lentamente. Liam asintió, comprendiendo.

—El contrato de esponsales se firmó mucho antes que el fideicomiso.

—Pero ella no era propietaria entonces.

—Cierto, aunque Hammond podría alegar que ella lo engañó respecto a su propiedad.

Kinner se irguió, ofendido.

—¡Ella nunca haría eso!

Megan bajó la mirada.

—Pero yo sí lo hice.

Ambos hombres se giraron hacia ella.

—Creía que la tierra era mía —dijo en voz queda—. Cuando me preguntó, respondí que lo era.

Kinner cruzó una mirada con Liam y luego se volvió hacia ella.

—No te preocupes, muchacha —dijo con tono protector.

Liam intercambió una mirada con Emmy, que seguía junto a Megan, intentando consolarla.

—Lo primero que debemos saber —dijo él— es qué quieres tú. Kinner no ha ocultado sus sentimientos, pero tú no has dicho nada. ¿Deseas liberarte de tu promesa de matrimonio?

—Sí —respondió sin vacilar.

Liam la miró con ternura.

—Entonces veremos qué puede hacerse.

Megan alzó la vista, con un destello de esperanza.

—¿De verdad crees que hay esperanza?

Antes de que Liam pudiera responder, la puerta se abrió de golpe. Hammond irrumpió en la habitación, seguido por una criada pálida y temblorosa.

—Lo siento, señor MacDonell —murmuró la muchacha.

Liam la despidió con un gesto y le indicó que cerrara la puerta. Hammond no apartó los ojos de Megan.

—Ahora te llevaré a casa.

El silencio se hizo pesado. Kinner se levantó, pero Hammond lo ignoró.

—Vamos, señora MacDougal.

Antes de que Megan pudiera hablar, Kinner se interpuso en su camino.

—¿Puedo decirle algo?

—Ya ha dicho todo lo que necesito oír. La señora MacDougal y yo nos casaremos dentro de una semana, y a partir de entonces, cualquier cosa que tenga que decirme, me la dirá a mí y solo a mí. ¿Verdad, señora MacDougal? —extendió la mano hacia ella, su gesto más orden que cortesía.

Liam cruzó una mirada rápida con Emmy y se acercó a los hombres.

—Señoras, ¿nos disculpan un momento?

Emmy se levantó para irse con Megan, pero Hammond cortó en seco:

—Ella no saldrá de esta habitación si no es de mi brazo.

La sonrisa de Emmy se mantuvo, serena, aunque sus ojos destellaron.

—Señor Hammond, si me permite llevarme a la señora MacDougal, estoy segura de que podremos resolver esto con calma.

Megan no se movió.

—Como se discute mi destino —comentó—, prefiero quedarme, si no le importa.

Emmy le lanzó una mirada de advertencia y se inclinó para hablarle en voz baja:

—No ayudas. Él se aferrará a su orgullo mientras estés aquí. Si te marchas, quizá podamos acorralarlo.

Hammond carraspeó con frialdad.

—Señora MacDonell, ha sido muy amable con mi prometida, pero es hora de que regrese a su casa y prepare la boda. Tiene mucho que hacer, ¿no es así, señora MacDougal?

—Sí, pero todo está aquí —respondió Megan—. La señora MacDonell me ha estado ayudando.

—Estaremos al final del pasillo si nos necesita —dijo Emmy, con su habitual elegancia.

Kinner le dirigió una mirada de aliento antes de enfrentarse a Hammond. Liam intervino antes de que el enfrentamiento estallara.

—Parece que las damas tienen asuntos que atender, lo que nos dejará unos minutos para hablar entre hombres —dijo con una sonrisa medida, dirigiéndose a Emmy.

—No tardaremos —respondió ella con amabilidad forzada.

Y, con gesto firme, enlazó su brazo con el de Megan y la sacó de la habitación, dejando tras de sí una tensión que podía cortarse con un cuchillo.



Kinner abrió la boca, pero Liam lo interrumpió.

—Señor Hammond, ¿no quiere sentarse?

Hammond frunció el ceño, aunque aceptó la invitación. Liam fue al grano:

—Aunque nunca hubo intención de engañar, es evidente que ha habido un malentendido respecto a la granja MacDougal.

—Yo diría que sí —repuso Hammond, recostándose y posando las manos en los brazos de la silla.

—Lo he hablado con la señora MacDougal. Lamenta lo ocurrido y comprende que usted pudiera haber hecho ciertas suposiciones sobre la tierra.

—No la culpo.

Liam inclinó la cabeza, cortés.

—Dadas las circunstancias, la señora MacDougal me ha pedido que le transmita su disposición a liberarlo de su promesa de matrimonio.

Hammond se endureció y lanzó una mirada sombría hacia Kinner. Liam sostuvo el tono:

—La señora MacDougal me lo ha expresado directamente.

—¿Ah, sí? —bufó Hammond—. No será necesario. La boda se celebrará según lo previsto.

—Antes de que decida, hay algo más —continuó Liam—. Como sabe, aunque a la señora MacDougal se le ha concedido la tierra, esta se mantendrá en fideicomiso para ella. Como su futuro marido, se precisa su firma para declarar que consiente el fideicomiso.

Hammond se echó atrás y lo observó.

—¿Consentir?

—El fideicomiso —repitió Liam.

Siguió un largo silencio. Hammond valoró la situación; luego sonrió apenas.

—¿Necesitan mi firma?

—Una formalidad legal —Liam colocó el contrato ante él y mojó la pluma.

Hammond no tardó en decidirse.

—No. No firmaré su formalidad legal.

El silencio volvió a instalarse. Cuando Hammond se removió en la silla, Liam asintió despacio:

—Ya veo.

Dejó la pluma y se recostó.

—Me temo que la señora MacDougal no se casará sin esa firma.

Hammond se alzó y caminó hasta la ventana, como un animal enjaulado. Se quedó mirando la ladera. Kinner saboreaba el triunfo mientras cruzaba una mirada con Liam. Hammond se volvió a la mesa.

—Muy bien, entonces. La firmaré.

Tomó el documento de vitela. Antes de que pudiera rubricarlo, Kinner se levantó de golpe, casi volcando la silla.

—¿No entiende lo que hace?

La mirada de Liam habría detenido a cualquiera, pero Kinner no se amilanó.

—¡Ella no aporta nada al matrimonio!

Hammond alzó la barbilla hacia él.

—Excepto a sí misma, que es cuanto deseo —desvió la vista y volvió a fijarla en Kinner—. Ah, y por supuesto sus bienes muebles, entre ellos varias docenas de cabezas de ganado.

Kinner golpeó la mesa con el puño.

—Quédese con el ganado. Solo déjela ir.

—¿Por qué? ¿Porque usted lo quiere? —lo desafió, viendo la furia de Kinner—. ¡Porque ella no lo ama!

Con una calma helada, prosiguió:

—Has sido un idiota arrogante desde crío. Te he visto romperle el corazón a esa muchacha durante años, demasiado absorto en ti mismo para notarlo. Pero yo sí lo vi. Ella merece a alguien mejor que tú.

—¿A alguien a quien no ama?

—Nadie la obligó a decir que sí. Pero ahora que se comprometió conmigo, has decidido que la quieres —alzó la barbilla —. Pues no puedes tenerla.

Kinner se abalanzó, y Liam se interpuso sujetándolo. Se le escapó un gruñido:

—Bastardo nacido entre setos.

Hammond casi sonrió y se volvió hacia Liam:

—Por favor, ofrezca mis disculpas a la señora MacDougal por marcharme sin despedirme. Está claro que está ocupada. Yo también, así que debo irme. Déjenla aquí si quieren. La breve separación hará más dulce nuestra noche de bodas.

Kinner se tambaleó, pero Liam lo sostuvo con fuerza y le murmuró una advertencia que lo detuvo.

—Te daría la mano, Liam, pero veo que ahora mismo las tienes ocupadas —remató Hammond, satisfecho, y salió.

Cuando se hubo marchado, Emmy y Megan entraron en el estudio. Emmy se detuvo al ver a Liam sujetando a Kinner por el brazo. Él, aún ardiendo de rabia, se dejó caer en una silla y se cubrió el rostro. Megan, pálida, se acercó y le apoyó la mano en el hombro. Kinner la aferró con fuerza. Al fin, tragada la ira, alzó la vista:

—No dejaré que te tenga.

—Supongo que no ha ido bien —murmuró Emmy, acercándose a Liam.

Una mirada de él bastó por respuesta. Kinner respiró hondo:

—No sé por qué, pero ese hombre me desprecia. Tanto, que, por puro rencor, no te soltará.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Megan.

Kinner miró el documento sin firmar sobre la mesa.

—No puso su nombre en el fideicomiso. Por Dios, también es culpa mía —revivió el instante en que Hammond habría podido firmar y su propio arrebato lo impidió. Miró a Liam, que tuvo la delicadeza de callar ese recuerdo—. Da igual. Ha cumplido y ha fallado: no lo disuadió.

—¿Podría quitarme mi casa? —preguntó Megan.

—No, salvo que sigas adelante con la boda —explicó Liam—. Si te casaras sin su aceptación del fideicomiso, este no sería válido.

—Pero si él no consiente, ¿qué opción me queda?

—No lo subestimemos —repuso Liam—. Su odio hacia Kinner le nubla el juicio.

—Entonces, ¿qué hay que hacer?

Kinner le tomó las manos; su mirada ardía.

—Debes romper tu promesa.

—Ya le pedí que me liberara y se negó.

—Esta vez no le dejes opción.

Megan se acercó a la ventana y contempló la tierra por la que había vagado de niña. Pasó un buen rato antes de asentir:

—Muy bien. Se lo diré hoy.

—No. No le digas nada —la detuvo Kinner.

Ella frunció el ceño.

—Si no rompo nuestro compromiso, ¿qué puedo hacer?

—Huye —respondió sin titubeo—. Sí, huiremos y nos casaremos antes de que pueda detenernos —llevó las manos de Megan a sus labios—. Si me aceptas.

—¿La alejarías del hogar por el que has trabajado tan duro para darle? —cuestionó Liam.

—No. Volveremos.

—Hombre, piensa en el escándalo —advirtió Liam.

—Con el tiempo, la gente lo olvidará.

—Quizá —cedió—, pero ese tiempo puede ser largo.

—Algunos perdonarán y el resto se cansará de hablar —apuntó Emmy.

—No me importa lo que digan —replicó Kinner.

—¿Y qué pasará con Megan y tus hijos? —insistió Emmy, entristecida.

Una sonrisa suave se dibujó en los labios de Megan.

—Nuestros hijos conocerán el amor. Lo entenderán porque se lo enseñaremos, y sabrán por qué vale la pena luchar por él aunque otros no lo comprendan.

Kinner apretó su mano. Liam negó lentamente:

—Si rompes el compromiso, no me cabe duda de que te llevará a los tribunales por incumplimiento de promesa.

—¿Y qué ganaría? —preguntó Megan—. No puede obligarme a casarme con él si ya estoy casada.

—Eso no —admitió Liam—. Pero el tribunal podría concederle una indemnización. Podría pedir las tierras.

—Y el ganado —añadió Kinner—. Porque, tras la boda, habría sido suyo.

—Dáselo —dijo Megan.

—Se lo ofrecí. Perdóname. Sé que no era mío para ofrecer —contestó él.

—Hará falta dinero para afrontar una demanda por incumplimiento de promesa —advirtió Liam.

—No he podido mantener la granja como cuando estaban mi padre y mi hermano —confesó Megan—. Apenas tengo lo justo para que siga en marcha.

Kinner se dejó caer, abrumado:

—Cuando marchamos, vendí todo mi ganado. Tengo algo ahorrado, pero no alcanza para una lucha así. Hammond no cederá.

—Hemos invertido todo en nuestro hogar —dijo Emmy—.

—Nos queda muy poco —añadió Liam—, pero haremos lo que podamos.

El rostro de Megan se iluminó:

—Aún no me he casado; el ganado sigue siendo mío, ¿no?

Kinner alzó la barbilla, resignado:

—Por ahora. Pero él lo reclamará como bien mueble que habrías aportado al matrimonio.

—¿Y si lo vendiera?

—¿Venderlo? —repitió Kinner.

—Es suyo —concedió Liam—. Tiene derecho.

—Sí… podría —Kinner dejó escapar, y después sonrió a Liam, cuyos ojos chispearon—. Alcanzaría para pagar a un abogado, y quizá sobraría.

Atrajo a Megan hacia sí. Ella completó:

—Para empezar una vida nueva juntos.

—No —replicó Kinner con firmeza—. No me quedaré con lo que es tuyo.

Megan lo miró con picardía.

—Podemos discutirlo después de la venta. Ahora, ¿quién comprará mi ganado?

Liam cruzó los brazos, pensativo.

—Aquí, nadie. Pero quizá en Fort William.

—¿Fort William? —repitió Megan.

Kinner asintió. Sus ojos brillaban.

—Sí.

Capítulo 14

Los cuatro *reivers* se detuvieron en la cima de la colina y miraron hacia el ganado que pastaba.

Liam se volvió hacia Kinner y sonrió.

—¿Vamos?

Kinner asintió y los dos hombres bajaron la ladera, con Megan y Emmy siguiéndolos de cerca. El tenue resplandor anterior al amanecer les abría el camino mientras conducían el rebaño de Emmy hasta la senda de los ganaderos que llevaba a Fort William. Los más expertos habrían hecho el trayecto en dos días, pero no querían que se conociera su plan de regresar a Hammond, de modo que partieron solos. Con cuatro docenas de reses, esperaban alcanzar Fort William en tres jornadas.

Aunque Megan había ayudado otras veces en el traslado de ganado, para Emmy todo era nuevo. Aun así, consiguieron mantener a las vacas en movimiento por la ruta. No se relajaron hasta última hora de la tarde, cuando estuvieron seguros de haber evitado llamar la atención de Hammond. Se detuvieron en un prado atravesado por un arroyo.

Con el frío del invierno acechando, Liam encendió un fuego y se calentaron. Demasiado cansados para hablar, pronto se durmieron; los hombres se turnaron en la guardia.

A la mañana siguiente, se acurrucaron junto al fuego y comieron *bannocks*[1].

—¿Y si no encontramos comprador? —preguntó Megan.

—Si no damos con nadie más, conozco a un interesado —repuso Kinner.

—¿Quién?

Kinner sonrió de oreja a oreja.

—De repente me han entrado ganas de comprar ganado. ¿No es así, Liam?

—Así es. Acaba de decírmelo —respondió Liam, con una chispa de risa en los ojos.

Emmy miró a Megan y se encogió de hombros.

—Pero dijiste…

—Sé lo que dije, pero tengo lo suficiente para mantener las reses hasta la primavera, cuando debería haber más compradores.

—¿Y por qué pasar por todo esto, si podría quedármelas?

Kinner la rodeó con el brazo y la atrajo hacia sí.

—Queremos eliminar cualquier motivo para que Hammond luche por ti. Espero que, sin tu ganado, le resultes menos atractiva.

—¿Y tú qué? —inquirió Megan—. ¿Me seguirás encontrando atractiva sin mis vacas?

Kinner frunció el ceño, con brillo travieso en la mirada.

—Bueno… eso podría ser un problema —murmuró, inclinándose hacia ella con tono seductor—. A algunos hombres les gustan las caras bonitas o las trenzas castañas muy largas. —Le acarició el cabello en la nuca y acercó los labios hasta rozarlos con los de ella—. O los labios suaves que piden ser besados.

La besó apenas, lo justo para robarle el aliento. Luego se apartó con fingido entusiasmo.

—Pero a mí me gustan las mujeres con vacas.

—¡Ay! —Megan le soltó un manotazo, y él le sujetó la muñeca sin perder la risa.

—Por supuesto, no puedo pagar mucho. Me temo que solo puedo ofrecer un beso por cada cabeza de ganado, así que será mejor que empiece a pagar.

Se tomaba su tiempo con el primer pago cuando Liam carraspeó de forma ostentosa.

—Como tu acompañante, es mi deber decirte que apagues ese fuego… y, ya que estás, también la hoguera del campamento.

Kinner refunfuñó, besó a Megan en la frente y se dispuso a preparar las cosas para la marcha. Como jefe del clan, el padre de Liam contaba con amigos en Fort William que, por deferencia hacia él, cuidarían del ganado hasta su venta, si no lo compraban ellos mismos. Eso permitiría a todos regresar con rapidez para arreglar sus asuntos con Hammond antes de la fecha prevista para la boda.

El segundo día avanzaron más y el ritmo más vivo levantó el ánimo de todos. El sol ya besaba el horizonte cuando encontraron un pastizal con agua y se detuvieron para pasar la noche. El calor del fuego, sumado al cansancio, los adormeció pronto… a todos excepto a Megan, a quien le tocaba vigilar.

En mitad de la noche, unos gemidos agitados llamaron su atención. La luna derramaba una luz tenue sobre Kinner, que movía la cabeza de un lado a otro. Ella se arrodilló a su lado.

—¿Kinner?

Como los quejidos continuaban, Megan le sujetó los hombros y lo sacudió con cuidado; los sonidos se volvieron más frenéticos.

—Kinner, estás teniendo un sueño —susurró, procurando no despertar a los demás.

De pronto Kinner gritó y la hizo girar, inmovilizándole el rostro contra el suelo mientras le presionaba ambas muñecas en la espalda.

—Kinner… —La tierra se le pegó a los labios cuando abrió la boca para llamarlo—. ¡Kinner!

La presión desapareció. Megan se incorporó tosiendo, se limpió la boca y vio a Liam sujetando a Kinner por los brazos. Él lo miró con los ojos desenfocados.

—Tiene pesadillas —explicó Megan.

Liam la fulminó con la mirada.

—¿Y cómo lo sabes?

—No importa. Me di cuenta por casualidad —respondió, y dio un paso hacia Kinner.

Liam alargó el brazo para detenerla.

—¿Kinner?

Con el ceño cargado de preocupación, Kinner apartó la vista de Megan y volvió la cabeza hacia Liam, que aún lo retenía con firmeza.

—¿Qué ha pasado?

—Estabas lastimando a la muchacha —dijo Liam.

—Estabas soñando —añadió Megan, mientras Emmy le ponía las manos en los hombros para consolarla.

Kinner maldijo en voz baja y se soltó.

—¿Estás herida?

—No, estoy bien. Solo me preocupas tú.

—Lo siento, cariño. Ha sido un sueño —murmuró. Echó una ojeada rápida a Liam y a Emmy, se disculpó con un gesto y se acercó a Megan para tomarle las manos—. Intenta dormir un poco más.

Le besó la mano y la condujo de vuelta a su lecho.

El resto del viaje transcurrió sin incidentes, aunque con parsimonia. Kinner habló poco de sus pesadillas: admitió que seguían visitándolo, si bien cada vez con menor frecuencia.

Al cuarto día amaneció con una nevada ligera y una niebla espesa. Con el ánimo ya decaído, aquel tiempo les sentó de lo peor. Kinner clavó la mirada en la bruma.

—Tendremos que esperar a que aclare.

—No tenemos tiempo —replicó Megan—. Faltan tres días para la boda.

—No voy a conducir el ganado por un precipicio —terció Liam.

Tenía razón, pero la inquietud no abandonaba a Megan. El día de la boda se acercaba y ella seguía sin una esperanza real de librarse.

Kinner le tomó la mano y la condujo a dar un breve paseo. Cuando quedaron fuera del alcance de Liam y Emmy, se detuvo y la miró a los ojos.

—Hen, ¿qué te preocupa?

Megan negó con la cabeza.

—Sé que Liam hace bien en esperar, pero solo quiero llegar y acabar con todo esto. Quiero que todo salga a la luz para poder mirar adelante y estar contigo.

Alzó la vista y la ternura de Kinner la serenó. Él le sujetó los hombros.

—Te quiero, y estaré contigo hasta que me pidas que te deje en paz —sonrió de medio lado—. Ahora, rápido, dame un abrazo antes de que tu guardián note que estamos solos.

Megan se hundió en el calor de su pecho. Él la rodeó con los brazos y le acarició el cabello. Le alzó la barbilla y la besó. Ninguna preocupación podía atormentarla mientras estuviera entre sus brazos.

La voz de Liam los sobresaltó:

—Si no tenéis objeción, diría de ponernos en camino hacia Fort William.

Megan se volvió, radiante, hacia él. Liam miró a Kinner con una ceja alzada. Kinner posó la mano en la espalda de Megan y la animó a seguir.

—Ya has oído a Liam. No hay tiempo que perder.

A mediodía la visibilidad del camino bastaba para avanzar, aunque con tiento. Kinner lanzaba a Megan miradas que querían infundir calma. Hacia el final de la tarde se les iba la luz.

—Sé dónde estamos —anunció Liam—. Hay un campo justo al otro lado de esta colina.

En menos de una hora llegaron y fueron recibidos por Aodhan MacDuff y su esposa, Gilda. Ofrecieron a los *reivers* una comida caliente y techo para pasar la noche. Cenaron bien: MacDuff era un granjero próspero y con buen ojo para los negocios, lo que le había permitido gozar de una casa muy cómoda. A la luz cálida de la chimenea y de los candelabros de pared, sirvieron platos generosos de carne asada, puré de patatas y pan tostado. Acompañaron con el mejor whisky de MacDuff, dejando atrás los recuerdos del frío camino con el ganado.

A la mañana siguiente les quedaba un tramo corto hasta Fort William. Lloviznaba cuando entraron en la ciudad. Megan miró a Kinner, incapaz de borrar la sonrisa.

—Estás de buen humor para un día tan gris.

—¿Gris? No puede decirse eso del día de tu boda, muchacha.

—¿Mi qué?

Kinner le ofreció el brazo, divertido.

—Ven conmigo, señora MacDougal. Llueva o no, hoy me caso.

Megan se detuvo, atónita.

—¿En serio? ¿Y no se te ocurrió mencionármelo?

Él pareció sorprendido y algo abatido.

—No habrás cambiado de opinión, ¿verdad?

—¡No! —rió Megan—. Pero me habría gustado saberlo.

—Quería darte una sorpresa.

La decepción en su rostro hizo que Megan casi se arrepintiera de haber protestado.

—Bueno, pues lo has conseguido. Me encanta la idea, pero… ¡mírame! —bajó la vista a la ropa que llevaba cuatro días, arreando reses—. ¡No tengo nada apropiado y huelo a vaca!

—Sí, ¡pero a una muy bonita! —Kinner le guiñó un ojo, lo que solo consiguió frustrarla un poco más. Se apresuró a añadir—: Ven. Creo que podemos remediarlo. —Y, con la mirada más seria—: Eso es… si me aceptas por marido.

—Sí, mi guapo hombre, te aceptaría. Pero creí que habíamos decidido no huir.

Kinner se rascó la nuca, casi avergonzado, con las comisuras alzadas.

—Sí, pero como es probable que él nos demande de todos modos, no veo razón para esperar. La verdad, ya no puedo: te quiero demasiado.

—La gente hablará.

—Que hablen —dijo, mirándola de frente—. ¿Quieres casarte conmigo, Megan?

—Sí.

—¿Hoy?

Los ojos de Megan se iluminaron.

—Sí.

—¿Segura?

Megan sonrió.

—Será mejor que dejes de preguntarlo o cambiaré de idea.

Kinner soltó una carcajada.

—Muy bien, señora. Ven conmigo.

Ella le tomó del brazo y él la condujo a una posada, donde Liam los esperaba para mostrarles las habitaciones. En el cuarto de Megan, Emmy aguardaba.

—Avisaré para que traigan agua caliente —anunció, y salió.

Megan dejó escapar un suspiro de alegría. No solo iba a darse un baño en condiciones, sino que sobre la cama la aguardaban un sencillo jubón de color amarillo limpio, un corsé, dos enaguas, un delantal, medias y zapatos. Una hora después estaba aseada, vestida y peinada con esmero. Emmy abrió la puerta: Kinner estaba allí.

El corazón de Megan dio un salto al verlo con elegante jubón y falda escocesa. Iba bien afeitado y su cabello color arena le caía hasta el cuello. Allí estaba el hombre al que había amado casi toda su vida, tendiéndole la mano. Apenas reparó en Liam y Emmy, que los seguían.

Por el camino, Kinner explicó que no podrían celebrar una boda por la Iglesia.

—Anunciar las amonestaciones sería arriesgarse a que en casa se enteren. ¿Te importa?

—¿Cómo iba a importarme? Estoy contigo y pronto estaremos casados.

No podía dejar de sonreír por mucho que lo intentara.

—Entonces será hoy, y nadie nos separará —dijo Kinner.

Había llovido toda la mañana, pero al caminar hacia la herrería la lluvia se quedó en llovizna. Liam ya había convenido con el herrero que estuviera listo a su llegada. Kinner y Megan ocuparon su lugar, con Liam y Emmy a su lado. Kinner le tomó las manos.

Emmy miró a Liam y sonrió. El herrero se disponía a hablar cuando se oyeron pasos acercándose.

—¿No se están olvidando del novio?

Kinner y Megan se volvieron… y vieron a Hammond, de brazos cruzados, frente a ellos.

Capítulo 15

-Déjanos. No tienes nada que hacer aquí —dijo Kinner, avanzando hacia Hammond, pero Liam lo detuvo con firmeza por el brazo.

—No me quedaré de brazos cruzados mientras este hijo de perro arruina mi boda.

—Tengo más derecho que tú a decir eso —replicó Hammond con la arrogancia de quien ya no tiene nada que perder.

—La diferencia —contestó Kinner, con voz dura— es que ella me ama.

—Pero está comprometida conmigo.

—Solo porque, en un momento de debilidad, te aprovechaste de ella.

—Estás diciendo tonterías —bufó Hammond.

—¿Ah, sí? Poco después, ella te dijo que había cometido un error y te pidió que la liberaras.

—Ella hizo una promesa, y yo confié en su palabra.

—Pero no te ama.

Megan dio un paso al frente.

—Hablaré por mí misma. —Alzó la barbilla—. Señor Hammond, lo siento, pero no puedo casarme con usted.

—Megan… —murmuró Kinner, acercándose.

Ella alzó la mano, firme.

—No, me toca hablar a mí. Ambos actúan como si no tuviera mente propia, pero la tengo. —Miró a Kinner con cierto reproche—. No estaríamos aquí si no fuera por ti.

Kinner apretó la mandíbula, sin responder.

Hammond soltó una risa seca, lo que hizo que Megan volviera a mirarlo.

—Lo siento, Callum. De verdad lo siento. —Inspiró hondo—. He sido injusta contigo y lo lamento de corazón. Perdóname, pero no estaría bien casarme contigo cuando amo a otro hombre. Por favor, no me lo pidas. Fuimos amigos una vez; no perdamos eso.

Aunque sus palabras parecieron suavizarlo, también abrieron una herida más profunda. Sus ojos ardían de dolor.

—No puedes casarte con él. Solo te hará daño otra vez.

—Esa es mi decisión —respondió Megan con calma.

—Perdiste ese derecho cuando te comprometiste conmigo. Ahora apártate; no quiero que te lastimen. —Dio un paso hacia ella, pero Megan levantó la palma y él se detuvo.

—Vete a casa, Callum —dijo suavemente—, porque no me casaré contigo.

Kinner se colocó junto a ella, con una mano en su hombro.

—Siento el dolor que te hemos causado, pero debes dejarla marchar.

Hammond miró al herrero, que parecía preparado tanto para una pelea como para una boda, lo que ocurriera primero. Luego volvió la vista hacia Megan, y ella sostuvo su mirada amarga.

—Lo siento, Callum —repitió ella.

El dolor del hombre se tornó amargura.

—Lo que habéis hecho está mal, y me aseguraré de que paguéis por ello. Malditos seáis todos los que participéis en esta boda.

Se marchó furioso, dejándolos sumidos en el silencio.

Emmy puso una mano sobre el hombro de Megan.

—Nunca me dejará ser feliz —susurró Megan.

—Con el tiempo entenderá que tampoco habría sido feliz sin amor —replicó Emmy con dulzura.

—Nos ha maldecido… y a ti también.

Mientras Emmy la consolaba, Liam apartó a Kinner.

—No me fío de él. Vi locura en sus ojos. Será mejor mantenernos alerta. Podría enviar un mensajero a Aodhan MacDuff para que nos mande algunos hombres.

—No veo la necesidad —dijo Kinner—. Hammond está solo. No sería rival para ninguno de nosotros, y mucho menos para los dos juntos.

—Quizá, pero es el día de tu boda y tu mente está en otra parte.

Kinner no pudo evitar sonreír.

—Sí, en ella. Hammond no podrá arruinarnos eso. No se lo permitiremos. —Con renovado ánimo, se volvió hacia Megan—. Es nuestro día, muchacha. Ven, cásate conmigo ahora.

Megan miró su sonrisa amplia y le devolvió otra, tímida.

—¿Estás seguro?

Kinner soltó una carcajada.

—¿Seguro? Después de todo lo que hemos pasado… —La tomó entre sus brazos y la hizo girar antes de besarla—. Hemos venido a casarnos, así que, herrero, cásenos ahora.

Su voz sonó firme, casi desafiante, aunque buscaba calmar a Megan.

—No puedo hacerlo —dijo el herrero, con el miedo marcado en el rostro.

—¿Qué? —preguntó Liam, adelantándose.

El hombre, corpulento y de manos ennegrecidas por el hollín, negó con la cabeza.

—No provocaré una maldición por casarlos.

—¿Una maldición? —repitió Kinner, incrédulo—. ¿Te refieres a lo que dijo ese necio de Hammond?

—No quiero líos con maldiciones —repuso el herrero, echándose atrás.

—¿Ya estamos malditos? —preguntó Megan, con un hilo de voz.

—*Och*, hen, ven aquí —murmuró Kinner, abrazándola con fuerza mientras cruzaba una mirada sombría con Liam y Emmy.

—Ven, muchacha —intervino Liam—. No es el único herrero de Escocia. Mañana iremos al pueblo más cercano y encontraremos otro.

—Sí —dijo Kinner, esforzándose por sonar alegre.

—Vayamos a la taberna de allí y olvidemos esto —propuso Liam.

Le puso una mano firme sobre el hombro y todos se alejaron de la herrería, dejando atrás las palabras de Hammond. En la taberna, cenaron y bebieron cerveza hasta adormecer el mal humor. Cuando los pensamientos regresaron al recuerdo de Hammond, cambiaron la cerveza por whisky.

Al caer la noche, Liam había servido suficiente para que Kinner y Megan perdieran las preocupaciones… y algo del juicio. Emmy lo miró con desaprobación, pero él solo se encogió de hombros.

—Al menos ahora siente menos dolor.

Kinner tenía práctica con el whisky, pero Megan no. Terminó recostada contra su pecho, los hombros relajados, mientras las manos de él jugaban distraídas con su cabello. Su piel era tan suave

que no resistió la tentación de acariciarle el cuello con las yemas de los dedos.

Cuando sus manos descendieron hacia su garganta y rozaron el borde del escote, Liam le dio un codazo en las costillas.

—No estamos en un burdel, libertino, y aún no estás casado. Muestra algo de respeto por la chica.

—Lo siento, nena —murmuró Kinner, levantándole la barbilla, solo para descubrir que se había quedado dormida. Le acomodó la cabeza en el hombro y miró a Liam, que contenía la risa.

—Oh, sí, ahora estás feliz, ¿verdad?

Emmy sonrió con ternura.

Kinner contempló el rostro dormido de su futura esposa.

—Vamos a llevarte a la cama, muchacha. —Levantó una ceja hacia Liam—. A dormir. Sola. Como yo.



A la mañana siguiente partieron hacia casa. Kinner se despertó renovado; a Megan, en cambio, no le había ido tan bien. No se quejaba, pero tampoco sonreía, y de vez en cuando reprimía un quejido. Al mediodía, la niebla gris se volvió aguacero, de modo que se detuvieron en el pequeño pueblo de Achnacarry. Había una posada y un herrero; Liam reservó dos habitaciones para pasar la noche y los cuatro se encaminaron a la fragua. Bajo un toldo de hule, con la lluvia cayendo alrededor, el herrero ofició la boda.

Kinner deslizó en el dedo de Megan un anillo que había pertenecido a su madre y le prometió fidelidad. Todo lo demás pareció desvanecerse en una nebulosa de imágenes y sonidos mientras la miraba a los ojos. En pocos minutos todo había terminado y ya eran marido y mujer. Él le tomó el rostro entre las manos y la besó.

—¿Es verdad? —susurró Megan, sin apartar la mirada de Kinner—. ¿Ya estamos casados?

—Sí —soltó el herrero con una carcajada.

Kinner volvió a besarla, la estrechó contra su pecho y la contempló con asombro.

—No creía que pudiera amar a alguien así.

Liam y Emmy intercambiaron una mirada cariñosa.

—¡Tenemos que celebrarlo! —propuso Emmy—. Salgamos de esta lluvia y sentémonos junto al fuego.

En la planta baja de la posada había una sala con chimenea y, como aún era temprano, quedaban asientos libres junto al hogar. Liam y Emmy hablaron con el tabernero, que estaba tras la barra, mientras Kinner, en silencio, conducía a Megan escaleras arriba, a su habitación. Una vez dentro, cerró la puerta.

Megan jadeó ante la fuerza con que él la atrajo hacia sí y le devoró los labios en un beso ardiente. Cuando la soltó, le sujetó la cara y la miró con el mismo asombro que había sentido tras la ceremonia.

—Me dejas sin aliento —murmuró ella.

—Esposa —repitió él, saboreando la palabra—. Esposa, tengo ganas de no volver abajo.

Sus ojos brillaron con travesura. Como Megan no respondió, volvió a besarla.

—Será mejor que te resistas, porque estoy perdiendo el juicio.

Ella se puso de puntillas, le rodeó el cuello con los brazos y lo besó. Le acarició la mejilla y dejó que los dedos se deslizaran por su cuello hasta los hombros.

Kinner le sujetó las muñecas y se apartó un poco.

—Por Dios, me estás tentando. Pero si no bajamos pronto, no dejarán de darme la tabarra.

—He querido besarte todo el día… y todos los días anteriores —susurró Megan.

Kinner frunció el ceño con ternura; le alzó la barbilla y la miró a los ojos.

—Te besaré cada día mientras me tengas.

Con un beso suave, le tomó la mano y la condujo abajo.

Liam ya le había contado al tabernero lo de la boda, así que, cuando aparecieron, la sala estalló en vítores. Megan se sonrojó; Kinner rió y lanzó a Liam una mirada bien merecida. Su amigo les sirvió una bebida a cada uno. Hubo brindis y sonó el violín; alguien acompañó con tambor y otros se unieron al canto. Siguieron el baile y las risas. En aquella sala llena de desconocidos, su alegría era completa. Estaban casados; estarían juntos.

Al cabo de un rato, Kinner agarró a Liam por el hombro y le dijo algo al oído. Liam le dio una palmada en la espalda y se volvió hacia Megan. Él y Emmy les desearon buenas noches, y Kinner y Megan subieron las escaleras entre vítores descarados.

De vuelta en la habitación, Kinner cerró con llave. La chimenea bañaba el cuarto con una luz cálida. Emmy había dejado velas por todas partes y Megan las fue encendiendo. Kinner tomó la que ella sostenía y la apagó, se acercó hasta rozarla con el cuerpo. Megan le echó los brazos al cuello, pero él los bajó con suavidad. La sostuvo con la mirada mientras le acariciaba el cuello y sus dedos buscaban el cuello de su camisa. El deseo le ardía en los ojos, aunque se tomó su tiempo para desabrochar el chaleco de lana y deslizarlo por sus hombros. Luego desató el corpiño, le soltó las enaguas, y ella quedó ante él con la camisa y las medias.

Megan contuvo el aliento cuando él le enmarcó el rostro con las manos y la besó hasta obligarla a agarrarse a la tela de su leine para no perder el equilibrio. Con un susurro ronco, pronunció su nombre. Sus palmas bajaron por sus pechos, su cintura y sus caderas hasta que se arrodilló. Metió la mano bajo el camisón y le bajó una media, después la otra. Una mano recorrió sus piernas

hasta que su caricia le volvió la respiración ligera. Dudó que pudiera estar de pie mucho tiempo.

En un instante, él se incorporó, la alzó en brazos y la llevó a la cama. Se quitó a toda prisa la falda escocesa y casi se arrancó la leine y las botas. Megan yacía en el colchón, observándolo, hasta que él quedó desnudo ante ella.

—¿Qué? —preguntó él, como si ella hubiera hablado.

—No he dicho nada.

—Pero estás pensando algo, y quiero saberlo.

—Nada… —se sintió tímida, algo nada propio en ella.

Él se tumbó a su lado, con los labios a un suspiro de los de ella.

—¿Qué es?

—Te estaba admirando.

Kinner sonrió.

—Yo pensaba lo mismo de ti —la besó—. Y pienso admirar cada parte de tu cuerpo antes de que termine la noche.

Habló poco más mientras cumplía su promesa con paciencia.

Cuando la penetró con cuidado, ella se estremeció de dolor.

—No siempre te dolerá —le aseguró.

La acarició hasta que el dolor se deshizo y solo quedaron la emoción y la plenitud de él. Se aferró a las sábanas, urgido por la necesidad de estar más dentro; ella lo quiso más cerca, hasta que fueron uno y quedaron tendidos, exhaustos, a la luz parpadeante del fuego.

Capítulo 16

Liam observó cómo Kinner devoraba su segunda ración de carne ahumada, queso, huevos frescos y gruesas rebanadas de pan untadas con mantequilla y mermelada de grosellas.

—¿Tienes hambre? —preguntó con una mueca divertida en la comisura de los labios.

Sin molestarse en levantar la vista, Kinner asintió y siguió comiendo.

Megan entrecerró los ojos hacia Liam y luego se volvió hacia Emmy, que fingió concentrarse en su plato. Megan suspiró con una mezcla de paciencia y fastidio.

—Ese hombre siempre tiene hambre, por si no te has dado cuenta.

Kinner dejó su jarra de cerveza y le dedicó a Megan una sonrisa cálida.

—Ahora que he disfrutado de una comida excelente y satisfactoria, ya no tengo hambre… por el momento.

Miró a Liam el tiempo suficiente para remarcar sus palabras, luego se recostó en la silla y rodeó con un brazo los hombros de Megan.

—Bien —replicó Liam con un brillo travieso en los ojos—. Entonces estás listo para volver a montar y pasar el día cabalgando.

Emmy se dio la vuelta con fingida indiferencia, como si no hubiera oído el comentario. Kinner ladeó la cabeza y le lanzó a su amigo una mirada fulminante.

Al ver la escena, Megan exclamó:

—¡Por Dios! ¿No crees que sé de qué estás hablando? Pues sí, lo sé. ¡Y nadie se está riendo!

Y, en efecto, nadie lo hacía. Por un instante, la mesa quedó en silencio. Kinner miró fijamente a Megan, mientras Liam se recostaba en su silla, sorprendido. Entonces Emmy soltó una carcajada, y eso bastó para que los demás la siguieran.

Liam pidió una ronda de whisky para entrar en calor antes de emprender el viaje. Poco después, los cuatro partieron de regreso a casa.



Un frío viento de las Highlands soplaba por la carretera cuando llegaron a las afueras del pueblo y se encontraron con una mujer que caminaba sola. Al pasar junto a ella, levantó la vista y cruzó la mirada con Kinner.

—¿Señor MacDonnell? —preguntó.

Tanto Kinner como Liam se volvieron, aunque fue Kinner quien respondió.

—Rose, ¿eres tú? —Desmontó y se acercó a ella, mientras Liam intercambiaba una mirada rápida con Emmy—. ¿Qué ha pasado? ¿Adónde vas?

Los ojos de Rose se llenaron de lágrimas.

—Cuando regresé a casa, el hombre con el que iba a casarme me dijo que estaba dañada. Después de todo, había huido, así que solo podía haberme ocurrido una cosa. Se negó a casarse conmigo… y no fue precisamente amable al decírmelo.

—Lo siento —dijo Kinner con sinceridad.

Megan desmontó y se unió a ellos.

—Rose, me gustaría presentarte a mi esposa, Megan MacDonnell —anunció Kinner.

La joven tendió la mano a Megan y se la estrechó con firmeza.

—Es un placer conocerla, señora MacDonnell.

Liam carraspeó, lo que llevó a Kinner a presentar a Rose al resto del grupo. De pie junto a Megan, advirtió que Rose era unos centímetros más baja. A diferencia del rostro delicado de su esposa, la muchacha tenía pómulos marcados y unos ojos grandes y sinceros.

Una vez terminadas las presentaciones, Kinner se volvió hacia Megan.

—Conocí a Rose cuando vine a Fort William para redactar tu fideicomiso —explicó. Al notar que la sonrisa de Megan no lograba ocultar del todo la duda en sus ojos, añadió—: Rose tenía algunos problemas y yo la ayudé a resolverlos.

Kinner buscó su mirada y halló la misma ternura de siempre, ese vínculo invisible que siempre los unía. Las circunstancias que rodeaban al encuentro podían despertar sospechas en cualquier esposa. Oculto por los pliegues de su falda, le apretó la mano para disipar cualquier duda.

Volviéndose hacia Rose, preguntó:

—¿Adónde vas?

—Mi padre dijo que nadie me querría ya, así que me ordenó regresar al lugar de donde había venido. Recordé lo que me dijiste, así que esperaba encontrarte en Fort William.

Kinner asintió y miró a Megan.

—Le dije a Rose que viniera a buscarme si algo iba mal.

—Muy amable de tu parte —intervino Liam, con una sonrisa irónica.

—Sí, bueno, tengo mis momentos —replicó Kinner con una mirada afilada.

—¡Es un hombre muy bondadoso! —exclamó Rose, ajena a las pullas entre ambos.

Kinner hizo lo posible por ignorar a Liam.

—No sé cómo no nos cruzamos antes.

Rose bajó la vista.

—Sí que nos cruzamos. Estabas celebrando. No quise que la señora…

—MacDonnell —la corrigió Kinner suavemente.

Con gesto preocupado, ella terminó la frase:

—…que la señora MacDonnell pensara mal.

—Pero ¿por qué te fuiste de Fort William? —preguntó Megan.

—Me encontraron dormida en la calle y me llevaron al asilo. Es un lugar horrible. Así que me escapé y empecé a caminar.

—Debes de tener hambre —dijo Emmy, guiándola hacia un lado para que se sentara. Le ofreció un poco de la comida que el posadero había preparado para el viaje.

Mientras Rose comía y conversaba con Emmy, Kinner apartó a Megan.

—Sé lo que debes de estar pensando —susurró en voz baja.

—Confío en ti —respondió ella—, pero no la conozco.

—Och, es como una hermana pequeña.

—Excepto que no es tan pequeña —replicó Megan con una sonrisa sutil.

Él le levantó la barbilla con la punta de los dedos.

—Este hombre no ama a nadie más que a ti.

—No lo dudo. Pero yo no era mayor que ella cuando me enamoré por primera vez, y el amor es una fuerza muy poderosa.

Kinner le rodeó la cintura y la atrajo hacia sí.

—Sí, mi amor. Así es —susurró. Echó un vistazo alrededor para asegurarse de que nadie los veía y le robó un beso.

Sus labios suaves sobre los de ella le hicieron flaquear las rodillas. No tenía duda alguna de que él podía causar el mismo efecto en otras mujeres.

—Ten cuidado, Kinner.

—Mi corazón es tuyo, y siempre lo será.

Megan apoyó una mano sobre su pecho.

—Este corazón es muy valioso para mí.

Liam carraspeó ruidosamente.

—¿Qué quieres que hagamos con esa chica de allí?

Kinner miró a Megan, pero ella se adelantó a responder.

—Deberíamos ayudarla, como haríamos con cualquiera que lo necesitara.

Kinner le besó la frente y volvió su atención a Liam.

—Por su aspecto, no llegará muy lejos sola.

—Debemos llevarla con nosotros —propuso Megan.

—¿Estás segura? —preguntó Kinner con tono dubitativo.

—Sí.

—Puede quedarse en nuestra casa hasta que hagamos los arreglos necesarios —ofreció Liam.

—No, puede quedarse en mi casa —aseguró Megan, mirando a Kinner—. Yo no voy a estar allí ahora. Ella puede cuidar de la casa hasta que decida qué hacer.

Sorprendido, Kinner asintió despacio.

—Supongo que podría.

Megan sonrió.

—Bien. Puede llevarse mi caballo, y yo iré contigo, si no te importa.

—En absoluto —respondió Kinner, con un brillo cómplice en los ojos.



Horas más tarde dejaron a Liam y a Emmy en su casa. Luego, Kinner y Megan llevaron a Rose a la cabaña de Megan, donde se quedaría por el momento. Un corto trayecto por el camino los condujo hasta la granja de Kinner, donde dejaron los caballos al cuidado del mozo de cuadra.

Megan soltó un grito cuando Kinner la alzó en brazos y la echó sobre su hombro para cruzar el umbral.

—¡Así no se hace! —protestó entre risas.

Kinner soltó una carcajada.

—Haré lo que me dé la gana, así que más te vale acostumbrarte, mujer.

Cuando la dejó en el suelo, Megan abrió la boca para replicar, pero él se la selló con un beso. Para cuando terminó, ella ya había olvidado lo qué iba a decir.

—No creas que vas a ganar todas las discusiones de esa manera —dijo, con las manos en la cintura y el ceño fruncido.

—No sabía que estuviéramos discutiendo. —Kinner deslizó los brazos entre los suyos doblados y la atrajo hacia él. La miró con intensidad, como si quisiera descifrarle el alma—. Dime, ¿qué he hecho para molestarte?

Ella bajó la mirada.

—Bueno… "enfadar" es una palabra un poco fuerte.

—¿Entonces "disgustar"? —Su tono se suavizó, al igual que el corazón de Megan—. Chica, ¿estás disgustada conmigo?

—No, no exactamente. —Ya no estaba del todo segura de lo que había sentido; lo único que le importaba ahora era lo que sentía en ese instante.

—¿Qué es, entonces? —preguntó él, apartándole un mechón de la frente.

Mientras Kinner examinaba su cabello rebelde, ella no pudo evitar mirar sus labios, atraída por ellos.

—¿Megan?

—Oh… bueno, pensaba que podrías haberme llevado de otra forma, no como si fuera un saco de grano. —Se sintió satisfecha por haberlo recordado.

—Tienes toda la razón, mi amor. —Hizo una pausa y añadió con fingida reflexión—. A ver, ¿cómo se hace exactamente?

—Bueno… me levantarías así. —Extendió los brazos, con las palmas hacia arriba.

Él asintió con gesto serio, como un alumno aplicado. Luego la giró de espaldas.

—¿Entonces un brazo va aquí? —Deslizó lentamente una mano desde su cintura hasta las rodillas y repitió el gesto—. ¿Y el otro… aquí? —Su brazo en la parte baja de su espalda parecía inofensivo hasta que la acercó contra su cuerpo y le rodeó la cintura.

El cálido aliento de Kinner le rozó la oreja y Megan respiró hondo, levantando la barbilla en un suspiro. Él le tomó la cara, la giró y unió sus labios con los de ella en un beso ardiente. Luego la levantó en brazos y la llevó escaleras arriba, por el corto pasillo hasta su dormitorio. Forcejeó con la puerta; Megan lo ayudó con el pestillo, y él la introdujo en la habitación, cerrando de una patada.

Tras dejarla en el suelo, preguntó con una sonrisa ladeada:

—¿Qué tal ha estado?

—¿Qué tal qué?

—El levantamiento. ¿Te ha gustado?

—Sí… ha estado bien —susurró ella.

—Bien. —Kinner se dio la vuelta y caminó hacia la puerta.

—¡Kinner! —exclamó Megan, corriendo tras él—. ¡Kinner, espera!

Sin volverse, se detuvo.

—¿Qué pasa? ¿Ocurre algo? —Se giró y, al verla, sonrió con picardía.

—Espero que hayas disfrutado jugando con mis sentimientos.

—No lo suficiente. —Sus labios buscaron los de ella. Sus manos se deslizaron por su corsé hasta los cordones anudados, que empezó a desatar con rapidez—. De camino a casa, los solté docenas de veces en mi mente.

Mientras él se ocupaba de los cordones, Megan le acariciaba los hombros y el pecho con las palmas.

—Por Dios, estos me irritan sobremanera —murmuró Kinner, tirando de los largos cordones a través de los ojales.

Megan rió.

—Lo admito, es mucho más fácil desnudarte. —Le desabrochó el cinturón, lo soltó y lo dejó caer al suelo. Luego deslizó la tela a cuadros de su kilt por sus brazos hasta que quedó en el suelo. Lo único que conservaba era la leine[2]. Sus manos recorrieron su cuerpo con libertad.

Él le sujetó la muñeca y la apartó con una sonrisa.

—No necesito ayuda ahí. Mejor usa esa mano aquí, con estos cordones infernales.

Cuando ella pasó el último cordón por el ojal, Kinner se quitó el corsé y lo lanzó al otro lado de la habitación. Megan soltó una carcajada, pero se quedó sin aliento cuando él le acarició los pechos

y rozó con los labios el lino de su camisón. Se lo quitó por la cabeza, lo sostuvo en el puño y la besó. Luego apartó la boca solo lo justo para quitarse la camisa. Con un gemido, atrajo su cuerpo desnudo contra el suyo. Duro y deseoso de ella, la llevó a la cama, la tumbó y le quitó las medias.

Megan se aferró a sus hombros y a su cabello mientras él la hacía estremecerse de placer, hasta que todo giró a su alrededor. Cuando un gemido escapó de su garganta, él se hundió en ella con una pasión que la hizo desearlo aún más. Con cada embestida, Megan lo atraía hacia sí, buscando que se fundiera con ella por completo. Él exhaló con fuerza y se dejó caer sobre su cuerpo, jadeando. Cuando la respiración se les calmó, la besó con ternura y se tumbó a su lado.

Megan despertó cubierta por una colcha; Kinner estaba agachado junto a la chimenea, encendiendo el fuego. Ella se incorporó, abrigándose mejor.

Él se volvió y, al verla, sonrió.

—¿Y qué pensamientos la hacen sonreír así, señora MacDonnell?

Los ojos de Megan brillaron.

—Pensaba en ti.

Kinner alzó una ceja y volvió a la cama.

—¿Ah, sí? Cuéntame más.

Capítulo 17

Rose colocó una taza de té caliente sobre la mesa y se sentó con un suspiro de satisfacción. Aunque su futuro seguía siendo incierto, tenía comida, un techo y la compañía de buena gente que quizá, con el tiempo, llegara a ser su amiga. Aun así, sentía un vacío que solo su propio hogar y su familia podrían llenar. Echó un vistazo a la acogedora cabaña y, por primera vez en meses, se sintió verdaderamente en paz.

Un golpe fuerte en la puerta la hizo sobresaltarse. Se acercó a la ventana y apartó un poco la cortina. Afuera, un niño lloraba sentado en un carro, sin ningún adulto a la vista. Abrió la puerta de par en par, dispuesta a ayudar, pero se encontró frente a un desconocido de expresión airada.

—¡MacDonnell! —vociferó el hombre.

—No está aquí —respondió Rose, erguida y con la expresión más firme que pudo reunir.

Él dio un paso para entrar, pero ella no se movió. Frunció el ceño y miró por encima de su cabeza, comprobando que la cabaña estaba vacía.

—¿No está aquí? —insistió.

—Ya se lo he dicho, ¿no? —replicó ella con frialdad—. Y ahora, si me disculpa, hay un niño llorando y alguien tiene que atenderlo.

—Och, están así todo el día.

—No me extraña, si este es el ejemplo de la atención que reciben. —Rose pasó junto a él y se dirigió con paso decidido hacia el carro.

Encontró a cinco niños pequeños, el mayor de no más de ocho años. Una rápida mirada le bastó para comprobar que el que lloraba, de edad intermedia, no tenía heridas visibles. Lo alzó en brazos.

—Bueno, jovencito, ¿qué te pasa?

El niño mayor se encogió de hombros.

—Och, es un pequeño diablo. Intentó bajarse del carro, así que le di un tirón de orejas.

—¿De verdad? —Rose lo fulminó con la mirada, y el muchacho bajó los ojos al instante. Luego volvió su atención al pequeño que ya había dejado de llorar—. ¿Cómo te llamas, pequeño?

—Robbie.

—Bueno, Robbie, ¿y este chico quién es?

—Mi hermano.

—Ya veo. ¿Y me los presentarías a todos?

Pocos minutos después, Rose conocía los nombres de cada uno. Sus manitas se aferraban a las suyas o a su falda, lo que tuvieran más cerca, mientras los guiaba hacia el interior para ofrecerles galletas y leche.

Lanzó una mirada severa al hombre, a quien supuso padre de los niños.

—Supongo que tú también tienes un nombre.

—Callum Hammond, señora...

—McLeod. Rose McLeod —lo interrumpió, asintiendo con educación—. Puedes entrar también, pero no quiero más gritos.

En poco tiempo, los niños terminaron las golosinas y salieron a jugar. Antes de dejarlos marchar, Rose los miró con firmeza.

—Más tarde habrá galletas para los que se porten bien; los traviesos se quedarán sin ellas.

Los pequeños asintieron obedientes antes de salir corriendo juntos. Rose sonrió, satisfecha, hasta que se giró y vio a Callum Hammond observándola en silencio.

—¿Qué la trae por aquí, señora McLeod? ¿Es pariente de la señora MacDougal? —preguntó.

—Ahora es la señora MacDonnell.

La expresión del hombre se ensombreció.

—Sí, así es.

Sus ojos se volvieron tan oscuros y distantes que Rose sintió la necesidad de hablar, aunque solo fuera para romper el silencio.

—No somos parientes —dijo—. Estoy aquí de paso, hasta que encuentre trabajo.

—¿Y su familia? Hay algunos McLeod al otro lado de esa montaña. ¿Son suyos?

—No. Estoy completamente sola y necesito empleo. Si se entera de algo, le agradecería que me lo hiciera saber.

Hammond asintió, aún callado.

—Soy trabajadora y aprendo rápido —añadió Rose—. Y me dicen que soy buena cocinera.

Eso pareció captar su atención.

—Y se te dan bien los niños —comentó él.

Rose sonrió con un leve gesto de resignación.

—Soy la mayor de siete hermanos; no tuve otra opción. —Su sonrisa se desvaneció al sentir la mirada de él fija en ella.

El hombre la incomodaba, aunque no le inspiraba miedo. Era alto, algo desgarbado, y pese a su rudeza inicial, parecía tranquilo, incluso amable. Hammond se recostó en la silla y cruzó los brazos.

Tras un breve silencio, Rose se levantó.

—Voy a ver cómo están los niños.

Él se puso de pie enseguida.

—Debería ponerme en marcha. —Salió y llamó a los pequeños. Cuando acudieron, los envió al carro—. ¿Tienes experiencia en las tareas domésticas?

—Solo en las de mis padres.

—Pero dijiste que sabías cocinar.

Rose sonrió.

—Sí, sé cocinar.

—Necesito a alguien que cuide de los niños, que limpie y cocine. ¿Estarías dispuesta?

—¿A qué distancia vives? —preguntó ella.

—Al final de la calle, no muy lejos. —respondió Hammond.

—Está bien. Y cobraré por días.

Él esbozó una sonrisa escéptica.

—Cinco peniques al día, entonces.

—Seis —replicó ella sin titubeos.

—¿También me vas a robar, muchacha?

—No. Pero necesitas una criada, una cocinera y una niñera. Diría que haces un buen negocio.

Hammond soltó un resoplido, resignado.

—Ya lo veremos. Ven mañana antes del desayuno.

Dio media vuelta, pero Rose lo detuvo.

—¡Espere! —Corrió al interior y regresó con un pequeño paquete—. Son las galletas que prometí a los niños. Guárdelas hasta después de la cena.

Él asintió.

—Sí. Gracias.

—Hasta mañana —dijo ella con una sonrisa.

Por primera vez, Hammond le devolvió el gesto. Tenía una sonrisa cálida y franca, pensó Rose mientras lo veía alejarse con el carro por el camino.



No fue hasta que Hammond llegó a casa cuando recordó el verdadero motivo de su visita. Había salido con la firme intención de informar al arrogante Kinner MacDonnell de que pensaba llevar a Megan ante los tribunales. No era estrictamente necesario —los documentos de su abogado llegarían en breve—, pero no quería privarse del placer de ver la expresión en sus rostros cuando les dijera que el ganado pronto sería suyo.

Recordó su viaje a Fort William. Los había visto arreando el rebaño el mismo día en que salieron de casa, y no era difícil adivinar lo que tramaban. Por eso, al día siguiente, él también partió hacia Fort William. Tras salir de la herrería, se dirigió directamente al abogado, quien le explicó que los tribunales no miraban con buenos ojos las transferencias de propiedades realizadas en los tres días previos a una boda. En resumen, Hammond tenía base legal para actuar, y eso era exactamente lo que pensaba hacer. Kinner podía quedarse con la mujer, pero él se quedaría con la tierra que, según creía, le correspondía.

Frunció el ceño. No estaba acostumbrado a dejarse llevar por el rencor, y descubrió que la venganza no resultaba tan gratificante como había imaginado. Aun así, después de lo que le habían hecho, consideraba que era lo justo.

Dirigió la vista hacia el camino. Podría dar media vuelta e ir hasta la casa de los MacDonnell, pero entonces reparó en sus hijos. Los dos más pequeños se habían quedado dormidos en el carro y los tres mayores apenas podían mantener los ojos abiertos.

Una sonrisa involuntaria suavizó sus rasgos al recordar cómo habían jugado mientras él visitaba a Rose McLeod. Hacía mucho que

no los veía tan felices; no desde que su madre vivía. Evitaba pensar en ella, porque esos recuerdos siempre le nublaban la vista con lágrimas.

Suspiró hondo, conteniendo la emoción, y reunió a sus hijos soñolientos para llevarlos adentro. Era un raro momento de calma. Sirvió una jarra de cerveza, se dejó caer en la silla y se permitió, por primera vez en mucho tiempo, un instante de descanso. Los papeles, pensó, podían esperar hasta mañana.



Rose llegó al amanecer con una barra de pan recién horneado la noche anterior y se puso manos a la obra. Trajo una cesta de huevos y un cubo de leche fresca para el desayuno. Cuando todos regresaron de sus tareas matutinas, la mesa ya estaba dispuesta y el aroma del pan caliente llenaba la estancia.

Hammond parecía distante, pero Rose no esperaba conversación alguna; no estaba allí para entretenerlo. En cambio, los niños se alegraron al verla y comieron con un entusiasmo que la hizo pensar que hacía tiempo no disfrutaban de una comida en condiciones.

Hammond no tardó en terminar su plato y salir hacia el establo, murmurando algo sobre reparaciones. Rose apenas lo entendió, ni se esforzó en hacerlo. Se limitó a volver su atención a los pequeños, a quienes asignó sencillas tareas domésticas mientras ella preparaba la masa para el pan del día.

Cuando Hammond regresó para el almuerzo, se detuvo en la puerta y se quedó observando la escena. El más pequeño dormía plácidamente en una cama con cajones en un rincón; otros dos jugaban a las damas sobre una alfombra junto al fuego, y los dos mayores construían un castillo con bloques de madera.

—¿Ocurre algo, señor Hammond? —preguntó Rose al notar su expresión desconcertada.

—No —respondió él, encogiéndose de hombros—. No ocurre nada.

Rose llamó a los niños y todos se sentaron a la mesa. Comieron pan recién hecho, queso y manzanas. Hammond habló poco con ellos y aún menos con Rose.

—Me ausentaré un rato. Debo ir a ver al herrero del pueblo —dijo finalmente, lanzándole una mirada de soslayo antes de salir.

Rose lo siguió con la vista. Por primera vez reparó en lo bonitos que eran sus ojos, de un marrón cálido y profundo. Su atractivo quedaba oculto tras aquellos modales bruscos, pero ella lo percibió igual.

Uno de los niños tiró suavemente de su falda, devolviéndola a la realidad. Rose sonrió, se apartó de la puerta cerrada y dejó atrás, por ahora, sus pensamientos sobre Callum Hammond.



Megan se levantó de la mesa y se dispuso a recoger el plato de Kinner, pero él la tomó por la cintura y la sentó sobre su regazo.

—Vamos, muchacha, dame un beso —ordenó con una sonrisa. Y sin darle tiempo a responder, la besó.

Megan suspiró.

—Veo que hoy no vamos a hacer nada.

Kinner la abrazó con fuerza y le susurró al oído:
—Och, hace mucho frío ahí fuera. Solo intento calentarte.

Sus manos ascendieron desde su cintura hasta sus pechos.
—Lo estás haciendo muy bien —murmuró ella, temblando entre sus brazos.

Kinner le besó el cuello mientras Megan alzaba la barbilla. Entonces llamaron a la puerta. Ella intentó levantarse, pero él la retuvo.

—Tengo una criada para eso —repuso, volviendo a besarla.

—Tu criada nos va a encontrar así si no me sueltas —respondió Megan con una sonrisa. Luego se acordó de algo y se llevó una mano al pecho—. ¡Oh, casi lo olvido! Tengo una carta para ti. La traje del pueblo esta mañana. Siento haberme olvidado de dártela.

—Puede que nunca te lo perdone —dijo con fingida gravedad, antes de darle un último beso y dejarla levantarse.

Ella le entregó la carta. Kinner la abrió y empezó a leer. La expresión de su rostro cambió y Megan, preocupada, se acercó.

—¿Qué pasa?

Antes de que él respondiera, la criada apareció en la puerta.

—Señor, hay un caballero que desea verle.

Kinner se levantó y salió al vestíbulo. Un hombre aguardaba allí.

—¿El señor Kinner MacDonnell? —preguntó el visitante.

—Sí —respondió Kinner.

El hombre le tendió un sobre lacrado y se marchó sin decir más. Kinner lo miró con gesto sombrío.

—He oído cerrar la puerta. ¿Qué ocurre? —preguntó Megan desde el salón.

Él la miró, y en sus ojos ella vio preocupación.

—Tenemos que comparecer ante el tribunal del sheriff de Fort William.

Megan intentó mantener la calma.

—Sí… sabíamos que Callum podría demandarnos, y lo ha hecho. Pero no puede hacer nada ahora, estamos casados. No

puede deshacer eso.

—No, amor —respondió él con voz grave—, no puede deshacer eso… pero puede deshacerme a mí.

Megan vio que la criada fingía no oír nada y regresaba a la cocina. Con el corazón encogido, tomó la mano de Kinner y lo condujo al salón. Él se dejó caer en una silla, sin decir palabra durante largo rato.

—¿Qué pasa? Me estás asustando —susurró Megan.

Kinner se volvió hacia ella con los ojos nublados.

—Me temo que has hecho un mal trato. —Su voz sonaba hueca, como si hablara desde un lugar muy lejano.

—No lo entiendo. Pensaba que podríamos ganar el juicio.

—Yo también.

—Entonces, ¿qué ha cambiado? —preguntó ella, tocándole la mano. Pero él no respondió, así que la retiró con delicadeza.

—La carta —dijo al fin—. Es de nuestro amigo Caleb.

—¿Qué ha pasado?

—Cuando él y Jenna zarparon hacia Irlanda, se encontró con antiguos camaradas de la Compañía Neerlandesa de las Indias Occidentales. Poco después viajaron juntos a San Eustaquio, donde Caleb hizo fortuna. Antes de partir, él y yo compramos un barco. Invertí casi todo lo que tenía en mi parte del navío. —La miró con desesperación—. Naufragó.

Megan se quedó pálida.

—¿Está herido? ¿Y Jenna?

—No, lograron llegar a tierra… pero perdimos toda la inversión. Lo he perdido todo.

—Estamos juntos. No necesitamos dinero.

—Pero Hammond sí, y nos lo quitará —replicó Kinner con amargura.

—Tenemos tierras y ganado —dijo ella con firmeza—. Saldremos adelante, reconstruiremos lo perdido.

Él negó con la cabeza.

—Podría quitárnoslo todo. Tus tierras y las mías. ¿No lo ves? ¡Nos he arruinado a ambos!

Los ojos de Kinner se humedecieron. Se levantó de golpe y salió al exterior. Megan corrió tras él, llamándolo, pero él se dirigió a grandes zancadas hacia el establo. Montó a caballo y partió antes de que ella pudiera detenerlo.

Poco después, un disparo resonó en la distancia. Megan se estremeció. El sonido venía de la colina que dominaba el lago, donde los hombres solían reunirse a beber whisky. Sin pensarlo, corrió al establo, ensilló su caballo y partió al galope, el miedo apoderándose de su pecho.

Desde que había vuelto de la guerra, Kinner no era el mismo, aunque ella había creído que la boda le había devuelto algo de paz. Pero quizá la noticia del barco perdido había sido demasiado para él.

Cabalgó tan rápido como se atrevió por el terreno escarpado. Cuando llegó al claro, lo llamó a gritos. Nadie respondió. Un nudo de angustia le oprimió el estómago. Encontró su caballo atado cerca del árbol donde solían reunirse.

—Kinner… —susurró, con la voz temblorosa.

Entonces lo vio entre las sombras, sentado en el suelo, con la pistola a su lado. Corrió hacia él y lo abrazó por detrás.

Él se volvió bruscamente, sujetándole la barbilla con una mano. —¡Por Dios, Megan! No te acerques sigilosamente así. Podría haberte matado.

Ella retrocedió un paso.

—Oí el disparo y pensé… pensé que estabas herido.

Su rostro estaba tenso, la voz desprovista de emoción.

—Cambié de opinión. Disparé al aire.

—¿Ibas a hacerte daño? —preguntó ella, horrorizada.

Él no respondió.

—¡No! ¡No puedes hacer eso! —gritó, dándole un puñetazo en el pecho—. Me prometiste que nunca me dejarías. ¡No puedes!

Kinner desvió la mirada hacia el lago.

Megan le tomó el rostro entre las manos.

—¡Mírame, Kinner MacDonnell! —exigió—. Me vas a mirar.

Y él lo hizo.

—Te quiero —dijo ella con voz temblorosa—. Y no puedes dejarme.

—Te he fallado. No tenemos nada —murmuró él, derrotado.

—Me tienes a mí —respondió ella con fiereza—. ¿Me oyes? Y eso basta. —Lo besó con fuerza—. Me tienes a mí.

Con asombro y tristeza, él la besó de vuelta.

—Lo siento —susurró, y la volvió a besar, una y otra vez.

Entre lágrimas y desesperación, la estrechó contra el gran roble. Megan le rodeó la cintura con las piernas, aferrándose a su kilt escocés y a su cabello, mientras se entregaban el uno al otro con una pasión salvaje.

El viento frío silbaba entre los árboles de la colina, y el lago, a sus pies, reflejaba el brillo incierto de un amanecer que aún no sabía si sería de pérdida o de esperanza.

Capítulo 18

Rose zanjó la disputa entre dos niños y, tras hacer que se pidieran disculpas, los mandó a jugar al exterior. Sacó del horno, junto a la chimenea, una hogaza caliente; luego se incorporó y, al girarse, se encontró con la mirada fija de Callum Hammond. Se llevó la mano, fría, a la mejilla encendida antes de volver a sus quehaceres.

Hammond avanzó hacia la puerta, pero se detuvo con la mano en el pestillo. Rose terminó de limpiar la mesa y se acercó al fuego para alzar la tetera negra de su gancho.

Hammond se aproximó y posó la mano sobre la suya.

—Permíteme.

En lugar de levantar la tetera, rozó con la yema de los dedos la mano de ella. Rose contempló, inmóvil, cómo él le apartaba los dedos del asa y, al hacerlo, el paño que sujetaba cayó al suelo. Hammond le llevó la mano a los labios.

Rose lo sostuvo con la mirada. Cuando él se inclinó para besarla, ella le puso los dedos sobre la boca para detenerlo.

—No seré la amante de ningún hombre —advirtió.

Dio un paso atrás, el pecho agitado mientras intentaba sosegar el corazón.

—Tienes comida en la tetera y pan recién horneado. Me voy.

Rose se apresuró hacia la salida.

—¡No, espera! —alcanzó a exclamar Hammond.

Pero ella se escabulló y echó a correr hacia su casa. Los niños se despidieron con la mano, y Hammond la siguió con la mirada

desde el umbral.



En los dos meses siguientes, Kinner y Megan se acercaron más, derribaron barreras y forjaron una confianza más honda. Juntos se hicieron más fuertes. Una noche, Kinner se recostó con la cabeza en su regazo mientras Megan leía junto al fuego. Ella cerró el libro que le había estado leyendo y le peinó el cabello con los dedos finos. La sombra de una barba de dos días le cubría el rostro.

—Deberías afeitarte antes de ir a la corte en Fort William —sonrió con dulzura.

Él alzó la vista y esbozó una sonrisa.

—Me afeitaré esa mañana, y ni un momento antes.

—Muy bien —concedió Megan—. Pero me gustaría que pensaras en mi cara.

Él se pasó los dedos por la mejilla.

—Eres una mujer tierna, ¿verdad?

—Sí, salvo cuando se trata de ti. Si algo te amenaza, verás que puedo ser bastante fiera.

—Entonces se lo advertiré a Hammond. —Se incorporó y la besó en los labios.

La sonrisa de Megan se desvaneció.

—Nada de lo que él haga puede hacernos daño.

Kinner le besó la frente.

—Puede que tenga que volver a la guerra como mercenario, pero te cuidaré pase lo que pase.

—No irás a la guerra —replicó Megan—. No lo permitiré.

En lugar de discutir, Kinner dejó el tema a un lado.

—No tiene sentido hacer planes ahora.



Rose acostó al último de los hijos de los Hammond y tomó su *arisaid*. El señor Hammond se había mostrado distante y torpe durante toda la velada. De hecho, la había evitado desde el amanecer. Aquello no la sorprendió. Habían pasado semanas desde que rechazara sus insinuaciones y, desde entonces, él mantenía una distancia respetuosa. Aun así, ella seguía sintiéndose incómoda a su lado. Hammond no era un hombre que se impusiera, pero seguía siendo su patrón. Había hecho lo correcto, lo sabía, aunque esperaba que él le hubiera asegurado que sus sentimientos eran sinceros. No lo había hecho, y, en el fondo, ella deseaba que lo hubiera hecho.

Hammond se levantó de la silla y la siguió hasta la puerta. Un extremo de su *arisaid* se había deslizado del hombro, y él se lo acomodó con suavidad. Su mano, sin embargo, permaneció allí un momento. Alzó la mirada y la sostuvo en los ojos.

—¿Te casaría conmigo, señorita McLeod?

Rose se quedó sin palabras. Su franqueza la tomó por sorpresa y no supo qué decir. Había intentado negar que sus sentimientos por él habían crecido desde que empezó a trabajar para él, y quería a los niños, los quería de verdad. Pero casi había conseguido convencerse de no pensar en él de esa manera… hasta ahora.

—Es demasiado pronto —murmuró.

Como si no la hubiera oído, él prosiguió:

—Mañana debo ir a Fort William.

Rose frunció el ceño; no sabía nada de aquello.

—Tengo que pasar la noche allí —explicó—. Pero si vienes conmigo, podríamos llevar a los niños y casarnos.

—¿A los niños?

—Och, sé que no sería una gran boda —repuso con una sonrisa nerviosa—, pero te lo compensaré más adelante.

Rose no acertó a responder.

—Mientras tanto, estaríamos juntos —continuó—. Me he enamorado de ti, Rose.

—¿Por qué ahora? ¿Por qué tanta prisa? ¿Por qué no te tomas un tiempo para pensarlo?

—¿Eso significa que aceptarías? —preguntó él con un atisbo de esperanza.

—¡No, no significa eso! —replicó ella con voz temblorosa—. Significa que no sé lo que quiero decir. Esto es demasiado repentino. Necesito tiempo… necesitamos tiempo para conocernos.

Hammond se pasó las manos por el cabello, inquieto.

—Soy un insensato —admitió—. Estaba tan deseoso de estar contigo que no pensé en cómo te parecería.

—La verdad es que me confundes —susurró Rose.

Él le tomó la mano y la besó con ternura.

—¿Puedo, al menos, tener esperanza?

La calidez de sus ojos marrones le arrancó una leve sonrisa.

—Sí, puedes tener esperanza.

Hammond sonrió, aliviado.

—Gracias.

Ella rió suavemente.

—No hay por qué dar las gracias.

—Sí que la hay. No creí que volvería a sentir algo así. —La condujo de nuevo hacia el fuego y se sentaron juntos. Cuando la convenció de que lo llamara Callum, comenzó a hablarle de su esposa y de cómo había muerto al dar a luz—. Estaba seguro de que

no volvería a enamorarme, así que dejé de buscar el amor. En su lugar, busqué a alguien con quien compartir mi vida… y la encontré. O eso creía.

Rose se recostó un poco, observando el resplandor del fuego.

—Quizá no sea el momento adecuado…

—Sí lo es —insistió Callum—. Tres días antes de casarnos, se fugó con otro.

—Lo siento mucho.

—Kinner MacDonell me la arrebató.

Rose había oído rumores en el mercado sobre el amor frustrado de Callum, pero no había imaginado que se tratara de Megan. Dejó de escuchar habladurías cuando ella misma se convirtió en su objeto. Desde que llegó a Glengarry, había procurado mantenerse al margen, pero aquella revelación la dejó perpleja.

—No la amaba —continuó él—, pero pensé que nunca volvería a conocer el amor, así que acepté que la vida con ella sería diferente. Cuando se fugó con MacDonell, me hirió. Y lo que más me dolió fue mi orgullo.

—Quizá deberíamos hablar de esto en otro momento —propuso Rose, poniéndose en pie.

Callum también se levantó y la sujetó por los hombros.

—¿No lo ves? Contigo ha sido distinto. He sentido… —bajó la mirada, tragando saliva— amor.

Todo el sentido común de Rose se desvaneció cuando encontró su mirada. Aquella ternura encendió sentimientos que había intentado ocultar.

—Rose, te amo —murmuró él.

Ella abrió la boca para responder, pero Callum la besó antes de que pudiera decir palabra.

—Te estoy presionando, lo sé. Perdóname. Solo dime que hay esperanza —susurró, buscando sus ojos.

Rose asintió y sonrió con dulzura.

—Hay esperanza.

Los ojos de Callum se iluminaron.

—Esto merece una copa para celebrarlo.

—¿Celebrarlo?

—La esperanza. Es algo que no sentía desde hacía mucho tiempo.

Rose sonrió mientras Callum servía dos copas y le ofrecía una.

—Por la esperanza, entonces —brindó ella.



A la mañana siguiente, Rose llegó como siempre, justo después del amanecer. Había dormido mal, con la mente llena de pensamientos sobre Callum Hammond. Lo había visto cambiar a medida que su hogar recuperaba la calma, y había sentido cómo su propio corazón se transformaba al adaptarse a la vida junto a su familia. Era casi demasiado fácil imaginar una vida con él y con los niños. Pero ya había estado a punto de casarse una vez, y la sola idea de volver a hacerlo aún le producía miedo. Más que eso, había cosas que él debía saber sobre ella y que, al conocerlas, quizás cambiarían lo que sentía. Se sentía atraída por Callum, no podía negarlo, pero su corazón y su mente estaban en conflicto. Necesitaba tiempo para resolverlo.

Al llegar a su puerta, una sonrisa asomó en sus labios al pensar en verlo.

Callum abrió, vestido con su mejor chaqueta y su kilt escocés.

—¡Qué guapo estás! —exclamó Rose al entrar.

Su expresión de incredulidad la hizo sonreír.

—Sí, lo estás —insistió ella.

—Bueno, debo parecer presentable —respondió él.

—¿Ah, sí? ¿Para comprar ganado?

—¿Comprar ganado? ¿Qué te hace pensar eso?

Rose se sonrojó.

—Oh, lo siento. Estaba ordenando y encontré un papel con números que correspondían a cabezas de ganado. Supuse que ibas a Fort William por eso.

Callum se removió, incómodo.

—Bueno… supongo que deberías oírlo de mí.

Por su tono, Rose comprendió que se trataba de algo serio. Uno de los niños se movió en su cama, así que ambos se sentaron a la mesa para no despertarlo.

Callum habló en voz baja:

—He presentado una demanda. La ley está de mi parte, ya que cualquier venta realizada por una de las partes de un contrato matrimonial sin el conocimiento de la otra constituye fraude, a menos que logren refutarlo.

—Pero me dijiste que no la amas —comentó Rose.

—Así es, pero el amor no tiene nada que ver con esto. Se me ha hecho una injusticia a los ojos de la ley.

Rose guardó silencio.

—¿Qué ocurre? —preguntó Callum—. Me dijiste que me amabas.

—Y es verdad —respondió ella—. Pero si Kinner y Megan no se hubieran enamorado ni llevado el ganado a vender, tú y yo nunca nos habríamos conocido.

—No tiene sentido —replicó él, confundido.

—Me encontré con Kinner dos veces —explicó Rose—. La primera fue en Fort William, cuando tramitaba la transferencia de la granja de Megan.

—Eso no tenía nada que ver contigo ni conmigo.

—Quizá no —admitió ella—, pero volví a verlo cuando regresaba a casa después de la boda. Él me trajo aquí, y Megan me permitió vivir en su casa. Les debo la vida que tengo ahora. Les debo la oportunidad de conocerte. —Rose se recostó en la silla, mirándolo con calma—. No sabes nada de mí, Callum, pero crees que me amas.

—Te amo —replicó él con firmeza.

—¿Y qué hay de Megan?

—Eso fue un error —respondió, sombrío.

—Ella también cometió un error —insistió Rose—. ¿La condenarías por eso?

—Solo busco lo que es justo ante la ley.

—Callum —dijo con voz temblorosa—, yo también he cometido errores. Antes de conocerte, mis padres me prometieron en matrimonio. Yo no quería casarme, al menos no con ese hombre, así que huí. No tenía adónde ir. Estaba desesperada. —Lo miró directamente a los ojos—. Una mujer tiene pocas opciones para pagar comida y alojamiento.

Callum comprendió de inmediato y negó lentamente con la cabeza.

—No hice lo que estás pensando —continuó ella—. Kinner me salvó de eso y me llevó de vuelta con mi familia, pero el daño ya estaba hecho. La gente creyó lo peor. Cuando mi prometido me repudió y dijo que estaba deshonrada, mi familia me echó de casa. Una vez más, Kinner me salvó trayéndome aquí. Y entonces te conocí a ti.

Rose se puso de pie, conteniendo la emoción.

—Imagino que ya no me ves como hace unos momentos, y lo entiendo. Ve a Fort William y haz lo que debas, pero ten presente que, si tus acciones perjudican a ese hombre o a su esposa, tampoco yo volveré a verte del mismo modo. —Se acercó al fuego, dándole la espalda—. Que Dios te acompañe, Callum.

Capítulo 19

Kinner gritó entre sueños.

Megan se incorporó de inmediato y le apartó el cabello húmedo de la frente.

—Estás conmigo, en Fort William —susurró con dulzura—. Solo ha sido una pesadilla.

Él asintió, todavía alterado, y se pasó los dedos por el pelo.

—Sí… estoy bien.

—Sí, lo estás —respondió ella con ternura—. Y lo estaremos.

Kinner apoyó la mejilla en su frente y la rodeó con los brazos.

—Lo siento.

—Shh —murmuró Megan, posándole los dedos sobre los labios para silenciarlo.

Él tomó su mano y la besó en la palma.

—Te mereces mucho más de lo que yo puedo darte.

—Kinner… —sus ojos se humedecieron—. ¿Sabes cuánto te he amado? No, no lo sabes. Te he amado durante tanto tiempo… —Su voz se quebró—. Mi corazón está lleno, y no me digas que lo sientes por eso.

Al oír su nombre en aquel tono tembloroso, Kinner la besó con una mezcla de ternura y deseo.

—Ahora, vamos a dormir —susurró ella, acariciándole la mejilla.

Kinner sonrió en la penumbra.

—Todavía no —respondió con voz baja, y la estrechó contra él.



Llegaron al juzgado del sheriff a la mañana siguiente. Callum estaba allí, con aire satisfecho. Mientras esperaban, Megan deslizó su mano en la de Kinner. Se miraron con firmeza, intentando transmitirse valor, pero ella conocía a Kinner demasiado bien como para no notar el miedo oculto en sus ojos.

Él siempre había tenido esa calma silenciosa que inspiraba a otros hombres a buscar su consejo. Era el tipo de hombre que permanecía inquebrantable, sin importar lo que se le presentara. Pero ahora, la preocupación lo roía por dentro, y lo consideraba una debilidad. Megan, en silencio, hizo una promesa: si no lograba nada más en la vida, lo convencería de que seguía siendo el mismo hombre honorable y fuerte que siempre había sido. Pasara lo que pasara en el tribunal, él sabría que ella lo amaba y estaría a su lado.

Llamaron su caso. Hammond se puso en pie y los miró fijamente a ambos. Su mirada permaneció en ellos hasta que el juez volvió a pronunciar su nombre.

El abogado de Hammond se preparó para hablar, pero Callum lo interrumpió:

—Señoría, ¿puedo hablar?

El juez frunció el ceño y miró al abogado, que se encogió de hombros con resignación.

—Adelante —respondió el juez.

—Deseo retirar mi denuncia.

Megan, con los ojos muy abiertos, apretó la mano de Kinner.

El juez, imperturbable, apenas levantó la vista de sus documentos.

—Muy bien —respondió con indiferencia.

Megan no escuchó el resto. Solo oía el pulso en sus oídos mientras el caso se desestimaba. Miró a Kinner, incrédula, y él le devolvió la mirada con el mismo asombro. Hammond se volvió para salir de la sala. Al pasar junto a ellos, se detuvo. Su expresión era extrañamente serena, incluso amable, una expresión que Megan rara vez había visto en él, y desde luego no en las últimas semanas.

—Pueden quedarse con sus malditas vacas —dijo con una sonrisa cálida, que los dejó aún más desconcertados.

Luego se marchó, con paso ligero y una energía inesperada.

Kinner ofreció el brazo a Megan, y juntos abandonaron la sala.

Afuera, la nieve cubría el suelo con una capa blanca y silenciosa. Kinner se volvió hacia ella, su mirada recorriéndole los labios antes de detenerse en sus ojos.

—Si no estuviéramos en público, te besaría ahora mismo.

—Pero lo estamos —respondió Megan con una sonrisa.

—Sí, lo estamos —admitió él—. De todos modos, tengo unas ganas terribles de besarte. —Su sonrisa traviesa le arrancó una risa.

En ese momento, Hammond montó en su caballo y pasó junto a ellos, levantando nieve y polvo mientras salía al galope del pueblo. Megan y Kinner lo siguieron con la mirada, sorprendidos.

—¿Se ha vuelto loco? —preguntó ella entre risas.

—Es un hombre con prisa —respondió Kinner, encogiéndose de hombros.

—Debe de echar de menos a sus hijos —comentó Megan, observando cómo Callum desaparecía tras una colina.

Kinner negó con la cabeza y sonrió.

—Lo único que me importa ahora es el nuevo comienzo que nos ha dado a los dos.

—A los tres —corrigió Megan, mirándolo con una sonrisa cargada de significado.

Kinner la observó, confundido al principio, hasta que comprendió. Frunció el ceño apenas un instante antes de que la alegría iluminara su rostro.

—¿Sí? —susurró.

Megan asintió.

Él soltó una carcajada y la tomó entre sus brazos, haciéndola girar mientras la nieve caía a su alrededor. Cuando la devolvió al suelo, el mundo parecía recién nacido, brillante y lleno de promesas. Una nueva esperanza se abría ante ellos, blanca y pura como la nieve que los envolvía.

Notas

[1] **Los bannocks** eran panecillos escoceses, planos y rústicos, preparados con harina de avena y cocidos sobre una plancha caliente. Se servían a menudo en los hogares humildes de las Highlands, acompañando sopas o carnes ahumadas.

[2] **Léine** palabra gaélica escocesa que designa una camisa o túnica tradicional, generalmente de lino, usada tanto por hombres como por mujeres en las Tierras Altas. En el texto se traduce simplemente como «camisa».